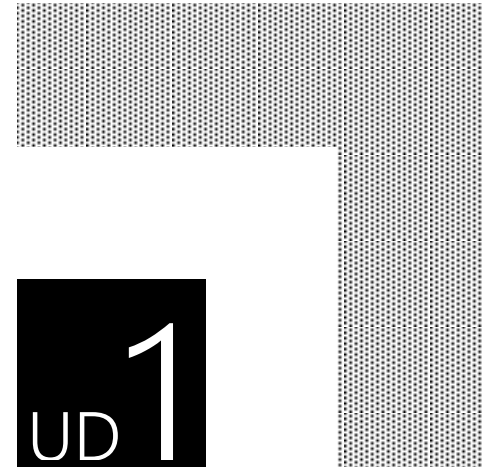


Textos de trabajo
TP N°1

2026

Universidad Nacional de Córdoba
Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Diseño

Cátedra B
INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA
DE LA ARQUITECTURA Y EL URBANISMO



Universidad Nacional de Córdoba
Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Diseño

Cátedra B

INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA DE LA ARQUITECTURA Y EL URBANISMO

Equipo docente 2026:

Joaquín Emiliano Peralta	Profesor titular
María Lorena Fernández	Profesora adjunta
Silvia Costanzo	Profesora asistente (bajo licencia)
Ana Cecilia Gialluca	Profesora asistente
Florencia Martínez	Profesora asistente
Jimena Ramé	Profesora asistente
Alejandro Romanutti	Profesor asistente
María Inés Sciolla	Profesora asistente
M. Florencia Sosa	Profesora asistente
Jorge Vidal	Profesor asistente
Florencia Masino Pereyra	Ayudante alumna
Martina Neustadt	Adscripta estudiante (en trámite)
Luna Del Castillo	Adscripta estudiante (en trámite)
Ariana Scaraffia Torazza	Adscripta estudiante
Juliana Asís	Adscripta egresada
Martín Ruiz	Adscripto egresado
Lautaro Tochi	Adscripto egresado (en trámite)

La presente selección de textos ha sido elaborada por la cátedra, para uso exclusivo de los alumnos de la carrera de arquitectura de la Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Diseño de la Universidad Nacional de Córdoba.

Córdoba, marzo de 2026

Responsable edición: Joaquín Peralta. Contacto joaquin.peralta.115@unc.edu.ar

Compilación y diagramación: Joaquín Peralta y Patricia Buguñá

Colabora en esta versión: Florencia Martínez

Selección y procesamiento de textos: Joaquín Peralta, Patricia Buguñá

Procesamiento gráfico de originales: Gisele Daga, Patricia Buguñá, Joaquín Peralta

Guía de lectura y procesamiento didáctico de textos: Florencia Martínez, Diana Cohen, Cristian Terreno y Patricia Buguñá

Corrección de originales: M. Lorena Fernández, Florencia Martínez, Estela Rojo, Joaquín Peralta

Presentación

Esta selección de textos para la Unidad Didáctica 1, fue elaborada como material complementario para la realización del trabajo práctico Número 1, correspondiente a la Primera Larga Duración, según el criterio de periodización que plantea la cátedra.

Abarca, por lo tanto, contenidos históricos referidos al origen y formación de las primeras ciudades, en la mesopotamia asiática, a la creación y desarrollo de ciudades en las culturas clásicas europeas y a las características del ambiente temprano y alto medieval, en Europa occidental.

El material consiste en compilaciones de textos seleccionados por su claridad y posibilidad de procesamiento por parte de alumnos que se encuentran en etapas iniciales de la carrera, considerando, además, su pertinencia en relación con los contenidos de la Unidad didáctica.

En algunos casos se seleccionaron textos contemporáneos actuales y en otros se optó por referentes claves históricos, a partir de los textos originales cuyos desarrollos han sido relevantes para la elaboración de conceptos instrumentales históricos. Tal el caso de Gordon Childe, cuyo concepto de *revolución urbana* ha sido y es utilizado por numerosos autores posteriores. Se trata, en este caso, de uno de los textos citados con mayor frecuencia por los ensayistas, historiadores o docentes de la disciplina. El texto de Morris es relevante, no sólo por la repercusión alcanzada por el autor y su obra, sino por su valor descriptivo. Los textos de Iglesia y Sabugo fueron seleccionados por su claridad y porque representan aportes locales a la interpretación de la historia universal de la ciudad.

El texto de Fumagalli es interesante por su valor interpretativo y la capacidad evocativa de su prosa.

Se agregó un texto de Fernand Braudel, que explica el uso del criterio de periodización y su relación con el territorio, aplicándolo al Mediterráneo como espacio geográfico.

El objetivo de la selección es contribuir a la comprensión de conceptos fundamentales para la cátedra, como el de ciudad, el de cultura, y dar respuesta a interrogantes como el por qué el hombre vive en ciudades y cómo surgieron estas.

Los textos son presentados en el formato de ficha bibliográfica, reprocesados digitalmente a partir de ediciones en castellano. Se procuró respetar en lo posible el criterio de presentación de los originales, con los gráficos y notas que acompañan las versiones utilizadas. Se acompañan de una breve caracterización del contexto de producción del texto, y algunos datos del autor, considerando las condiciones particulares en que fue elaborado. En algunos casos, se complementan con ilustraciones o notas ampliatorias que pueden enriquecer o hacer más amena su lectura.

No es intención de esta compilación sustituir las fuentes originales, sino complementar la información disponible, y contribuir a su acceso inmediato por parte de los estudiantes, como material de apoyo al trabajo práctico.

La selección forma parte del material puesto a disposición de los alumnos, junto con el programa de trabajo, la guía de estudio, el material gráfico anexo y las consignas para su procesamiento.

Joaquín Peralta
Prof. Titular IHAUB

Índice

Morris, A.E.J.	Las primeras ciudades	Página 05
Sjoberg, Gideon	Origen y evolución de las ciudades	Página 21
Gordon Childe	La revolución urbana	Página 33
Kitto, H.D.F	Los Griegos	Página 41
Iglesia, Rafael E. J.	El legado Griego	Página 46
Sabugo, Mario	Roma. Territorio, ciudad y arquitectura	Página 57
Fumagalli, Vito	Las piedras vivas	Página 67
Braudel, Fernand	El Mediterráneo: tierra, mar, historia	Página 71

Morris, A.E.J.

Las primeras ciudades

En la evolución histórica de las primeras civilizaciones urbanas y de sus ciudades es posible distinguir tres fases principales. Cada una de éstas comportó "...en el ámbito económico, innovaciones radicales y realmente revolucionarias en los métodos por los cuales las sociedades más progresistas aseguran su subsistencia, y cada una de dichas fases dio lugar a tales aumentos de población que, de disponer de estadísticas fiables, a cada una le correspondería un notable salto en la curva demográfica".¹

La primera de estas fases cubre todo el Paleolítico, desde sus orígenes, hace medio millón de años, hasta 10.000 a.C., seguido por el Mesolítico y el Neolítico. Estos, a su vez, conducen a la cuarta fase, la Edad de Bronce, que se inicia entre 3500 y 3000 a.C. y dura unos 2.000 años. Durante este último período se establecieron firmemente las primeras civilizaciones urbanas.

En su excelente libro *The First Civilizations: The Archaeology of their Origin's*, Glyn Daniel afirma que "ahora creemos que por la arqueología conocemos el lugar y el momento en que surgieron las primeras civilizaciones: en el sur de Mesopotamia, en Egipto, en el Valle del Indo, en el Río Amarillo en China, en el Valle de Méjico, en las junglas de Guatemala y Honduras y en las costas y altiplanos del Perú.

No las denominaremos civilizaciones primarias pues esto nos obligaría a referirnos a Creta, Micenas, los hititas y Grecia y Roma como civilizaciones secundarias, y el término secundario parece tener una connotación peyorativa. Preferimos hablar de las primeras civilizaciones, las más tempranas, y de civilizaciones posteriores". La figura 1.3 muestra la ubicación geográfica de estas siete civilizaciones urbanas primigenias y las relaciona con las regiones agrícolas más tempranas, conocidas o supuestas.²

Como muestra el cuadro cronológico adjunto, las siete civilizaciones surgieron en momentos marcadamente distintos. Las tres primeras, en el supuesto orden de aparición -Mesopotamia, Egipto e India- son las denominadas culturas "muertas", a partir de las cuales se desarrolló la civilización occidental. Aunque sus orígenes son mucho más recientes que el de la civilización china, que sigue a las anteriores en antigüedad, las tres culturas americanas -mejicana, centroamericana y peruana- son asimismo civilizaciones muertas: brutalmente destruidas, en sus respectivos estadios de desarrollo o declive, por los conquistadores españoles en los quince años que van de 1519 a 1533. Ahí, en pleno siglo XVI, "Europa encontró, si no su propio pasado, al menos una forma de su propio pasado",³ donde, por ejemplo, la tecnología del metal se encontraba o bien estrictamente limitada, o bien aún por descubrir.

China constituye una fascinante excepción. Desde sus orígenes, en la cuenca del Río Amarillo a finales del tercer milenio a.C., su cultura ha perdurado hasta el siglo XX sin interrupción duradera. Más aún, durante el siglo VIII d.C. -uno de los momentos culminantes de su poder e influencia- la civilización urbana china fue introducida en Japón, donde hasta entonces sólo habían existido asentamientos agrícolas.

El presente capítulo tratará de los orígenes de los asentamientos urbanos en Mesopotamia, Egipto e India. En el Apéndice A y en el Capítulo 9, se dan unas descripciones más breves de los orígenes urbanos en China, Méjico, América Central y Perú. El Apéndice B resume la historia del Japón urbano, desde los orígenes de las primeras ciudades hasta su propia revolución industrial, que se inició en la segunda mitad del siglo XIX (los orígenes urbanos en Europa en general y de las Islas

Morris A.E.J.

Historia de la forma urbana.

Capítulo 1. Las primeras ciudades

Título original

History of urban Form. Before the industrial revolution. Londres: George Goldwin Limited. 1974

Versión castellana Reinald Bernet

© AEJ. Morris 1979

Edición castellana

Barcelona: Editorial Gustavo Gili. 1984

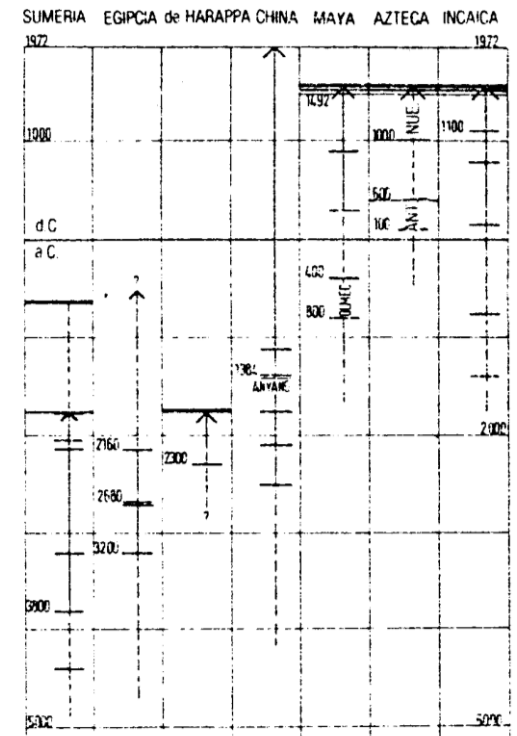


Figura 1.1. Cuadro que muestra los periodos cronológicos comparados de las siete primeras civilizaciones.

Es imposible llegar a establecer la cifra exacta de la población mundial en épocas remotas, pues no se dispone de datos fehacientes. No obstante, los científicos han intentado determinarla con la máxima precisión posible. Esta es una estimación reciente, forzosamente aproximada (E.S. Deevey, "Human Population", *Scientific American*, septiembre 1960, pp. 195-196): Población mundial en la Prehistoria Paleolítico Inferior (hace 1.000.000 de años) 125.000 habitantes Paleolítico Medio (hace 300.000 años) 1.000.000 habitantes Paleolítico Superior (hace 25.000 años) 3.340.000 habitantes Mesolítico (hasta hace 10.000 años) 5.320.000 habitantes. Aun cuando estas cifras fueran correctas tan sólo en parte, resultaría que existían poco más de cinco millones de seres humanos cuando la etapa de caza y recolección de alimentos de la existencia humana alcanzó su pleno desarrollo. El prolongado y lento aumento de población fue debido a las mejoras introducidas en las armas, en las técnicas de caza y a la mayor eficacia de los métodos para hacer frente a las inclemencias del clima, a los animales predadores y a otras amenazas naturales que pesaban sobre la existencia. La obtención de alimentos en cantidades mayores. Permitió la supervivencia de más seres humanos y mejores condiciones para la procreación.

Phillips van Doren Stern, *Prehistoric Europe*

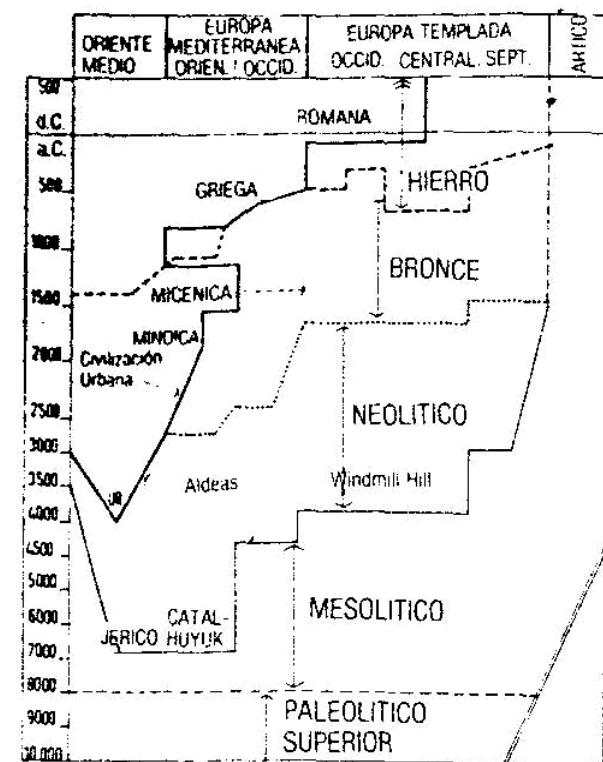
Británicas en particular se tratarán en el capítulo 4 como parte de los antecedentes de la época medieval). En algunas partes del mundo, sobre todo en Norteamérica y Australasia, la cultura urbana fue introducida en territorios deshabitados o impuesta a pueblos esencialmente primitivos. Existen todavía sociedades aisladas que no han avanzado más allá de la fase paleolítica. Este capítulo parte de la base de que el desarrollo de la agricultura fue un requisito previo esencial para el nacimiento de los asentamientos urbanos. Hasta hace poco este punto de vista no había sido seriamente cuestionado. Sin embargo, la obra de Jane Jacobs *Economy of Cities*, publicada en 1969, sostiene la tesis contraria, a saber, que "el dogma de la primacía agrícola es tan peregrino como la teoría de la generación espontánea" y que en realidad "la agricultura y la ganadería surgieron en las ciudades".

Se deduce, por tanto, que "las ciudades debieron preceder a la agricultura". Es probable que Jane Jacobs concibiera su teoría para responder a ciertos descubrimientos arqueológicos recientes en Anatolia que muestran que, en varios aspectos, Çatal Hüyük poseía al parecer un estatus de "ciudad" hacia el séptimo milenio a.C. o incluso antes; tres mil años antes de los comienzos de la civilización urbana sumeria (Jericó también ha suscitado controversias

en cuanto a su temprano estatus urbano y se describe, junto Çatal Hüyük, en otra parte de este mismo capítulo).

Una crítica detallada de esta tesis, presentada con convicción, pero decididamente sospechosa, no reviste importancia inmediata para las conclusiones de este capítulo; nuestro interés principal se centra en mostrar la forma de las primeras "ciudades" o "pueblos". En tanto que hecho arqueológico, la forma urbana en sí misma no se ve afectada por esta polémica. Sin embargo, la revolución neolítica y la revolución urbana revisten ambas tales importancias que no podemos desechar sin más la argumentación de Jane Jacobs, por lo que, en el Apéndice D, se recoge una réplica a la misma.

Figura 1.2. Cuadro que muestra los períodos cronológicos comparados del Neolítico y de otras culturas contemporáneas en Oriente Medio y Europa.



Los primeros asentamientos

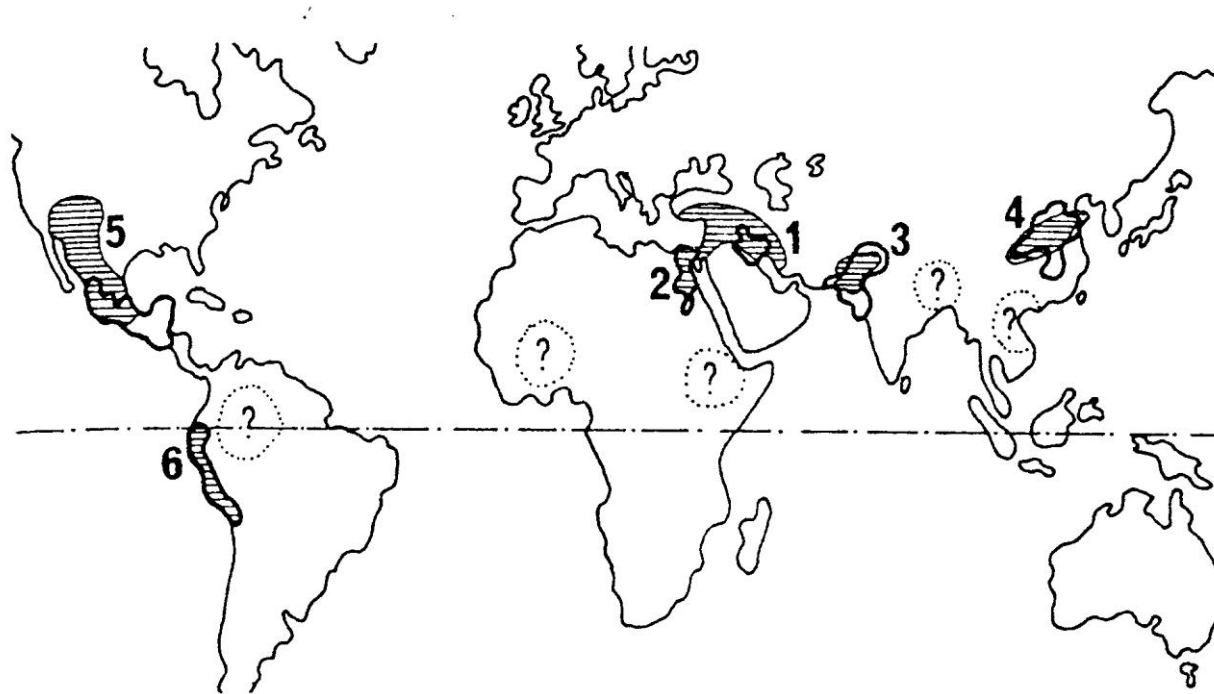


Figura 1.3. Situación geográfica de las primeras civilizaciones (delimitadas por una línea de trazo grueso) en relación con la situación de las más tempranas comunidades agrícolas conocidas (áreas rayadas) y otros hipotéticos centros agrícolas tempranos. 1, Mesopotamia meridional (civilización sumeria); 2, Valle del Nilo (egipcia); 3, Valle del Indo (cultura de Harappa); 4, Río Amarillo (Shang); 5, Mesoamérica (azteca y maya); 6, Perú (incaica).

Las primeras criaturas de forma humana aparecen por primera vez sobre la tierra hace quizás un millón de años, y "...se dispersan desde Inglaterra hasta China, y desde Alemania hasta el Transvaal".⁴

Se considera que alrededor de 25.000 años a.C. la evolución física y orgánica del Homo sapiens llegó a su fin y empezó el proceso moderno de evolución cultural.

Desde su primera aparición hasta el inicio del Neolítico el hombre subsistió partiendo de bases muy similares a la de los otros animales, recolectando los alimentos que encontraban en la naturaleza en forma de bayas, frutos,

raíces y nueces, y algo más tarde, alimentándose de otros animales y de la pesca. La unidad social era la familia, pero la sociedad era nómada por necesidad; tenía que desplazarse constantemente en busca de nuevas fuentes de alimento y llevar consigo sus escasos enseres de un primitivo refugio temporal a otro. No hubo unidad física permanente hasta aproximadamente 140.000 años a.C. cuando "...al aproximarse la última gran glaciación los hombres se encontraban lo suficientemente pertrechados para desalojar a otros habitantes de sus cuevas y encontrar en éstas cobijo para si mismos. Por primera vez nos encontramos con verdaderas viviendas".⁵ Sin embargo, el tiempo de permanencia en tales refugios estaba

Aunque por conveniencia a menudo se hace referencia al Neolítico como época, éste no se limita a ningún período de tiempo en particular, sino que su duración varía en las diferentes zonas. En algunos casos, los hombres seguían dependiendo de la caza, la pesca y la recolección mientras sus vecinos más avanzados practicaban una economía neolítica. De modo similar, los pueblos neolíticos de determinadas zonas seguían empleando utensilios de piedra mucho después de que otros utilizaran herramientas y armas de bronce o de hierro. De hecho, el término Neolítico implica simplemente que la producción de alimentos se basaba en la agricultura y la ganadería, sin que se conociera la tecnología de los metales. Aunque no cabe duda de que el Neolítico supuso una "revolución" en el modo de vida del hombre, se ha sugerido que el término "evolución" sería más apropiado puesto que la transformación tuvo lugar de manera gradual. Las investigaciones recientes han demostrado que existían comunidades parcialmente sedentarias, desde 8900 a.C., entre pueblos antes calificados de mesolíticos, y a los que hoy se suele hacer referencia como proto-neolíticos. El desarrollo de la plena producción alimenticia fue más una evolución que una revolución repentina: sin embargo, es indudable que las consecuencias de este cambio fueron revolucionarias en el más amplio sentido de la palabra. Son/a Colé, *The Neolithic Revolution*.

C Cambios y Permanencias

CSC/CFE

- Paso del Nomadismo al Sedentarismo.
- Surgimiento de la Agricultura.

determinado por la continuidad en la disponibilidad de alimentos en los alrededores de la "vivienda". El profesor Childe observa que esta economía de recolección corresponde a lo que Morgan⁶ llama Período Salvaje y que "... proporcionó la única fuente de subsistencia abierta a la sociedad humana durante casi el 98 por ciento de la permanencia del hombre en este planeta".⁷ Tal economía imponía un límite al índice de población que estaba en relación directa con las condiciones climáticas y geológicas reinantes. Toda la población de las Islas Británicas alrededor del año 2000 a.C. ha sido cifrada por Childe en no más de 20.000 individuos, con un incremento de hasta un máximo de 40.000 durante la Edad de Bronce. En Francia la cultura magdaleniense, entre los años 15.000 y 8.000 a.C., con unas fuentes de alimentación iniciales excepcionalmente favorables, tuvo una densidad de población máxima de 0,4 habitantes por kilómetro cuadrado, con un promedio general que oscilaba aproximadamente entre 0,04 y 0,08.⁸ Otros ejemplos citados por Childe indican que "...se cree que en todo el continente australiano la población aborigen nunca ha sobrepasado los 200.000 habitantes, con una densidad de sólo 0,01 habitantes por kilómetro cuadrado",⁹ mientras que para las praderas de Norteamérica cita la estimación de Kroeber de que "...la población cazadora no debió sobrepasar los 0,04 habitantes por kilómetro cuadrado".¹⁰ En algún momento, entre 8.000 y 10.000 años atrás, la humanidad empezó a ejercer un cierto tipo de control sobre la producción de alimentos mediante el cultivo "La salida de la situación sin solución a que estaba abocado el Período Salvaje constituyó una revolución económica y científica que convirtió a los partícipes de ésta en socios activos de la naturaleza, dejando de ser parásitos de ésta."¹¹ La revolución agrícola neolítica transformó la economía confiriéndole una base creciente en la producción de alimentos, permitiendo que la unidad social se ampliara, aunque sólo fuera de modo marginal, hasta alcanzar la del clan. La permanencia en un lugar de residencia estable tuvo a partir de este momento muchas más posibilidades, al

tiempo que la unidad física pasaba a ser la de la aldea, aunque los primeros asentamientos no fueran más que un grupo de chozas rudimentarias. Morgan denomina Período Bárbaro a este estadio del desarrollo de la civilización.

El hombre neolítico no logró la producción controlada de alimentos únicamente con su esfuerzo. Por el contrario, hay evidencias que apuntan hacia el hecho de que, tal vez abandonado a su propia suerte, "el Homo sapiens hubiera continuado siendo un animal raro, como de hecho lo es el salvaje".¹² El paso decisivo que finalmente condujo a la civilización urbana tuvo que esperar el estímulo externo de los cambios climáticos que tuvieron lugar al final del último período glacial, hacia el 7.000 a.C. La fusión de las vastas masas de hielo del norte "no sólo convirtió las estepas y tundras de Europa en bosques templados, sino que inició también la transformación de las praderas al sur del Mediterráneo y Cercano Oriente en desiertos jalonados por oasis".¹³

En estas praderas "...cuando el norte de Europa era todavía una tundra o incluso una superficie permanentemente helada... crecían gramíneas silvestres que se convirtieron mediante el cultivo en nuestros trigos y cebadas; las ovejas y ganado apto para la domesticación vagaban libremente. En tal entorno las sociedades humanas podían adoptar con éxito una actitud agresiva hacia la naturaleza que les rodeaba y proceder a la explotación activa del mundo orgánico. La cría de ganado y el cultivo de plantas constituyeron el primer paso revolucionario en la emancipación del hombre de su dependencia del medio ambiente".¹⁴

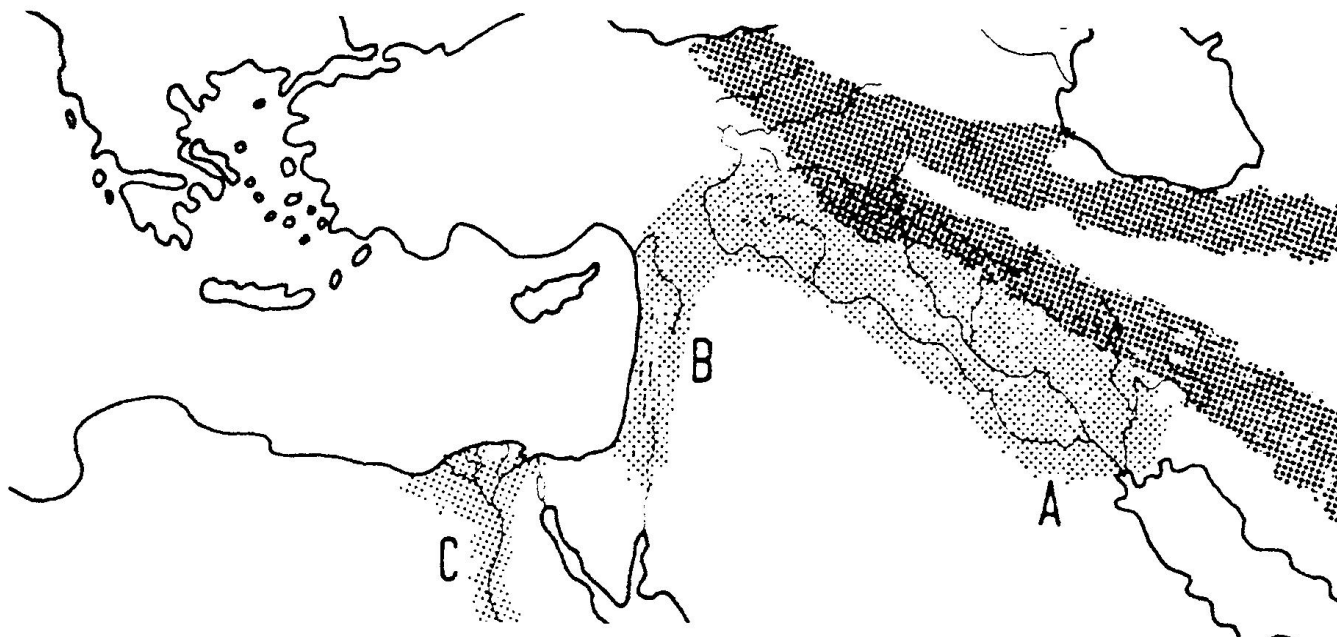


Figura 1.4. Mapa del Cercano Oriente que muestra el "Creciente Fértil", en sombreado claro, y los antiguos yacimientos de cobre, en sombreado oscuro. A, Mesopotamia meridional, valles del Tigris y del Eufrates; B, Palestina; C, Egipto, valle y delta del Nilo.

Se acepta generalmente que las condiciones favorables para la revolución agrícola se dieron inicialmente al sur y al este del Mediterráneo, en el área que se conoce como el "Creciente Fértil", término introducido por el Profesor Breasted¹⁵ y sinónimo de la expresión "Cuna de la Civilización".

Esta zona fértil, con la cual están relacionadas todas las civilizaciones primero rurales y posteriormente urbanas ó el Cercano y Medio Oriente, se muestra en sombreado claro en la figura 1.4. La zona tiene la apropiada forma de una hoz y parte del extremo septentrional del Golfo Pérsico, extendiéndose en dirección norte hacia las fuentes montañosas del Tigris, antes de torcer hacia el oeste atravesando el río Eufrates. Desde allí describe un arco a través de Siria y los valles y llanuras de Palestina, quedando interrumpida por el desierto del Sinaí, pero el amplio delta y el estrecho valle del Nilo forman una

substantial prolongación hacia el interior de Egipto, en dirección sur.

En Mesopotamia la relación de los asentamientos neolíticos "...se inicia en los pequeños oasis de estepas y mesetas. A pesar de la amenaza de sequía, las dificultades de dominar la tierra fueron menos arduas en estos lugares que en las llanuras aluviales de los ríos principales".¹⁶ Hacia 5500 a.C., después de al menos tres mil años de lento desarrollo, existían comunidades agrícolas firmemente establecidas en las tierras más elevadas, comunidades que fueron descendiendo gradualmente hacia los valles del Tigris y del Eufrates a medida que se secaban los depósitos aluviales y mejoraban las técnicas, especialmente las de regadío.

El profesor Fairman menciona que en Merimde, Egipto, al noroeste del delta, "tal vez en época tan lejana como es el año 4000 a.C., el asentamiento primitivo ocupaba una

Ci Ambiente



La mayor parte de las principales innovaciones tecnológicas de la Antigüedad se produjeron dentro del área limitada del Oriente Próximo y el extremo oriental del Mediterráneo, y nada más erróneo que imaginar que estas regiones eran en la Antigüedad como las conocemos hoy. Incluso en los últimos diez mil años tuvieron lugar enormes transformaciones que nada tienen que ver con los cambios de población (migraciones o explosiones demográficas), ni con el reciente desarrollo de las ciudades, las carreteras y los ferrocarriles. Es mucho más esencial el hecho de que toda la ecología de la región ha experimentado cambios drásticos. Lo que hoy conocemos como llanuras abiertas y polvorientas o fértiles tierras de cultivo, estuvieron hace más o menos diez mil años densamente cubiertos de bosques, en los cuales vivía una amplia variedad de animales salvajes. Esto no quiere decir que no existieran desiertos, sino más bien que muchas colinas que en la actualidad son estériles cordilleras rocosas estuvieron, al menos en parte, cubiertas de árboles, mientras que sobre los valles ribereños probablemente se extendían densos bosques.
Henry Hodges, *Technology in the Ancient World*.

C Metodología de la Cátedra

media duración tiempo social

Revolución Urbana: Dentro de la periodización por largas duraciones responde al tiempo histórico de los cambios sociales.

superficie de 550 por 365 metros como mínimo, y en una parte algunas de las chozas se encuentran dispuestas en dos hileras claramente definidas con un camino en medio"¹⁷. Se han descubierto otros lugares identificados como poblados neolíticos egipcios en Fayum, a orillas de un lago al oeste del Valle del Nilo, y que estuvieron ya firmemente consolidados durante la primera mitad del quinto milenio.

La Edad de Bronce

Antes de pasar a describir el proceso de transformación que entre los años 3500 y 3000 a.C. experimentaron los asentamientos de la sociedad neolítica hasta convertirse en las primeras ciudades -la "revolución urbana" del profesor Childe- es necesario dar una definición del concepto de ciudad. Gideon Sjoberg lo ha definido concisamente como "una comunidad de considerable magnitud y elevada densidad de población que alberga en su seno a una gran variedad de individuos especializados en tareas no agrícolas, incluyendo entre éstos a una élite culta".¹⁸

En esta definición se encuentran implícitos dos requisitos para la revolución urbana: primero, la producción de un excedente almacenable de alimentos y otras materias primas por parte de un sector de la sociedad a fin de mantener las actividades de los individuos especializados; segundo, la existencia de alguna forma de escritura, sin lo cual no se puede establecer un registro permanente de los acontecimientos y no es posible el desarrollo de las matemáticas, la astronomía y otras ciencias.

Hay otros requisitos a considerar, entre los cuales los principales son: tercero, una organización social que garantice la continuidad de los aprovisionamientos a los individuos especializados urbanos y que controle las fuerzas de trabajo para obras de envergadura de carácter comunitario; cuarto, una capacidad tecnológica que proporcione los medios para el transporte de los materiales en bruto, y aporte unas mejoras significativas a la naturaleza y a la calidad de los utensilios. Como ha dicho Childe, "la posibilidad de producir el excedente necesario era inherente a la naturaleza misma

de la economía neolítica; su materialización, sin embargo, precisó de aportaciones al caudal de ciencia aplicada que poseían los bárbaros, así como de una modificación en las relaciones sociales y económicas".¹⁹

En el transcurso del cuarto milenio a.C. se reunieron los requisitos suficientes para llevar a cabo la revolución urbana, ya fuera por invención o descubrimiento. Para citar de nuevo a Mumford, "hasta donde alcanzan los conocimientos actuales, el cultivo de cereales, el arado, el torno de alfarería, la embarcación a vela, el telar, la metalurgia, las matemáticas abstractas, las observaciones astronómicas exactas, el calendario, la escritura y otros modos de discurso inteligible en forma permanente, surgieron todos ellos casi al mismo tiempo hacia el año 3000 a.C., siglo más o siglo menos".²⁰

El requisito indispensable para la revolución urbana es la producción de un excedente de alimentos. Por lo que se sabe esto fue posible por primera vez en las llanuras aluviales del Tigris y el Éufrates.²¹ Entre 4000 y 3000 a.C. -o tal vez antes- algunas comunidades rurales de la baja Mesopotamia no sólo aumentaron en tamaño, sino que sufrieron cambios en su estructura. Estos procesos culminaron en las ciudades-estado sumerias a partir del año 3000 a.C., con sus decenas de miles de habitantes, sus complejas religiones, su estructura de clases política y militar, su tecnología avanzada y sus amplios contactos comerciales.

Los procesos agrícolas sobre los suelos aluviales dependían del regadío; éste se realizaba inicialmente en forma rudimentaria y en áreas muy localizadas, pero más tarde se recurrió a las obras de canalización y contención a gran escala, hecho éste vinculado al advenimiento de las ciudades plenamente establecidas. "El territorio que más tarde habría de convertirse en Sumer carecía de piedra para la construcción e incluso de madera (exceptuando los troncos de palmeras), y la escasez de minerales era absoluta; su clima era seco y el régimen de sus ríos no daba lugar a crecidas anuales como las del Nilo. Y a pesar de todo, era una tierra de oportunidades."²²

No se sabe con certeza cuándo se fundaron los primeros asentamientos en las tierras aluviales. Grahame Clark

indica que "los primeros habitantes que nos son conocidos con cierto detalle son los pobladores de al'Ubaid, una humilde aldea situada en un exíguo montículo o islote que se erigía sobre el aluvión del río en el valle del Éufrates. Estos pueblos aparecen por primera vez en los anales arqueológicos hacia finales del quinto milenio...".²³ Hasta aproximadamente el año 2750 a.C., cuando Sargón fundó la ciudad de Agade cerca de Babilonia como capital de un estado sumerio unido, los principales asentamientos urbanos fueron ciudades-estado efectivamente autónomas de las que "al menos once de ellas, incluyendo Ur, Erech, Larsa, Kish y Nippur, mantenían simultáneamente dinastías independientes y a veces en lucha abierta entre sí".²⁴

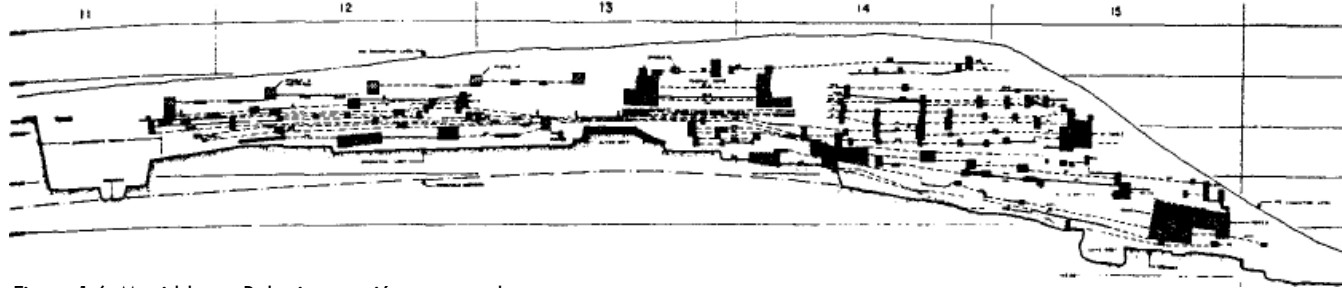


Figura 1.6. Megiddo, en Palestina; sección transversal del tell, mirando en dirección norte.

Antes de describir la ciudad de Ur, es preciso dar una breve explicación de la formación de los tells tanto en la Mesopotamia arcaica como en la historia urbana posterior. El término *tell* es de origen preislámico y se refiere a aquellos montículos claramente formados por la mano del hombre que como tales constituyen un elemento arqueológico característico de Irán, Irak, Palestina, Turquía, Rusia meridional y algunos lugares europeos muy determinados. Generalmente estos montículos han estado habitados hasta tiempos recientes; no obstante, son el resultado de la ocupación del lugar a lo largo de varios milenios.

A su vez la dinastía de Akkad fue derrocada y la ciudad de Ur asumió el control del imperio sumerio durante la Tercera Dinastía, entre 2110 y 2015 a.C. aproximadamente.

Ur constituye el ejemplo más significativo de ciudad sumeria tanto por su importancia como capital de una de las dinastías como por la gran magnitud de las excavaciones llevadas a cabo en ese lugar. Ur está situada aproximadamente a medio camino entre el actual extremo septentrional del Golfo Pérsico y Bagdad. Durante la Tercera Dinastía se encontraba a orillas del Éufrates (que ahora discurre unos 15 kilómetros al oeste) a pocos kilómetros del mar.

En efecto, se sigue viviendo en Erbil (la antigua Arbela, figura 1.11) y en Kirkuk, o, en palabras de Glyn Daniel, "tal vez debería decirse que se vive sobre tales lugares; han estado habitados de forma más o menos continua desde tiempos muy lejanos hasta la actualidad, desde hace quizá seis u ocho mil años".²⁵

Un *tell* se formaba por las sucesivas reconstrucciones de una ciudad sobre las ruinas de las anteriores. En Mesopotamia y en otros valles fluviales la mayoría de los edificios se construían con ladrillos de arcilla secados al sol; los ladrillos cocidos en hornos sólo eran utilizados para el revestimiento de las murallas de las ciudades o en palacios y templos.

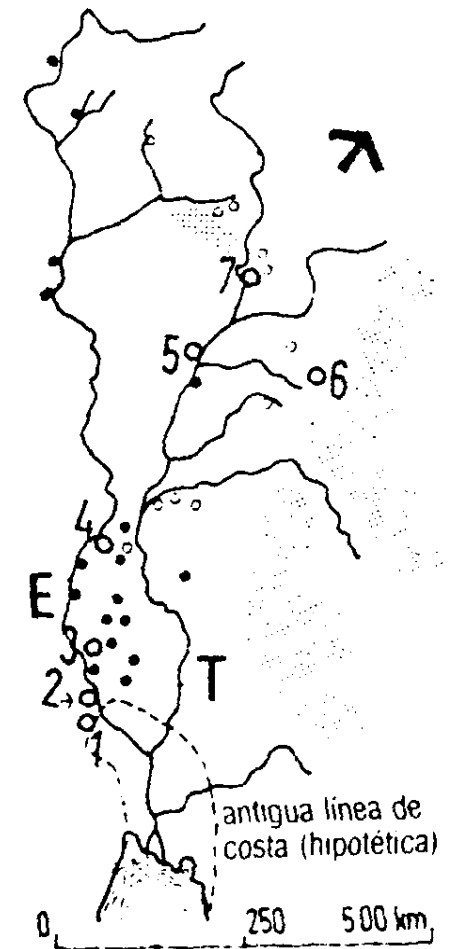


Figura 1.5. Centros urbanos en Mesopotamia, las estribaciones montañosas aparecen sombreadas
1, Eridu; 2, Ur; 3, Erech (todas ellas ciudades sumerias); 4, Babilonia; Assur; 6, Arbela (Erbil); 7, Nínive;
E, Río Éufrates; T, Río Tigris.
La línea punteada representa el perfil de costa hacia el año 2000 a.C.

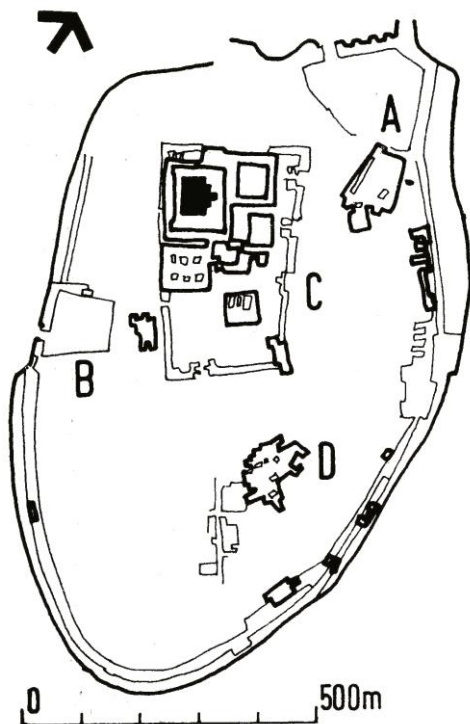


Figura 1.8. Ur; plano del trazado general del periodo 2100-1900 a.C. (tal como fue excavada por Sir Leonard Woolley). La superficie urbana intramuros era de 89 hectáreas y su población máxima pudo alcanzar los 35.000 habitantes. Se ha estimado una cifra de 250.000 habitantes para la totalidad de la población de la ciudad-estado. A, puerto del norte; B, puerto del este; C, el temenos (véase figura 1.9); D, barrio de viviendas de alrededor de 1900 a.C. (véase figura 1.10). El cauce principal del Éufrates discurría a lo largo del lado occidental de la ciudad.

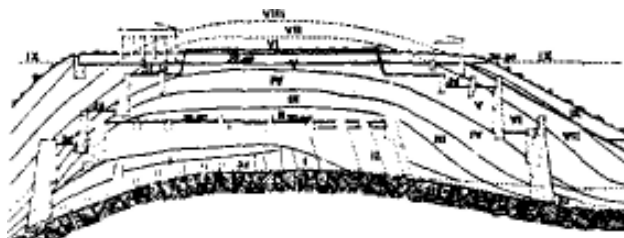


Figura 1.7 Sección transversal del tell de Troya que muestra las diferentes fases en las cuales el nivel del "suelo" interior a las sucesivas murallas de fortificación fue elevándose gradualmente por encima del fondo rocoso.

La vida de una casa construida con ladrillos de adobe se reducía probablemente a un periodo de 75 años, al cabo del cual se desmoronaba por la acción de los agentes atmosféricos. Los cascotes se nivelaban y servían de cimientos a la nueva casa, con lo que se elevaba el nivel efectivo del suelo. Este proceso solía ser continuo; la ciudad se regeneraba célula a célula. En ocasiones también tenía lugar una reconstrucción total, probablemente después de una completa destrucción de la ciudad o de un periodo de desocupación.

Podemos señalar al respecto que en otras ciudades el nivel actual del suelo está situado a una altura considerable, muy por encima del nivel original, como consecuencia de procesos análogos; en Londres o en Roma, entre otras muchas ciudades fundadas en la Antigüedad, son característicos los edificios históricos cuyas plantas bajas están por debajo de los niveles de las calles circundantes. Sir Leonard Woolley indica que "los pavimentos de mosaico de la Londinium romana se encuentran entre 7 y 9 metros por debajo de las calles de la City moderna".²⁶ La misma topografía de las colinas de Roma, tal como la describe el Profesor Lanciani, sufrió cambios radicales incluso antes de finalizar la Edad Antigua; la colina del Palatino, por ejemplo, fue cubriéndose de una "capa de escombros que oscila entre 2 y 20 metros de espesor".²⁷ En las ciudades abandonadas durante periodos prolongados el polvo se acumula de forma natural. Lanciani observa que "si el Foro de Trajano,

excavado por Pío VII (1800-1823), no fuera barrido una vez por semana, al final de cada año se encontraría cubierto por más de dos centímetros de polvo, o lo que es lo mismo, por más de dos metros al cabo de un siglo".²⁸

La civilización sumeria

Ur de los Caldeos

El nivel mejor conservado de las ruinas de la ciudad corresponde al periodo de Ibin-Larsa, hacia el 1700 a.C., cuya excavación describe Sir Leonard Woolley en su fascinante obra *Ur of the Chaldees*. En este periodo tardío el trazado conservaba la forma básica de la ciudad de la Tercera Dinastía y "las excavaciones efectuadas en otros lugares evidencian que Ur fue, en todos sus puntos esenciales, perfectamente representativa de las capitales del estado sumerio desde el Golfo Pérsico hasta Mari, en el curso medio del Éufrates".²⁹

En la ciudad de Ur correspondiente a la Tercera Dinastía se distinguen tres partes fundamentales: la antigua ciudad amurallada, el temenos o recinto sagrado y la ciudad exterior. La ciudad amurallada tenía forma ovalada irregular, de unos 1.200 metros de longitud por 800 metros de anchura. Se erguía sobre el montículo formado por las ruinas de las edificaciones precedentes; el Éufrates discurría por el lado oeste y un amplio canal navegable la rodeaba por el norte y el este. Dos puertos situados al norte y al este proporcionaban fondeaderos protegidos, y es posible que un canal menor atravesara el área urbana.

La muralla de fortificación era básicamente la construida durante los 18 años que duró el reinado de Ur-Nammu, el fundador de la Tercera Dinastía. Sir Leonard Woolley la describe "de una altura de 8 metros o más por encima de la llanura; servía de muro de contención a la plataforma sobre la que se levantaban los edificios de la ciudad. La subestructura de la muralla estaba enteramente construida en adobe, y en su base tenía un espesor de no menos de 23 metros. El muro propiamente dicho, construido de ladrillo cocido, que coronaba toda la subestructura, ha desaparecido, al menos en los puntos en que se han

efectuado las excavaciones, pero a juzgar por el tamaño extraordinariamente grande de los ladrillos empleados, debió constituir una estructura de gran solidez".³⁰ El *témenos* ocupaba la mayor parte del sector noroeste de la ciudad. Con excepción de los puertos, contenía los únicos espacios abiertos significativos de la ciudad, aunque su uso estaba esencialmente reservado a los sacerdotes y miembros de la corte. El trazado del *témenos* (véase la figura 1.9 y el plano general de la ciudad) data del reinado de Nabucodonosor (hacia 600 a.C.) cuando la ordenación irregular de la zona fue reorganizada siguiendo alineaciones rectilíneas. El resto de la ciudad intramuros estaba densamente edificado con barrios de viviendas. Se ha excavado una parte considerable de unos de estos barrios, al sureste del *témenos*. Esta zona de viviendas parece constituir una de las partes más antiguas de la ciudad, "donde durante muchos siglos se habían ido edificando casas que posteriormente se habían desmoronado, pasando a formar parte de una plataforma donde construir nuevos edificios, de tal modo que hacia 1900 a.C. era una colina que se destacaba sobre la llanura".³¹

Al parecer las casas estaban habitadas por individuos pertenecientes a la clase media. Su tamaño era variable, al igual que su planta, en función de la disponibilidad de espacio y de los medios del propietario. Pero en líneas generales las casas se construían de acuerdo con un plan general.

La construcción de estas casas resultó ser mucho más sofisticada y sus proporciones mucho más ambiciosas de lo que Woolley había imaginado. Esperaba encontrar edificios de una sola planta, contruidos en ladrillos de adobe y con sólo tres o cuatro habitaciones, y en su lugar descubrió casas de dos plantas, contruidas con ladrillos cocidos en la planta baja y adobes en la planta superior; el yeso y la cal ocultaban el cambio de material. Había hasta 13 y 14 habitaciones alrededor de un patio central pavimentado que permitía la iluminación y la aireación de las estancias de la casa. En palabras de Woolley, Ur fue sin lugar a duda una gran ciudad cuyas sofisticadas condiciones de vida

demostraban que había heredado las tradiciones de una civilización antigua y altamente organizada.

El desarrollo de la edificación en torno a un patio como respuesta a una supuesta necesidad de intimidad doméstica en condiciones urbanas de gran densidad de edificación, donde las estrechas calles debieron ser ruidosas, sucias y potencialmente peligrosas, tiene un paralelo en nuestros días en la adopción del tipo de la casa "patio". Este tipo de vivienda hace compatible la intimidad en condiciones de elevada densidad hasta un punto imposible de lograr con tipos edificatorios convencionales abocados al exterior. Además de la razón expuesta, las casas con patio tanto en Mesopotamia como en Egipto y en el valle del Indo, y posteriormente en Grecia y en las regiones cálidas del Imperio Romano, habrían favorecido la convección natural del aire, permitiendo alcanzar unas condiciones ambientales más frescas. Estas casas, con su distribución de estancias altamente civilizada y dotadas de los servicios adecuados, representan el resultado evidente de un largo proceso evolutivo, si bien aparecen agrupadas en trazados que "han rebasado las condiciones de la aldea primitiva y no se ajustan a ningún sistema de planeamiento urbano".³²

Esta evolución natural no planificada de una ciudad, originada generalmente a partir de una aldea, se denomina "crecimiento orgánico" y representa, con mucho, la más extendida de las dos tendencias de actividad radicalmente opuestas con arreglo a las cuales la humanidad ha fundado y ensanchado sus asentamientos urbanos a lo largo de la historia.

La segunda tendencia, que, en comparación con la anterior, no ha producido más que un número muy reducido de ciudades y que es de origen relativamente más reciente, es aquella basada en un método planificado, predeterminado.

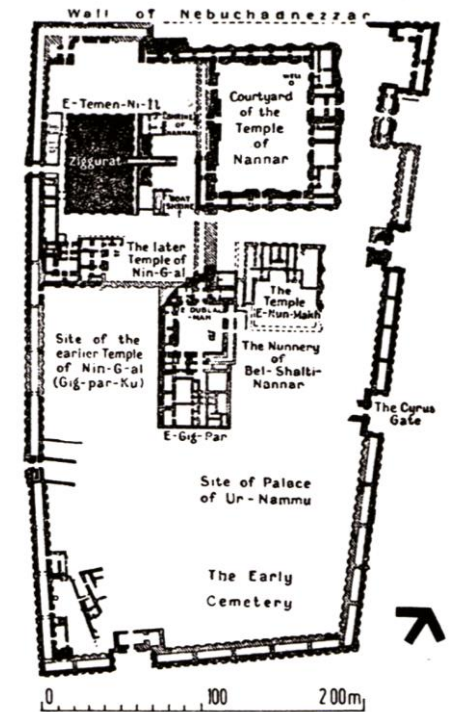


Figura 1.9. Ur; plano del *témenos*, la ciudadela religiosa de la ciudad, rodeada de sólidas murallas y dominada por un *ziggurat* de varias plantas situado en la esquina occidental. La disposición del *ziggurat*, del templo-palacio y edificios gubernamentales anexos se organizó con arreglo a alineaciones *planeadas* bajo Nabucodonosor. Woolley opina que la forma del *témenos* al comienzo del segundo milenio a.C. es decir, contemporánea del barrio de viviendas que muestra la figura siguiente, había sido asimismo el resultado de procesos de *crecimiento orgánico*, aunque los edificios concretos del *témenos* de aquella época tuvieran plantas rectilíneas.

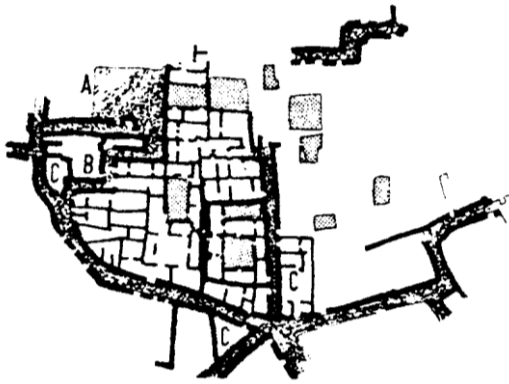


Figura 1.10. Ur, plano de detalle del barrio de viviendas del período 1900-1674 a.C., excavado por Sir Leonard Woolley al sureste del témenos (véase figura 1.8, D). A, Plaza de la Panadería, un pequeño espacio destinado a mercado; B, Callejón del Bazar que conduce a éste desde la calle principal; C, pequeños altares locales. Las calles se muestran en sombreado; los patios de viviendas se representan con una trama de puntos.

Figura 1.11. Erbil (la antigua Arbela) en el noroeste de Irak, a unos 300 kilómetros al norte de Bagdad y al pie de las montañas del Kurdistán. El tell, en el centro de la fotografía, ha sido ocupado de modo más o menos continuo desde hace 6.000 u 8.000 años. La densa trama celular compendia la forma urbana debida a un *crecimiento orgánico* desarrollado a lo largo de toda la historia de la civilización humana. Las estrechas calles, los patios particulares de las casas y probablemente la plaza del mercado constituyen los únicos espacios abiertos interiores al núcleo urbano. Erbil no debe haber sufrido cambios físicos significativos desde el cuarto o el quinto milenio a.C.; el barrio de viviendas de Ur (figura 1.10) hubiera tenido prácticamente el mismo aspecto visto desde el aire. Las recientes viviendas "suburbanas" en la parte superior izquierda, también compuestas por casas con patio, pero estructuradas con arreglo a un trazado en retícula, pueden considerarse como la vista aérea equivalente de los "poblados" egipcios *planeados* de Tel-el-Amarna (figura 1.18) y Kahun (figura 1.19), así como de los barrios de viviendas de las ciudades pertenecientes a la cultura de Harappa, en el valle del Indo (páginas 28 a 34 de la edición original).



El crecimiento orgánico, al menos hasta tiempos recientes, denota una expansión incontrolada. Es posible llegar a un crecimiento orgánico de estas características partiendo de un origen planificado con el estatus urbano resultante de, por ejemplo, la decisión de edificar en un lugar elegido. Muchas ciudades a lo largo de la historia se han originado de este modo.

El crecimiento orgánico produjo paisajes urbanos de pintoresca variedad, cuyo mejor exponente tal vez sea la forma urbana medieval. A pesar de sus serpenteos y su estructura viaria aparentemente ilógica, esos trazados urbanos no obstante se ajustan claramente a un patrón natural indefinible. El plano de detalle de la agregación típica de viviendas de Ur demuestra explícitamente el

resultado de este crecimiento orgánico (figura 1.10). En el capítulo 4 se exponen ulteriores consideraciones acerca de la evolución de los asentamientos urbanos originados a partir de una aldea primigenia. La forma urbana planificada con trazados viarios predeterminados basados generalmente en una simple retícula rectilínea debe haber aparecido, por razones que se expondrán más adelante en este mismo capítulo (en relación con los ejemplos más tempranos de los que se tiene noticia), con posterioridad a que los primeros asentamientos hubieran adquirido el estatus de urbe a través de procesos de crecimiento orgánico.

Jericó y Çatal Hüyük

La antigua Jericó, de cuyos restos arqueológicos se tiene conocimiento desde hace varias décadas, y Çatal Hüyük, excavada hace relativamente poco tiempo, son dos de los desafíos más poderosos a la tesis que defiende que la civilización surgió inicialmente en Mesopotamia. Se sabe que Jericó fue un asentamiento densamente urbanizado dotado de poderosas murallas y que contaba con una administración evolucionada ya en el año 8000 a.C. Kathleen Kenyon, responsable de la dirección de las excavaciones de Jericó, señala en la tercera edición de su *Archaeology in the Holy Land* que "después de que el asentamiento alcanzó su tamaño máximo, fue rodeado de sólidas murallas y asumió pleno carácter urbano". Çatal Hüyük (que se ilustra con mayor detalle en el Apéndice G de la obra original) poseía asimismo ciertas características urbanas hacia el 7000 a.C. Sin embargo, ni Sir Mortimer Wheeler en *Civilizations of the Indus Valley*, ni Glyn Daniel en *The First Civilizations* se muestran convencidos por tales aseveraciones, Wheeler escribe que "según la aceptación usual de la palabra, la idea de civilización parece implicar ciertas cualidades que van mas allá de los logros que pueden atribuirse a Jericó", y "el importante asentamiento de Çatal Hüyük representa una aproximación a esta condición". Daniel es aún más

rotundo: "ni Jericó ni Catal Hüyük podrían denominarse proto-ciudades. No cumplían los otros requisitos de la definición de Kluckhohn. Pueden haber sido intentos fallidos hacia la civilización, una sinergia que no fructificó, o tal vez podríamos etiquetarlas simplemente como aldeas rurales afectadas por un crecimiento desproporcionado" (véase nota 18).

Jerusalén

La larga historia urbana de Jerusalén se remonta a casi 4000 años atrás, pero por fortuna para los arqueólogos, el área de la ciudad moderna no ocupa el lugar de los asentamientos más tempranos, emplazados al sureste. Kathleen Kenyon en *Jerusalem: Excavating 3000 Years of History* describe cómo la importancia de la ciudad a partir del tercer milenio reside en el hecho de que su ubicación hacía posible el control de la importante ruta que atravesaba el altiplano central de Palestina de norte a sur. El primer asentamiento ocupaba el extremo meridional de un cerro limitado, al oeste, por el valle llamado Siloam (antiguo Cedrón) y, al este, por el valle llamado Tyropoeon. La historia escrita de la ciudad se anticipa en varios siglos a los extensos testimonios bíblicos por cuanto es mencionada ya en cartas enviadas por los gobernadores locales a los funcionarios de Akhenaten en Egipto entre los años 1390 y 1360 a.C. El estado de los conocimientos actuales demuestra que el primer asentamiento ocupaba una superficie de poco más de 4 hectáreas y que la primera muralla data de alrededor de 1800 a.C. La alineación de esta fortificación es la misma que seguiría la de la Jerusalén yebusita, tomada por David hacia 996 a.C. David y su hijo y sucesor, Salomón, fundaron Jerusalén como el centro religioso destinado a unificar las tribus de Judá e Israel. Salomón construyó el primer templo sobre una amplia terraza artificial situada al norte del antiguo núcleo urbano, templo que probablemente estaría unido con su complejo palaciego. Sin embargo, nada se sabe acerca

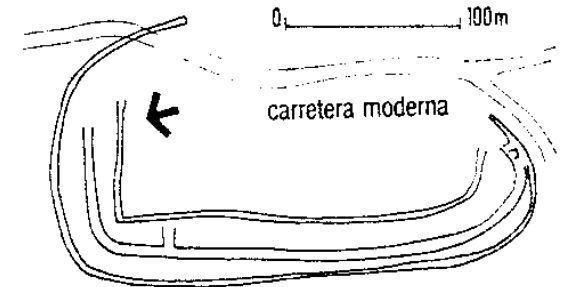


Figura 1.12. Jericó, perfil de las murallas y de las zonas excavadas (según Kathleen Kenyon). La fecha más temprana que se ha podido obtener hasta ahora por el carbono-14 se remonta aproximadamente al año 9000 a.C. para lo que se supone fue una especie de santuario fundado por cazadores mesolíticos junto a una fuente, que más tarde iba a hacer posible el cultivo de regadío en el valle del Jordán, que en Jericó está situado a unos 275 metros por encima del nivel del mar. Los descendientes de estos cazadores debieron hacer progresos notables para lograr la "plena transición desde una existencia nómada hasta una existencia sedentaria, en lo que debió ser una comunidad de considerable complejidad" durante un período de tiempo de unos mil años.

Uruk

Uruk, conocida también como Warka, la Erech del Antiguo Testamento, estaba situada cerca del Éufrates a unos 100 kilómetros río arriba de Ur. Fue la mayor de las ciudades sumerias conocidas, con una extensión de 500 hectáreas dentro de las murallas del tercer milenio a.C. Este perímetro fortificado ha sido localizado en su totalidad y consistía en un doble muro de unos 10 kilómetros de longitud reforzado por casi un millar de baluartes semicirculares. Uruk floreció entre 3500 y 2300 a.C., aproximadamente.

Egipto

Aunque a primera vista pueda parecer perfectamente comparable con Mesopotamia por el hecho de que ambos países estaban atravesados por grandes ríos que discurrían por valles y llanuras inmensamente fértiles y que ofrecían análogas oportunidades al hombre primitivo, la evolución de los asentamientos urbanos en Egipto se desarrolló según líneas totalmente opuestas. Jacques Hawkes y Sir Leonard Woolley afirman que "nada más diferente del mosaico de ciudades-estado que se repartían el valle del Tigris y del Éufrates, que el reino unificado de Egipto, donde la ciudad realmente no existía".³³ La ausencia de restos urbanos de alguna significación anteriores al 2600 a.C., aproximadamente, ha favorecido la opinión errónea de que la civilización de Egipto tiene un origen mucho más reciente que la de Mesopotamia. Nada más lejos de la verdad, como evidencia el avance tecnológico necesario para llevar a cabo la construcción de la Gran Pirámide de Keops (c. 2600 a.C.).

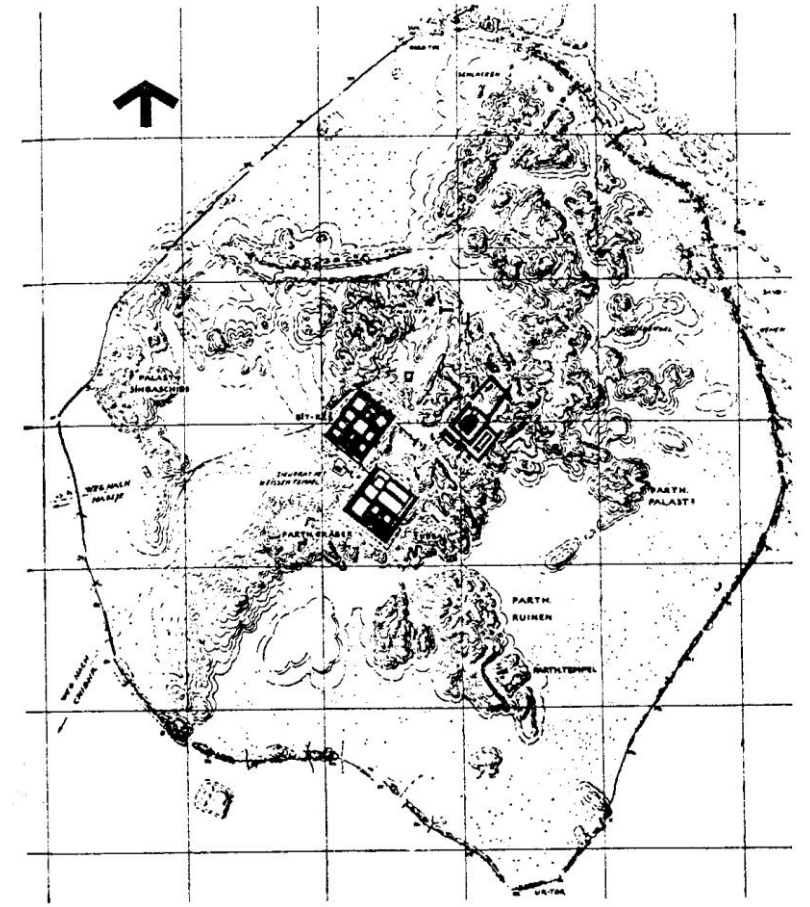


Figura 1.15. Uruk, plano general de la ciudad que muestra la línea de la muralla del tercer milenio a.C. y la ubicación del núcleo ocupado por el complejo del templo de Eanna. Durante el período de Uruk (aproximadamente de 3500 a 3000 a.C.) este conjunto consistía en el habitual grupo de templos, palacios y edificios administrativos y de almacenamiento. El impresionante ziggurat de Ur Nammu data de 2100 a.C. aproximadamente.

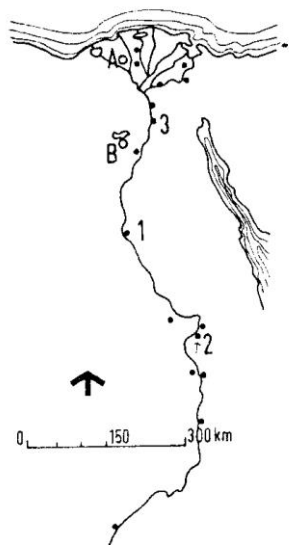
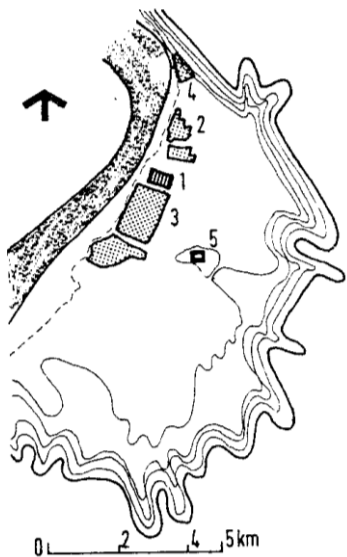


Figura 1.16. Centros urbanos de Egipto. 1, Akhetaten (Tel-el-Amarna); 2, Tebas; 3, Menfis (A, poblados neolíticos en Merimde; B, en Fayum)

Figura 1.17. Trazado de Akhetaten (Tel-el-Amarna). 1, núcleo urbano; 2, suburbio norte; 3, ciudad meridional; 4, edificio de tributos; 5, poblado obrero (figura 1.18).



Existe hoy un consenso general sobre la existencia de "ciudades" en Egipto, al menos tan antiguas como las sumerias, pero por una serie de razones tomaron una forma completamente diferente, lo que daría como resultado la ausencia de restos tempranos identificables. La razón principal, tal vez determinante, de este hecho es la paz interna que reinó en Egipto desde los primeros tiempos; no había la necesidad económica, como ocurrió en Mesopotamia, de ocupar continuamente el mismo lugar a fin de aprovechar la enorme inversión de capital que representaba la muralla defensiva. Una segunda razón que tiene relación directa con la primera es que dada la movilidad urbana, los sucesivos faraones tenían libertad para pasar el tiempo de su reino en este mundo, preparando su tumba para la otra vida que seguiría después de la muerte (la base de la religión egipcia), en un lugar diferente al de su predecesor.

Otra razón ulterior sobre la escasez de restos urbanos en comparación con el gran número de edificios religiosos que han perdurado, está basada en que casi todos los recursos de la industria de la construcción, junto con la totalidad de los materiales duraderos, eran puestos a disposición del proceso edificatorio de tumbas y templos. Las áreas urbanas egipcias fueron construidas en adobe al igual que en Mesopotamia, pero al no producirse un *tell* claramente reconocible como resultado de la ocupación de un lugar por un largo período de tiempo, no existe ninguna posibilidad de localizar las antiguas ciudades, incluso en el caso en que hubieran podido sobrevivir ciertos restos de interés, sin la protección de posteriores estratos de edificios. Como explica acertadamente Henri Frankfort, "cada faraón fijó su residencia cerca del lugar elegido para su tumba, en aquél donde se llevarían a cabo las obras de la pirámide y del templo durante la mejor parte de su vida, mientras que el gobierno se establecía en la ciudad más próxima. Tras la muerte del faraón el lugar se abandonaba a los sacerdotes, quienes se encargaban de mantener su culto y administraban su complejo funerario, a no ser que el sucesor también decidiera construir su tumba en esa área".³⁴

La construcción de ciudades bajo los faraones solía ser un proceso rápido realizado en una sola fase, a fin de no retrasar las obras funerarias. Esto queda ilustrado en la antigua ciudad egipcia de Tel-el-Amarna, sólo parcialmente excavada todavía. Este asentamiento, situado a medio camino entre El Cairo y Luxor, estuvo ocupado durante un período de sólo 40 años. La ciudad fue construida en la orilla oriental del Nilo "en un lugar donde los acantilados retroceden para formar un gran semicírculo de unos 11 kilómetros de longitud por 4 kilómetros de fondo".³⁵ El motivo que estuvo en la base de la fundación de la nueva ciudad hay que buscarlo en las dificultades que se le plantearon al faraón Akhenaten para instituir reformas religiosas en la entonces capital, Tebas, trasladándose río abajo hasta el nuevo emplazamiento. Dos años después de su muerte, acaecida en 1356 a.C., su sucesor regresó a Tebas y a la antigua fe. Amarna fue abandonada y nunca volvió a ser ocupada.

El plano de la ciudad muestra un desarrollo urbanístico lineal a lo largo del Nilo, con tres arterias principales paralelas al río, que enlazaban las diversas zonas entre sí. Su longitud máxima es de unos 8 kilómetros, con una extensión hacia el interior, medida desde la orilla, que oscila entre los 800 y los 1.600 metros. Existen escasas evidencias de que su trazado haya estado sometido a un planeamiento urbano deliberado y controlado. Los templos y demás edificios no están agrupados en una única zona, de modo que, como constata Henri Frankfort, "mientras existe un grupo central que incluye el vasto Templo del Disco Solar, el palacio oficial, la Sala de Tributos Extranjeros y la Secretaría, el Palacio del Norte se encuentra a más de dos kilómetros en esa dirección y el principal parque recreativo a unos cinco kilómetros hacia el sur".³⁶

Respecto a los barrios y viviendas, el profesor Fairman señala: "no había manzanas definidas en *insulae*, ni tamaños normalizados de las propiedades. Lo que parece haber ocurrido es que las gentes más adineradas elegían los emplazamientos de sus propias viviendas y construían a lo largo de las principales calles, ateniéndose en general

a las alineaciones de las mismas. Los menos pudientes edificaban a continuación en los espacios vacantes situados detrás de las viviendas de los ricos, y finalmente las casas de los pobres se apretujaban, apenas sin pretender un orden, en aquellos lugares en donde quedaba algún hueco. Se han descubierto casas de todo tipo en un mismo barrio, y aunque había áreas específicas ocupadas por barrios pobres, es evidente que no existía el *zoning*".³⁷ Al este de la ciudad se encuentra el poblado de los obreros, que, en contraste, fue trazado con arreglo a un plan preconcebido (figura 1.18). La significación del planeamiento en retícula en el caso de Tel-el-Amarna y su aplicación similar, incluso más temprana, en Kahun (figura 1.19) en 2670 a.C., ha sido generalmente mal interpretada. Los restos arqueológicos descubiertos tanto en Tel-el-Amarna como en Kahun no son más que los barracones dispuestos por los contratistas destinados a alojar a los obreros cualificados, ocupados respectivamente en la construcción de la nueva ciudad y de la pirámide de Illahun para el Faraón Useresen II. No hay indicios de que la utilización de la retícula tanto en Tel-el-Amarna como en Kahun sea más que un medio para lograr un fin: proporcionar alojamiento a los obreros cualificados del modo más rápido posible; por su parte, el vasto ejército de obreros ordinarios tenía que conformarse con cobertizos rudimentarios. La utilización de la retícula limitada a una parte relativamente insignificante de Tel-el-Amarna pudiera parecer un claro ejemplo del sentido práctico de los políticos del siglo XIV a.C.; en otras palabras: el planeamiento urbano como arte de lo práctico. De esta manera es posible resolver la aparente anomalía por la cual se consintió que la principal área urbana se desarrollara según las directrices que marcaba el crecimiento orgánico *laissez-faire*, a pesar de comprender el valor de la retícula en el trazado de una ciudad de nueva planta. La ejecución de cualquier plan ciudadano implica un control político, autocrático o democrático, para asegurar que los habitantes se adapten a las especificaciones de aquél. Era perfectamente posible imponer un plan a los obreros; por desgracia, nunca

sabremos si Akhenaten hubiera preferido o no imponer un control del planeamiento similar a sus ricos y poderosos parientes y a sus funcionarios políticos o religiosos.

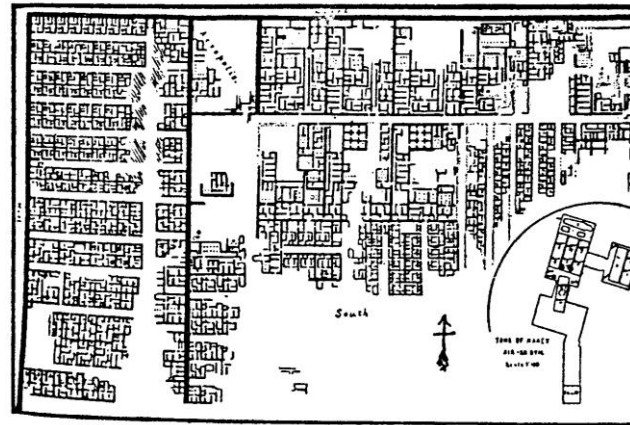


Figura 1.19. Kahun. Detalle de ordenación del campamento obrero de 2670 a.C.

El más temprano poblado obrero de Kahun ocupaba menos de 8 hectáreas. Estaba rodeado por un muro, destinado, entre otras cosas, a evitar que sus moradores se escapasen del recinto, y parece haber sido ocupado durante tan sólo 21 años. Sir Flinders Petrie observó que "cada calle estaba compuesta de un tipo uniforme de casas; no tenían jardines, pero cada casa, por pequeña que fuera, poseía su propio patio al aire libre igual al que tienen las casas egipcias en la actualidad. La vivienda de un obrero común contaba con tres estancias como mínimo, además del patio, y las otras casas -en función del rango de los ocupantes- poseían cuatro, cinco o seis estancias, mientras que algunas de las casas más grandes eran de dos plantas".³⁸

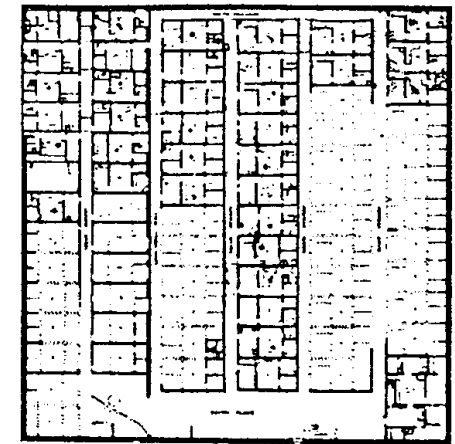


Figura 1.18. Trazado detallado del poblado obrero de Tel-el-Amarna. Sir Leonard Woolley, director de las excavaciones en esta ciudad, escribió: "desenterramos un poblado modelo destinado a alojar los trabajadores que excavaban las tumbas en la roca viva de las colinas del desierto. Un recinto cercado, de planta cuadrada, aparecía completamente ocupado por pequeñas casas dispuestas en varias hileras, separadas por estrechas calles; a excepción de la vivienda del capataz situada cerca de la puerta, todas las demás eran monótonamente iguales, cada una tenía su cocina-recibo al frente, sus dormitorios y su alacena en la parte trasera, el verdadero precedente de las viviendas industrializadas concebidas maquinalmente" (*Digging up the Past*)

Notas

Las primeras ciudades

1. Gordon Childe, *What Happened in History* (versión castellana: *Qué sucedió en la Historia*).
2. Es fundamental tener en cuenta que los arqueólogos continúan recomponiendo las páginas de la historia arcaica de la humanidad. Constantemente se producen nuevas interpretaciones de segundo orden; sin embargo, no pueden ignorarse las más importantes que hacen referencia a las "primeras" civilizaciones (por ejemplo, la Teoría de Nueva Obsidiana de Jane Jacobs, citada en la página 14 y que se tratará con mayor detalle en el Apéndice D).
3. Glyn Daniel, *The First Civilizations*.
4. Lewis Mumford, *The City in History* (versión castellana: *La ciudad en la Historia*, Ediciones Infinito, Buenos Aires, 1966).
5. Gordon Childe, op. cit. en n. 1.
6. Lewis H. Morgan, *Ancient Society; or Researches in the Lines of Human Progress from Savagery through Barbarism to Civilization, 1877* (reeditado bajo el título *Ancient Societies*, Harvard University Press, 1964). Morgan definió estos términos de modo más preciso con arreglo a la ampliación de las fuentes de subsistencia del hombre.
Distinguía siete períodos, que llamó períodos étnicos. Los primeros seis eran: Período Salvaje Inferior, desde la aparición del hombre hasta el descubrimiento del fuego; Período Salvaje Medio, desde el descubrimiento del fuego hasta la invención del arco y la flecha; Período Salvaje Superior, desde la invención del arco y la flecha hasta el advenimiento de la alfarería; Período Bárbaro Inferior, que empezó con el advenimiento de la alfarería (que para Morgan suponía la línea divisoria entre el Período Salvaje y el Período Bárbaro) y terminó con la

domesticación de animales; Período Bárbaro Medio, desde la domesticación de animales hasta la fundición del mineral de hierro, y el Período Bárbaro Superior, desde el descubrimiento del hierro hasta la invención del alfabeto fonético. Finalmente, el séptimo período fue la civilización con la escritura y el alfabeto (citado por Daniel, en *The First Civilisations*).
7. Gordon Childe, op. cit. en n. 1.
8. Gordon Childe, *The Dawn of European Civilization*.
9. Gordon Childe, op. cit. en n. 1.
10 A.L. Kroeber, *a Roster of Civilizations and Cultures*.
11. Gordon Childe, op. cit. en n. 1.
12. Gordon Childe, op. cit. en n. 1.
13. *Ibidem*.
14. Lewis Mumford, op. cit. en n. 4.
15. James Breasted, *Ancient Times*.
16. *Ibidem*.
17. H.W. Fairman "Town Planning in Pharaonic Egypt", en *Town Planning Review*, abril, 1949.
18. Gideon Sjoberg, "The Origin and Evolution of Cities", en *Scientific American*, septiembre, 1965 (también en *Cities*, un libro de *Scientific American*, 1967; versión castellana: "Origen y evolución de las ciudades" en *La Ciudad*, Alianza Editorial, S.A., Madrid, 1967). Algunas otras definiciones de civilización: "Para que una sociedad pueda llamarse civilizada debe cumplir, al menos, dos de las siguientes condiciones: tener poblaciones de más de 5.000 habitantes; poseer un lenguaje escrito; y albergar centros monumentales de ceremonias" (profesor Clyde Kluckhohn).
"La escritura es de tal importancia que la civilización no puede existir sin ella, y recíprocamente, la escritura tan sólo puede existir al amparo de una civilización" (U. Gelb, *A Study of Writing: the Foundations of*

Grammatology; versión castellana: *Historia de la escritura*, Alianza Editorial, S.A., Madrid, 1976).
"Una civilización era una sociedad con un conjunto de instituciones sociales funcionalmente interrelacionadas tales como: a) estratificación en clases determinadas por los diferentes grados de control sobre los principales recursos productivos; b) jerarquías políticas y religiosas que se complementaban mutuamente en la administración de estados territorialmente organizados; y c) compleja división laboral con artesanos, sirvientes, soldados y funcionarios de plena dedicación a los que hay que agregar la gran masa de productores primarios del campesinado" (profesor Robert Adam). Pasaje citado por Daniel y extraído de Cari H. Kraeling y Robert C. Adams (eds.), *City Invinible: a Symposium on Urbanization and Cultural Development in the Ancient Near East*
19. Gordon Childe, op. cit. en n. 1.
20. Lewis Mumford, op. cit. en n. 4.
21. Para la proposición contraria, que afirma que las ciudades precedieron a la agricultura, y que este hecho aconteció primero en lugares alejados de los valles fluviales, proposición que será objeto de comentario en el Apéndice A de la presente obra, remitimos al lector a Jane Jacobs, *The Economy of Cities* (versión castellana: *La Economía de las Ciudades*, Ediciones Península, Madrid, 1972).
22. Grahame Clark, *World Prehistory-an Outline* (versión castellana: *La Prehistoria*, Alianza Editorial, SA Madrid, 1981).
23. *Ibidem*.
24. Leonard Woolley, *Ur of the Chaldees* (versión castellana: *Ur, la ciudad de los caldeos*, Fondo de Cultura Económica, Méjico).
25. Glyn Daniel, op. cit. En Nº 3
26. Leonard Woolley, *Digging up the Past*.
27. Rodolfo Lanciani, *The Ruins and Excavations of Ancient Rome*
28. *Ibidem*.

29. Leonard Woolley, op. cit. en n. 22.
30. *Ibidem*.
31. Leonard Woolley, op. cit. en n. 22.
32. *Ibidem*.
33. Jacquetta Hawkes y Leonard Woolley, *Prehistory and the Beginnings of Civilization*.
34. Henri Frankfort, *The Birth of Civilization in the Near East*.
35 H.W. Fairman, op. cit. En n. 17.
36. Henri Frankfort, op. cit. en n. 34.
37. H.W. Fairman, op. cit. en n. 17.
38. W.M. Flinders Petrie, *Some Sources of Human History*.
39. Bridget y Raymond Allchin, *Birth of Indian Civilization*.
40. *Ibidem*.
41. Véase también el tema de los orígenes urbanos en la Europa medieval, capítulo 4.
42. Véase también la descripción sobre la aplicación de la retícula en los EE.UU., capítulo 10.
43. Véase la ulterior discusión sobre la posición de Hipodamo de Mileto en la historia del urbanismo, en el capítulo 2, página 44.
44. Bridget y Raymond Allchin, op. cit. en n. 39 y 40.
45. *Ibidem*.
46. *Ibidem*.

Origen y evolución de las ciudades

Las primeras ciudades surgieron hace unos 5.500 años; la urbanización en gran escala se inició hace sólo 100. Los pasos intermedios de la evolución de las ciudades fueron, sin embargo, requisito previo para llegar a las sociedades urbanas modernas

El hombre comenzó a vivir en ciudades hace unos 5.500 años. Sin embargo, como vimos en el artículo anterior, la proporción de la población humana concentrada en ciudades no empezó a aumentar de forma significativa hasta hace unos 100 años. De aquí se desprenden las dos interrogantes que este artículo intenta contestar. En primer lugar, ¿qué factores causaron la aparición de las ciudades? Y en segundo, ¿cuáles fueron las fases evolutivas experimentadas por las ciudades con anterioridad al ciclo de urbanización contemporáneo? Las respuestas a estos interrogantes están íntimamente relacionadas con la existencia de tres grandes niveles de organización humana, cada uno de los cuales posee sus propias estructuras políticas, sociales, económicas y técnicas características. El menos complejo de los tres —la sociedad que llamaremos «primitiva»— es preurbano e incluso preliterateo; está típicamente formado por un número pequeño de personas, reunidas en grupos homogéneos y autosuficientes, cuyas energías están total o casi totalmente absorbidas por la búsqueda de alimento. Bajo unas condiciones tales el excedente alimenticio es pequeño o inexistente, y, en consecuencia, en la sociedad primitiva no tiene cabida apenas la división del trabajo o la aparición de clases sociales.

Aunque hoy en día existen aún algunas sociedades primitivas, hace ya miles de años que grupos humanos semejantes iniciaron el lento proceso de evolución que iba a llevarlos a convertirse en sociedades más complejas, a través de la formación de aldeas y de los progresos alcanzados en la estructura organizativa y técnica. Con esto se llegó al segundo nivel de organización: el de la sociedad civilizada preindustrial, o sociedad «feudal». En ésta existen ya los excedentes alimenticios como consecuencia del cultivo selectivo de cereales — de rendimientos altos; ricos en energía biológica y apropiada para el almacenamiento prolongado — y a menudo también como resultado de la cría de animales. El excedente de alimentos permite tanto la especialización del trabajo como la existencia de una estructura de clases que haga posible la aparición de una élite dirigente que encauce la fuerza de trabajo hacia el desarrollo y conservación de sistemas de irrigación extensiva (los cuales a su vez posibilitan incrementos adicionales en el suministro de alimentos). La mayor parte de las sociedades pre-industriales conocen la metalurgia, la rueda y el arado, inventos todos ellos que multiplican tanto la producción como la distribución de excedentes agrícolas.

El origen y evolución de las ciudades

Capítulo 2 del libro:

La ciudad. Su origen, crecimiento e impacto en el hombre

Selecciones Scientific American.

Ediciones Herman Blume.

Madrid 1976

También disponible en:

La ciudad. Scientific American

© Scientific American Inc. 1965

Título original:

Cities. EE.UU. Alfred A. Knopf, Inc.

Traducción Castellana: Guillermo Gayá Nicolau

Primera edición en castellano:

El libro de bolsillo 1967.

© Alianza Editorial. Barcelona 1982.

Otros dos elementos de primera importancia caracterizan al nivel de organización civilizado preindustrial. Uno de ellos es la escritura no ya sólo de simples operaciones de contabilidad, sino también anotaciones referentes a acontecimientos históricos, leyes, literatura y creencias religiosas. La instrucción, sin embargo, suele ser patrimonio exclusivo de una ociosa élite. El otro elemento es que esta etapa de organización no conoce apenas otra fuente de energía que no sean los músculos del hombre o los del ganado de labor; las sociedades preindustriales tardías supieron aprovechar la fuerza del viento para navegar y para moler el grano, y aprendieron a utilizar la energía hidráulica.

Las primeras ciudades del planeta se desarrollaron precisamente en el contexto de este segundo tipo de sociedad. Aun cuando las ciudades preindustriales sobreviven aún en nuestros días, la ciudad industrial moderna se asocia a un tercer nivel de complejidad en la organización humana, nivel que se caracteriza por la instrucción masiva, por un sistema de clases fluido y, lo que es más importante, por un tremendo progreso tecnológico que ha permitido utilizar nuevas fuentes de energía inanimada, fuentes que produjeron la revolución industrial y que todavía hoy constituyen su motor. Vista en el contexto de esta estructura de tres niveles, la aparición de ciudades en el plano de la sociedad civilizada preindustrial puede entenderse con mayor facilidad.

Para que surgieran las ciudades hacían falta dos factores, además del progreso tecnológico que permitiera superar el nivel de la sociedad primitiva. Uno de ellos era la existencia de un tipo de organización social particular por medio de la cual pudiese recogerse, almacenarse y distribuirse el excedente agrícola producido por el avance técnico. El mismo aparato podía también organizar la fuerza de trabajo necesaria para la construcción en gran escala, fuese ésta de, edificios públicos, murallas y fortificaciones o sistemas de regadío. Una organización

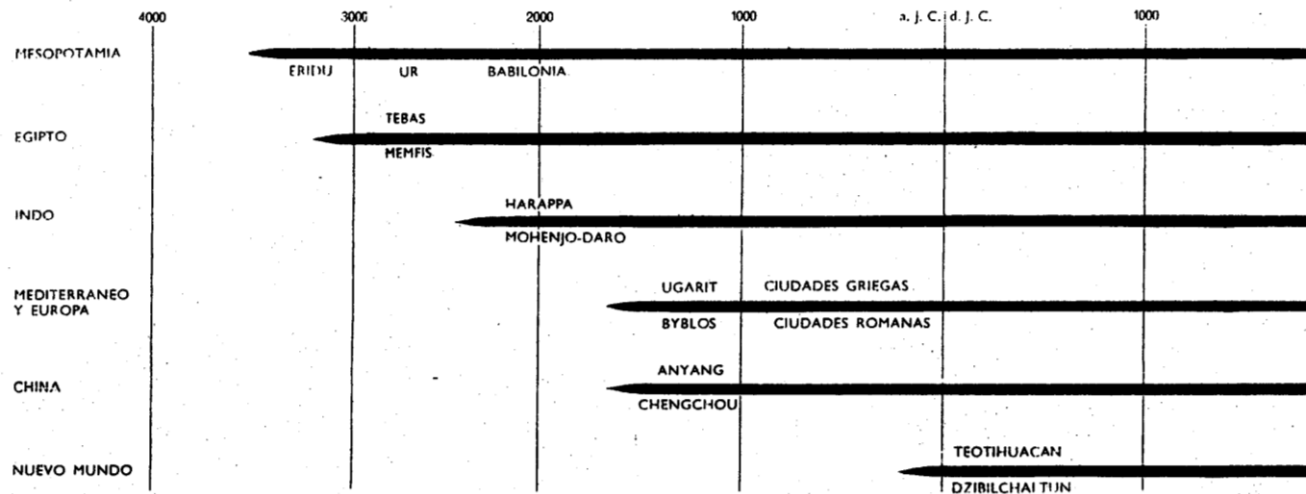
social así requiere la existencia de un estamento de especialistas profesionales dirigidos por una élite gobernante. Esta última, aunque numéricamente pequeña, debe poseer el suficiente poder político -reforzado por una ideología, generalmente de carácter religioso- para asegurar la entrega periódica, por parte del campesinado, de una parte, importante de la producción agrícola con destino a la manutención de los habitantes de la ciudad. El segundo factor requerido era un medio ambiente geográfico favorable, en el que hubiese no sólo suelo fértil para los campesinos, sino también un suministro de agua adecuado tanto para las necesidades de la agricultura como para las del consumo urbano. Estas condiciones se dan en los valles geológicamente «maduros» de la zona templada, y fue precisamente en esas amplias regiones aluviales donde aparecieron las primeras ciudades del mundo.

¿Qué es una ciudad?

Una ciudad es una comunidad de considerable magnitud y elevada densidad de población que alberga a una gran variedad de trabajadores especializados no agrícolas, así como a una élite cultural. Pongo tanto énfasis en el papel de la instrucción y el uso de la escritura como un ingrediente de la vida urbana por poderosas razones.

legales más complejos, y permite el desarrollo de sistemas de pensamiento más rigurosos.

La escritura es imprescindible también para el desarrollo de las matemáticas, de la astronomía y del resto de las ciencias; su existencia implica, por tanto, la aparición de un determinado número de especializaciones de gran importancia dentro del orden social.



Aunque los sistemas de escritura tardaron siglos en desarrollarse, su presencia o la falta de ella sirven como un útil criterio para distinguir entre las comunidades genuinamente urbanas y aquellas otras que pese a su gran dimensión o elevada densidad de población deben considerarse como semiurbanas o no urbanas en absoluto. Esto se explica por el hecho de que cuando una comunidad logra ese adelanto técnico que llamamos escritura (bien alcanzándolo por sí misma, bien recibiendo de otra comunidad) tiene lugar una transformación básica del orden social; cuando la tradición escrita sustituye a la oral, hace posible la creación de sistemas administrativos y

Parece ser que las primeras ciudades surgieron alrededor del año 3500 antes de Jesucristo en el Creciente Fértil, en cuyo segmento oriental se encuentra Mesopotamia: en los valles del Tigris y del Éufrates, precisamente. En esta zona no eran solamente apropiados el suelo y el suministro de agua; la región constituía una encrucijada que había facilitado el repetido contacto entre gentes de culturas muy distintas a lo largo de milenios. Se produjo allí entonces una mezcla de oficios y técnicas, tanto extrañas como indígenas, que debe sin duda haber contribuido a que los asentamientos rurales de la baja Mesopotamia se convirtieran con el tiempo en las primeras ciudades propiamente dichas.

El proceso de la evolución humana comienza con las primeras ciudades de la Mesopotamia; a éstas siguen las del valle del Nilo; más tarde surgen las del Indo y las de la región oriental del Mediterráneo; y, al final, aparecen las de China. En cada una de estas regiones -incluido el nuevo mundo, urbanizado en forma independiente- nacieron y desaparecieron ciudades, pero la vida urbana, una vez establecida, no se extinguió nunca por completo.

La mayor parte de ellas se localizaron en Sumeria y, hasta cierto punto, también en Akkad, algo más al norte. Algunas de estas ciudades, como Eridu, Erech, Lagash y Kish, son más familiares a los arqueólogos que otras. Ur, de creación más tardía, es la de mayor fama de todas.

Estas primeras ciudades eran todas muy semejantes entre sí; para empezar, tenían ya una base técnica muy semejante: trigo y cebada, bronce, arado tirado por bueyes, vehículos con ruedas. Por otra parte, sus jefes eran al mismo tiempo reyes y sumos sacerdotes; el tributo de los campesinos al dios de la ciudad se almacenaba en los graneros del templo. Los lujosos objetos encontrados en tumbas reales y en templos atestiguan la existencia de expertos artesanos, y la importación de metales y piedras preciosas desde más allá de los confines de Mesopotamia habla de la existencia de una capa social de mercaderes y traficantes. La población de estas ciudades sólo puede calcularse de forma muy aproximada, al carecer de información precisa sobre datos tales como el promedio de moradores por vivienda o la zona de influencia de cada ciudad.

El arqueólogo Sir Leonard Woolley, que excavó la ciudad de Ur, estima que en ella vivían 34.000 personas algo después del año 2000 antes de nuestra Era; en mi opinión, sin embargo, parece improbable que —por lo menos en los primeros períodos— ni aun la mayor de estas ciudades llegase a tener más de 5 a 10.000 habitantes, incluyendo en esta cifra los agricultores temporales que vivían en las afueras de la ciudad.

El valle del Nilo, no muy lejos de Mesopotamia, fue también una región de urbanización temprana. A juzgar por escritos egipcios posteriores, alrededor del año 3100 antes de nuestra Era pudo haber ya comunidades urbanas en el delta del Nilo. El que la idea egipcia de la vida urbana procediera de Mesopotamia o que, por el contrario, hubiera sido

desarrollada de forma independiente (quizá incluso antes que en Mesopotamia) es tema a debatir por los eruditos; de todos modos, las etapas iniciales de la vida urbana egipcia puede que sean algún día descubiertas en las profundidades de los terrenos de aluvión del delta, en donde han comenzado a realizarse excavaciones científicas recientemente.

Las comunidades urbanas, bien fuera por difusión, bien por generación espontánea, se propagaron ampliamente durante el tercer y segundo milenios antes de nuestra Era. Alrededor del año 2500 antes de Jesucristo las ciudades de Mohenjo-Daro y Harappa se hallaban en pleno florecimiento en el valle del Indo, en lo que ahora es el Pakistán. Antes de que hubiera ocurrido a lo sumo otro milenio existían ya asentamientos urbanos en China, localizados en el curso medio del río Amarillo. Cerca de Anyang se descubrió, antes de la Segunda Guerra Mundial, una capital de la dinastía Shang, que existió alrededor del año 1500 antes de Jesucristo, y de las investigaciones arqueológicas actualmente en curso en China se espera la confirmación de que la vida urbana se inició de hecho allí varios siglos antes.

La probabilidad de que las primeras ciudades egipcias fuesen posteriores a las de Sumeria, unida a la certeza de que las aparecidas en los valles del Indo y del río Amarillo lo hicieron aún más tardíamente, da mayor peso a la hipótesis de que la noción de vida urbana se propagó a estas zonas desde Mesopotamia. Sea como fuere, nadie puede negar que en cada uno de los casos la población indígena contribuyó exclusivamente al desarrollo de las ciudades de su propio territorio. En contraste con lo acaecido en el Viejo Mundo, existe la certeza de que la difusión jugó un papel insignificante, por no decir nulo, en la creación de las ciudades precolombinas del Nuevo Mundo. Los pueblos de Centroamérica —principalmente los mayas, zapotecas, mixtecas y aztecas— desarrollaron sin lugar a duda comunidades urbanas en gran escala,

cuya exacta dimensión estamos sólo ahora empezando a conocer gracias a las investigaciones que actualmente se realizan en aquellos lugares. Hasta fecha muy reciente, por ejemplo, muchos arqueólogos del Nuevo Mundo ponían en duda que los mayas hubieran jamás construido ciudad alguna, y era habitual el considerar sus impresionantes ruinas como centros ceremoniales que una población rural dispersa visitaba periódicamente. En la actualidad, sin embargo, caben pocas dudas sobre el hecho probado de que muchos de aquellos centros eran auténticas ciudades. En el yacimiento arqueológico maya de Tikal, en Guatemala, se han localizado unos 3.000 edificios en un área de 16 kilómetros cuadrados: sólo el 10 por 100 de estas edificaciones han resultado ser grandes estructuras ceremoniales, extrapolando sobre la base de excavaciones de tanteo de más de 100 de estas construcciones menores, se deduce que alrededor de los dos tercios de ellas fueron en su día viviendas. Si aplicamos a Tikal solamente la mitad del promedio del número de personas que componen una familia de las que actualmente viven en la región, que es de 5 o 6 miembros por hogar, resulta que la población de aquella ciudad habría sido superior a los 5.000 habitantes. En otro gran yacimiento arqueológico maya, Dzibil-chaltun, en Yucatán, la inspección de menos de la mitad de la superficie total ha revelado la existencia de más de 8.500 construcciones. Teotihuacán, el mayor emplazamiento urbano en la región de la actual ciudad de México, puede haber alcanzado una población de 100.000 habitantes durante el primer milenio de nuestra era.

Aunque sólo se han identificado unos cuantos ejemplos de escritura en Teotihuacan es razonable suponer que ésta era conocida, ya que por entonces existían pueblos instruidos por doquier en Centroamérica. Además, los logros de los mayas en campos tales como las matemáticas o la astronomía nos hubieran llevado forzosamente a la conclusión de que se trataba de una cultura urbana, incluso en ausencia de pruebas

arqueológicas. Su introducción de la noción del cero (descubrimiento que evidentemente realizaron con anterioridad a los hindúes) y su cálculo, admirablemente preciso, de la duración del año solar, hubieran sin duda sido imposibles de encontrarse su élite instruida desperdigada en aldeas por el campo, en lugar de estar en núcleos urbanos en los que pudiera darse un intercambio de ideas fecundo. Centroamérica no fue la única región del Nuevo Mundo en la que existieron comunidades de gran tamaño y densidad, ya que éstas se dieron también, en la zona de los Andes. Una cultura como la de los incas, sin embargo, no puede calificarse de verdaderamente urbana. A pesar de estar en posesión de métodos mnemotécnicos que facilitaban la contabilidad (basados en un sistema de cuerdas con nudos llamado quipu), o quizá precisamente por eso, los incas no disponían de ningún conjunto de símbolos gráficos que les permitiesen representar las palabras y otros conceptos o nociones que no fuesen los números y ciertas categorías de objetos concretos. A consecuencia de ello no pudieron disponer de unos elementos estructurales de tanta importancia para una comunidad urbana como son una élite instruida y un legado escrito de leyes, religión e historia. Aunque los incas tenían en su haber grandes proezas de ingeniería, arquitectónicas y militares, y pese a que al parecer se encontraban ya en el umbral de la civilización, lo cierto es que los conquistadores europeos los encontraron en un estadio preurbano muy similar al de los pueblos africanos de Dahomey, Ashanti y Yoruba.

Dos cosas podemos aprender del Nuevo Mundo. En Centroamérica las ciudades se crearon en ausencia de rasgos tan característicos como la cría de animales, la rueda o un extenso emplazamiento aluvial. El cultivo del maíz, un cereal excelente que producía importantes excedentes alimenticios a costa de un esfuerzo relativamente pequeño, pudo haber contribuido a compensar lo limitado de sus útiles y la inexistencia de un medio ambiente fluvial. En la región andina, ni las

impresionantes realizaciones de ingeniería ni la existencia de una amplia división del trabajo pudieron hacer surgir una sociedad auténticamente urbana a falta de un sistema de escritura.

Pese a la considerable diversidad cultural de los pueblos del Cercano Oriente, del Oriente y del Nuevo Mundo, las ciudades primitivas de todas estas regiones compartían un determinado número de rasgos organizativos. El principal de ellos era la existencia de una teocracia: el rey y el sumo sacerdote eran una misma persona. La clase dominante tenía su residencia principal en la ciudad, en cuyo centro vivía junto con su séquito y sirvientes. Este centro era precisamente la zona de mayor prestigio, y en él se hallaban enclavados los más importantes edificios cívicos y religiosos. La céntrica localización de la élite tenía un propósito doble: en una época de comunicaciones y transportes rudimentarios, la proximidad física de sus miembros favorecía el contacto entre ellos; al mismo tiempo, esta situación deparaba a la clase gobernante el máximo de protección frente a los ataques procedentes del exterior.

Más alejadas del centro se encontraban las casas y talleres de los artesanos -albañiles, carpinteros, herreros, joyeros, alfareros-, muchos de los cuales trabajaban para la élite. La división del trabajo en oficios, que aparecía ya en las primeras ciudades, se hizo más compleja con el paso del tiempo. Los diversos grupos artesanos, algunos de los cuales pudieron haber pertenecido en un principio a minorías étnicas específicas, tendían a establecerse en barrios o calles especiales. Esta conducta se ha dado de forma característica en las ciudades preindustriales de todas las culturas desde los tiempos más primitivos hasta nuestros días. Los ciudadanos más pobres vivían en las afueras de la ciudad, junto a los labradores propiamente dichos y los que dedicaban a la agricultura al menos parte de su tiempo; las viviendas dispersas de unos y otros se hacían más escasas a

medida que se alejaban de la ciudad, confundándose, por último, con el campo abierto.

Desde sus comienzos la ciudad ha sido una continua fuente de innovaciones técnicas, como consecuencia de su papel de residencia permanente de los trabajadores especializados. En efecto, la aparición misma de las ciudades aceleró considerablemente los cambios culturales y sociales; empleando un término del desaparecido arqueólogo inglés V. Gordon Childe, podemos afirmar que la “revolución urbana” tuvo una importancia equivalente a la de la revolución agrícola que la precedió y a la de la revolución industrial que la seguiría. La ciudad actuó como motor del cambio de distintas formas. Muchas de las ciudades primitivas surgieron sobre grandes rutas de tráfico; inventos e ideas nuevas llegaban a ellas de forma espontánea. El mero hecho de concentrar en una zona limitada a un gran número de trabajadores especializados alentaba y promovía todo tipo de innovaciones, tanto en el campo de la técnica como en el del pensamiento religioso, filosófico y científico. Al mismo tiempo, las ciudades pudieron servir de baluartes de tradición.

Algunas, como Jerusalén o Benarés, llegaron a ser, a los ojos del pueblo, ciudades sagradas; pese a haber sido víctima de reiteradas destrucciones, Jerusalén ha mantenido su carácter sagrado durante más de dos milenios (ver «La antigua Jerusalén», por Kathleen M. Kenyon; *Scientific American*; Julio, 1965).

El curso de la evolución urbana sólo puede ser correctamente interpretado si se estudia en relación con el desarrollo que paralelamente experimentan la tecnología y la organización social, así, como, y de forma muy especial, la organización política; estos factores no son sólo requisitos previos para la vida urbana, sino la base misma de su desarrollo. Como centros de innovación, las ciudades proporcionaron un fértil caldo de cultivo para los continuos progresos técnicos, los cuales a su vez posibilitaron la ulterior expansión de las ciudades. El perfeccionamiento de la

tecnología dependía por su parte de una división del trabajo cada vez más compleja, sobre todo en lo que respecta a la esfera política. Un ejemplo de ello lo constituyen las primeras comunidades urbanas de Sumeria, meras ciudades-estado de reducidos *hinterlands*, pero que llegaron a extender sus redes comerciales sobre zonas mucho mayores, permitiendo a estas ciudades beneficiarse de los recursos humanos y materiales de una región mucho más diversa y extensa, y provocar, incluso, el nacimiento de otras ciudades. Los primigenios imperios de la Edad del Hierro -como, por ejemplo, el imperio Aqueménida de Persia, establecido a principios del siglo VI antes de Jesucristo, o el imperio Han de China, establecido en el siglo III antes de Jesucristo- tenían una esfera de acción mucho mayor que la de cualquiera de los que existieron en la Edad del Bronce. Y a medida que los imperios se fueron haciendo mayores, crecieron sus ciudades en tamaño y esplendor. De hecho, como Childe hacía notar, el proceso de urbanización se desarrolló más rápidamente en los cinco primeros siglos de la Edad del Hierro que en los quince que duró la Edad del Bronce.

Durante los siglos VI y V antes de Jesucristo los persas extendieron su imperio hasta el Turkestán occidental, fundando por doquier numerosas ciudades, edificadas a menudo sobre aldeas previamente existentes. Al socaire de esta expansión, Toprakkala, Merv y Murakanda (sobre parte de la cual se edificaría posteriormente Samarkanda) llegaron a adquirir rango urbano. De la misma forma en la India, a finales del siglo IV antes de Jesucristo, los Mauryas del norte llevaron los límites de su imperio hasta Ceilán, incluyendo en él todo el sur hasta entonces rural e impulsando la creación de ciudades como Ajanta y Kanchi. Bajo las dinastías Ch'in y Han, entre el siglo III antes de Jesucristo, y el tercero de nuestra era, la vida urbana se asentó firmemente en la mayor parte de lo que entonces era China y aún más allá, particularmente hacia el sur y el oeste. La «Gran Ruta de la Seda», que

se extendía desde la China hasta el Turkistán, llegó a estar jalonada de ciudades, situadas por lo general en oasis, como Suchow, Khotán y Kashgar; Nankíng y Cantón parecen haber alcanzado la categoría de centros urbanos por aquella época, y lo mismo aconteció con el asentamiento que más tarde llegaría a convertirse en Pekín.

En el otro extremo del continente euroasiático, a finales del segundo milenio antes de Jesucristo, los fenicios comenzaron a extenderse hacia occidente, reavivando o estableciendo la vida urbana a lo largo de las costas septentrionales de África y las españolas. Estos traficantes costeros poseían por entonces considerables conocimientos sobre la construcción de embarcaciones; y estos conocimientos, combinados con sus extensas redes comerciales y el poderío de sus armas, hicieron a los fenicios por un tiempo dueños del Mediterráneo. Algunos siglos más tarde, los griegos siguieron un rumbo muy semejante. Sus ciudades-estado, en cierto modo equivalentes a pequeños imperios, crearon o reconstruyeron numerosas avanzadas urbanas a lo largo del litoral mediterráneo, desde el Asia Menor hasta España y Francia, y, por el este, hasta las costas más remotas del mar Negro. El imperio que más contribuyó a la difusión de la vida urbana en las regiones todavía rurales de Occidente -Francia, Gran Bretaña, los Países Bajos, la Alemania al oeste del Rhin, la Europa central e incluso la oriental- fue, naturalmente, Roma.

Los imperios son unos eficaces propagadores de las formas de vida urbana porque tienen que construir ciudades que les permitan conservar la supremacía militar, en los territorios conquistados. Las plazas fuertes, a su vez, requieren un aparato administrativo para extraer los recursos de la región conquistada y para promover un comercio necesario tanto para el mantenimiento de la guarnición militar como para el aumento de la riqueza de la metrópoli. Aun cuando la nueva ciudad empezara siendo una mera avanzada

comercial, como ocurría en el caso de los fenicios, era necesario proporcionarle algún apoyo militar y administrativo a fin de garantizar su supervivencia y su funcionamiento en territorio extraño.

Existe una significativa relación entre el ascenso y caída de los imperios y el ascenso y decadencia de las ciudades; no en vano puede decirse que la historia es el estudio de los cementerios urbanos. Las capitales de muchos imperios pretéritos apenas son hoy algo más que siluetas que evocan la existencia de un pasado glorioso. Tal fue el destino de Babilonia y Nínive; de Susa, en Persia; de Seleucia, en Mesopotamia, y de Vijayanagar, en la India. Sin embargo, existen excepciones. Algunas ciudades han logrado sobrevivir a lo largo de dilatados períodos de tiempo adscribiéndose primero a un imperio y después a otro. Atenas, por ejemplo, no entró en decadencia al derrumbarse el poderío griego, ya que fue capaz de seguir jugando un papel en el Imperio Romano, dentro del cual continuó siendo un importantísimo centro cultural. Con la caída de Roma, sin embargo, Atenas comenzó a perder gradualmente tanto su población como su prestigio, quedando reducida al estado de una pequeña población; de este estado ya no saldría hasta el resurgimiento de la Grecia moderna en el siglo XIX. Por otra parte, Bizancio, una ciudad-estado de escasa importancia durante la dominación romana, no sólo llegó a convertirse en la capital del imperio romano de Oriente y en la de su sucesor, el imperio otomano, sino que con el nombre de Estambul ha continuado siendo hasta nuestros días una ciudad de primer orden.

A la vista del repetido ascenso y decadencia de las ciudades en tantas zonas del planeta, cabe preguntarse cómo es posible que la vida urbana haya sobrevivido a tantas vicisitudes y por qué no se perdieron los conocimientos de carácter técnico y los relativos a la organización social que se requerían para la erección de ciudades. La respuesta es que esos

conocimientos se conservaban dentro de la estructura de los imperios a través de los testimonios escritos y de la transmisión oral que ejecutaban especialistas de las más diversas disciplinas. Además, todos los imperios han incrementado su acervo de conocimientos sobre el desarrollo urbano con los métodos y técnicas de otras áreas civilizadas, métodos y técnicas que frecuentemente se adquirían mediante la inmigración de trabajadores especializados. Al mismo tiempo, diversos súbditos de los imperios, civilizados o sin civilizar, llegaban a dominar los saberes urbanísticos, bien instruidos por sus conquistadores, bien por sus propios esfuerzos. Resultado de ello era que los pueblos colonizados comenzaban a desafiar el poder del grupo dominante.

El ascenso y caída del imperio romano constituye un ejemplo muy revelador que arroja luz sobre varias de las relaciones existentes entre el ciclo vital de las ciudades y el proceso de formación y decadencia de los imperios. Los romanos mismos adoptaron muchos elementos que incorporaron a su civilización procedente de los griegos, de los etruscos y de otros pueblos civilizados sometidos a su imperio. Tras la expansión septentrional de Roma sobre Europa occidental y la consiguiente proliferación de ciudades romanas en las regiones habitadas por los llamados «bárbaros» (en este caso, pueblos preliterarios o «no civilizados»), los dirigentes romanos fueron materialmente incapaces de cubrir todos los puestos burocráticos con sus propios conciudadanos, y hubo en consecuencia que educar a algunos de los preliterarios para que estuvieran capacitados para ocupar los puestos vacantes en sus propios países o en las ciudades situadas a lo largo de las fronteras del imperio. Este proceso posibilitó la explotación por los romanos, de las riquezas de las regiones conquistadas, y aún puede que contribuyera a la pacificación temporal de los grupos subyugados, pero no cabe duda que a la larga engendró graves conflictos. En último término, los Ostrogodos, Vándalos, Burgundios y demás pueblos sometidos al poder de

Roma (que habían sido parcialmente urbanizados, habían formado una élite instruida propia y habían adquirido de los romanos un gran número de conocimientos tecnológicos y administrativos) se volvieron contra la estructura del poder imperial y determinaron el derrumbamiento de Roma y de su imperio. No debe pensarse que se trata de un caso único en la historia; casos semejantes pueden hallarse en ejemplos tan recientes como los movimientos de liberación de los pueblos de las colonias europeas en África.

Con el desmembramiento del imperio romano no sólo inició su decadencia la ciudad de Roma (que en su momento de mayor esplendor probablemente superó los 300.000 habitantes), sino que también desaparecieron o quedaron reducidas al tamaño de aldeas numerosas ciudades situadas en los confines del imperio. Aunque la decadencia fue efectivamente dramática se supone con demasiada frecuencia erróneamente que, tras la caída de Roma, las ciudades desaparecieron por completo de Europa occidental. Como ha mostrado recientemente el historiador E. Ewig, muchas ciudades continuaron existiendo, sobre todo en Italia y el sur de Francia. En estos lugares, como en cualquier sociedad civilizada, las ciudades supervivientes constituyeron la principal residencia y ámbito de actividad de la élite política y religiosa que detentó las posiciones de poder y privilegio que se mantuvieron a lo largo del llamado “oscuro medievo”.

A pesar de la decadencia de Roma, muchas de las técnicas y de los conceptos inherentes a su tradición cultural se mantuvieron vivos, sobre todo aquellos referentes al campo de la medicina y al de la astronomía; esto se produjo tanto en las pequeñas comunidades urbanas europeas supervivientes como en las regiones orientales que habían sido dominadas por los romanos, particularmente en las ciudades del imperio romano de Oriente, sucesor del de Occidente. Buena parte de la tecnología y del saber romano sirvió de base para la vida urbana de los imperios árabes

que surgieron más tarde en el Cercano Oriente, en el norte de África, en España e incluso en Asia central. De hecho, los imperios bizantino y árabe, que tenían unos centros culturales de la categoría de Constantinopla, Antioquía, Damasco, El Cairo y Bagdad, llegaron a superar la ciencia heredada de la antigüedad. Los árabes, por ejemplo, tomaron de los hindúes el concepto del cero y el sistema de numeración decimal, y utilizando estos conceptos tanto en la teoría como en la práctica lograron importantes progresos que les permitieron llevar las fronteras del conocimiento más allá del lugar alcanzado en Occidente. A la larga, buena parte de esta ciencia nueva llegó a Europa, y en ella contribuyó a sentar las bases de la revolución industrial.

Con el tiempo, Europa volvió a establecer estrechos lazos comerciales con los imperios bizantino y árabe; la intensificación de dichos contactos desempeñó un importante papel en el resurgimiento de la vida urbana en el medievo europeo. La revitalización del tráfico comercial estuvo estrechamente ligada a la formación de varias prósperas ciudades-estado en Italia durante los siglos X y XI de nuestra Era. Venecia y otras ciudades se transformaron, finalmente, en imperios a escala reducida cuyas colonias esmaltaban toda la región mediterránea.

Estas colonias hacían las veces de *hinterland* de las metrópolis y suministraban a éstas tanto bienes de primera necesidad como objetos de lujo. Allá por el año 1000, Venecia, debido en parte a las actividades de la colonia griega que albergaba, había establecido lazos comerciales con Constantinopla y otras ciudades del imperio romano de Oriente. Los venecianos pudieron de esta forma beneficiarse tanto de los conocimientos de los griegos residentes en ella como de la experiencia práctica de los pilotos náuticos y otros especialistas de la misma nacionalidad. Tales ejemplos evidencian que las ciudades-estado italianas no fueron

meramente creaciones locales, sino más bien producto de un gran número de fuerzas culturales diversas. Cerca ya de finales del siglo XI, muchas ciudades europeas lograron alcanzar un cierto grado de independencia con respecto a los soberanos de los principados y pequeños reinos que las rodeaban. Especialmente en el norte de Italia las comunidades urbanas llegaron a disfrutar de una autonomía política considerable. Este nuevo régimen suscitó un ambiente más favorable si cabe al comercio, alentando también el desarrollo de instituciones urbanas tales como los gremios de artesanos. El modelo europeo es muy diferente del que se dio en la mayor parte de Asia (en India y China, por ejemplo), en donde la ciudad nunca fue capaz de alcanzar un cierto nivel de autonomía dentro de la más amplia estructura política en la que se hallaba integrada. Al mismo tiempo, el grado de autogobierno de que disfrutaban las ciudades europeas medievales ha sido recurrentemente sobrestimado; hacia el final de la Edad Media la autonomía ciudadana había entrado ya en su fase de extinción. Es, por tanto, evidente que la autonomía política de las ciudades medievales sólo tuvo una relación indirecta con la evolución posterior de la ciudad industrial.

Fue precisamente la revolución industrial la que realmente suscitó cambios profundos en la vida urbana. En algunas naciones actuales, como observa Kingsley Davis en la primera de sus introducciones, la inmensa mayoría de la población vive en ciudades. En el Reino Unido, casi el 80 por 100 de la población es urbana, y esta proporción se acerca al 70 por 100 en los Estados Unidos. Compárese esta situación con la existente en el mundo civilizado preindustrial, en el cual sólo habitaba en las ciudades una reducida minoría socialmente dominante. La revolución industrial ha producido también cambios fundamentales en la geografía y organización social de la ciudad; la ciudad industrial se caracteriza por una mayor fluidez en el sistema de clases, la aparición de la educación popular y de los

medios de comunicación de masas, así como por el desplazamiento de parte de la élite desde el centro a la periferia urbana.

Pese a que no existen aún datos suficientes sobre la aparición de la ciudad industrial —acontecimiento que puede fecharse entre 1750 y 1850—; y aunque los especialistas no están todavía de acuerdo sobre determinadas etapas del proceso, las principales fuerzas que actuaron en los dos o tres siglos anteriores a la ciudad industrial pueden percibirse con claridad. Contemplados a la luz de la era urbana preindustrial en Europa, dos factores se destacan nitidamente: la expansión del poderío europeo sobre otros continentes y el desarrollo de una tecnología basada en fuentes de energía inanimadas. La extensión del comercio y de las exploraciones de los europeos (que culminaría más tarde en el colonialismo) no sólo potenció el crecimiento de ciudades en Asia, en América, e incluso en partes del África no urbana, sino que contribuyeron a elevar el nivel de vida de los europeos e hicieron posible el mantenimiento de un creciente contingente de especialistas.

Entre ellos destacan los miembros de una nueva profesión: los científicos.

La apertura y expansión hacia el exterior ayudó a hacer tambalearse la visión global del mundo que sustentaban los eruditos europeos, que ahora se veían obligados a enfrentarse con ideas y costumbres muy distintas. Los descubrimientos relatados por los exploradores europeos de lejanos países añadieron así un ímpetu renovado al progreso de las ciencias.

Los conocimientos alcanzados mediante la aplicación del método científico fueron el principal factor en la génesis de la ciudad moderna. Este enfoque experimental ha permitido al hombre un grado de control sobre las fuerzas de la naturaleza que no podía soñarse en la era preindustrial. Si bien es cierto que durante el transcurso de varios milenios la élite culta de las ciudades preindustriales realizó aportes

sustanciales al acervo del saber humano en el campo de la medicina, de la astronomía y de las matemáticas, tales eruditos solían menospreciar las actividades mundanas y evitaban el contacto con quienes se dedicaban a actividades de índole práctica. La consecuencia de esta actitud es que las teorías de los estudiosos rara vez se ensayaban y aplicaban en la vida cotidiana. Además, conforme al pensamiento religioso predominante, el hombre no debía inmiscuirse en el orden natural ni intentar controlarlo, tanto en lo que se refiere a su aspecto físico como en lo que toca a su estructura social. Por ejemplo, los médicos de las ciudades griegas y romanas no llegaron nunca a realizar la disección de cadáveres; en Europa hay que esperar al siglo XVI para que Andreas Vesalius utilice en Bruselas los descubrimientos anatómicos realizados por medio de la disección para revisar las doctrinas médicas tradicionales.

En el campo de la ingeniería, la mayor parte de los progresos realizados con anterioridad al siglo XVII fueron obra de artesanos que procedían generalmente por tanteos. Con el desarrollo del método experimental, sin embargo, los conocimientos teóricos de la élite se conjugaron con los conocimientos prácticos de artesanos, cirujanos, barberos y otros especialistas; el resultado de ello fue una tremenda explosión de la ciencia, acompañada de una revisión radical del método científico que ha recibido el nombre de revolución científica y que constituyó la base de la revolución industrial y la de la ciudad industrial que surgió con ella.

No es en modo alguno fortuito que fuese en Inglaterra donde apareciesen las primeras ciudades industriales: la estructura social inglesa estaba exenta de la rigidez que caracterizaba a la mayor parte de Europa y al resto del mundo civilizado. La tradición puritana inglesa —un sistema ético que favorece el utilitarismo y el empirismo— jugó un papel importante en la modificación de los conceptos tradicionales relativos al

lugar que el hombre ocupa en la naturaleza. En Inglaterra los eruditos y estudiosos podían entrar en contacto con los artesanos con mucha mayor facilidad que en ninguna otra parte de Europa. La llegada del industrialismo trajo consigo grandes progresos en el campo de la fabricación de los aperos agrícolas, en las técnicas de cultivo y conservación de alimentos, y en la esfera de las comunicaciones y el transporte. La mejora de los abastecimientos de agua y el empleo de métodos de alcantarillado más eficaces permitieron una mayor concentración demográfica en las ciudades. Quizá el invento clave fue la máquina de vapor, que constituyó una fuente de energía mucho más generosa que las anteriores. Si exceptuamos la fuerza del agua y la del viento, el hombre no disponía antes de más recursos energéticos que sus propias fuerzas y las de las bestias de labor. En el tiempo que nos ocupa comenzó a tomar cuerpo el sistema de fábricas, que suponía la producción masiva de bienes y la mecanización de actividades. Con él surgió un nuevo tipo de estructura profesional, dependiente de conocimientos muy especializados y que sólo funciona eficazmente cuando las actividades de las profesiones que la integran están debidamente sincronizadas. Este proceso de industrialización no sólo ha continuado sin desmayo hasta la fecha, sino que de hecho se ha acelerado con la introducción de la automatización.

La evolución de la ciudad industrial no ha reportado sólo consecuencias positivas. Los historiadores han llenado miles de páginas con la polémica en torno a si la nueva clase obrera (incluyendo en ella a muchos inmigrantes procedentes del campo) ha resultado o no beneficiada, tanto en el aspecto económico como en el social, por la destrucción de los antiguos sistemas sociales que han sido completamente barridos por la industrialización. Actualmente, a medida que ésta continúa extendiéndose inexorablemente sobre todo el planeta, su existencia sigue creando problemas sociales. Muchas ciudades tradicionales supervivientes ponen de manifiesto de múltiples maneras el conflicto

entre su pasado preindustrial y su futuro industrial. Sin embargo, la tendencia es meridiana: de no producirse una guerra nuclear, la ciudad industrial se convertirá en

la forma urbana dominante en todo el mundo, sustituyendo definitivamente a la ciudad preindustrial que constituyó la primera creación urbana del hombre.

La revolución urbana

El concepto de "ciudad" es especialmente difícil de definir. El objetivo del actual ensayo es presentar la ciudad históricamente —o mejor dicho prehistóricamente como el resultado y el símbolo de una "revolución" que inició una nueva etapa económica en la evolución de la sociedad. La palabra revolución no se debe por supuesto tomar como denotar una catástrofe violenta repentina; aquí se utiliza para denotar la culminación de un cambio progresivo en la estructura económica y la organización social de las comunidades que causaron, o fue acompañada por, un aumento dramático en la población afectada, un aumento que aparecería como una fuerte curva en un gráfico de la población para algún caso en que hubiera datos disponibles. Una curva tal es observable a la hora de la revolución industrial en Inglaterra. Aunque son no demostrables estadísticamente, cambios comparables en la tendencia de la curva deben haber ocurrido en dos puntos anteriores en la historia demográfica de Gran Bretaña y de otras regiones. Aunque quizás menos agudos y menos durables, éstos deben indicar también cambios igualmente revolucionarios en economía. Pueden entonces ser observados además como transiciones entre etapas en el desarrollo económico y social.

Los sociólogos y etnógrafos del siglo pasado clasificaron a las sociedades pre-industriales existentes en una jerarquía de tres etapas evolutivas, respectivamente "Salvajismo", "Barbarie" y "Civilización". Definidos por criterios convenientemente seleccionados, la jerarquía lógica de etapas se puede transformar en una secuencia temporal de edades, demostrada arqueológicamente en la misma secuencia donde quiera que ocurran. Salvajismo y Barbarie son

reconocidos convenientemente y definidos apropiadamente por los métodos adoptados para procurarse alimentos. Los salvajes viven exclusivamente de alimento silvestre obtenido por recolección, caza o pesca. Los bárbaros, por el contrario, complementan estos recursos silvestres cultivando las plantas comestibles y —en el Viejo Mundo al norte del trópico— también criando los animales para alimentarse.

A través del período Pleistoceno —la edad paleolítica de los arqueólogos— todas las sociedades humanas conocidas eran salvajes en el sentido precedente, y algunas tribus salvajes han sobrevivido en regiones apartadas hasta hoy. La barbarie en el registro arqueológico comenzó hace menos de diez mil años con la edad neolítica de arqueólogos. Representa así una etapa más tardía, así como más compleja, que el salvajismo. La etapa de civilización no se puede definir en términos tan simples. Etimológicamente la palabra está conectada con la "ciudad", y de hecho la vida en ciudades comienza en esta etapa. Pero la "ciudad" es en sí mismo ambiguo y los arqueólogos prefieren utilizar la "escritura" como criterio de la civilización; debe ser fácilmente reconocible y demuestra ser un índice confiable a características más profundas. Notan, sin embargo, que decir una población pasa a ser civilizada o que sabe leer y escribir, no implica que todos sus miembros puedan leer y escribir, ni que vivieron todos en ciudades. No hay caso registrado de una comunidad de salvajes que se civilizan, adoptando vida urbana o inventando una escritura. Donde quiera que se hayan construido ciudades, las aldeas de los agricultores analfabetos existieron previamente (excepto quizás donde una gente ya civilizada ha colonizado zonas deshabitadas). Así, la civilización, donde quiera y siempre que se presentara, sucedió a la barbarie.

Gordon Childe. V. 1950.
The Urban Revolution
Town Planning Review, vol. 21, 1950, pp. 3-17.

© Town Planning Review.

El texto del presente ensayo se origina en el Capítulo VII del libro *Los orígenes de la civilización*.

Título original *Man Makes Himself*. 1936. Londres. Pitman Publishing.
Traducción castellana en Fondo de Cultura económica de Argentina. 1990. Pág. 173-218.

Es importante para el lector, considerar que esta versión del texto es de 1950. Por lo tanto, encontrará aseveraciones que hoy carecen de validez, como el hecho que para entonces no se hubiera excavado ningún centro urbano Maya. En efecto, los grandes estudios de Baton Ramie, Tikal y Chichen Itzá y Copán se harían a partir de los años 60.

La importancia del texto radica en la introducción del concepto de Revolución, aplicado al conjunto de cambios interrelacionados que modifican radicalmente las condiciones de vida en algunos períodos históricos y prehistóricos. Este concepto es luego utilizado y reafirmado por muchos autores de reconocido prestigio internacional.

Hemos visto que una **revolución** como la definimos aquí se debe reflejar en **la estadística de la población**. En el caso de la Revolución Urbana el aumento fue considerado principalmente por la multiplicación de los números de las personas que vivían juntos, es decir, en una sola área urbanizada. Las primeras ciudades representaron asentamientos de tamaños sin precedentes hasta ese momento. Por supuesto no sólo el tamaño constituyó su carácter distintivo. Encontraremos que en relación con estándares modernos aparecían ridículamente pequeñas y puede ser que encontráramos aglomeraciones de población hoy, a las cuáles no podría aplicarse la definición de ciudad. Con todo, cierto tamaño del asentamiento y la densidad de la población es una característica esencial de la civilización.

Ahora la densidad de la población es determinada por el suministro de alimentos que a su vez es limitado por los recursos naturales, las técnicas para su explotación y el medio de transporte y de preservación de alimentos disponible. Estos factores han demostrado ser variables en el curso de la historia humana, y la técnica de obtener el alimento se ha utilizado ya para distinguir las etapas consecutivas llamadas salvajismo y barbarie. Bajo la economía de recolección del salvajismo la población era siempre demasiado escasa. En América aborigen la capacidad de carga [carrying capacity] de la tierra normal no mejorada parece haber sido entre .05 al .10 por milla cuadrada. Solamente bajo condiciones excepcionalmente favorables, las tribus pesqueras de la costa Noroeste sobre el Pacífico logran densidades de más de un ser humano por milla cuadrada. Por lo que podemos conjeturar de los restos desaparecidos, las densidades demográficas en Europa paleolítica y preneolítica eran menos que el americano normal. Por otra parte, tales cazadores y colectores viven generalmente en pequeñas bandas trashumantes. En el mejor de los casos varias bandas pueden venir juntas por períodos sumamente breves en ocasiones ceremoniales tales

como los "corroborrees" australianos. Solamente en regiones excepcionalmente favorecidas pueden las tribus pescadoras establecer asentamientos como aldeas. Algunos asentamientos en las costas del Pacífico abarcaron más o menos treinta casas substanciales y durables, albergando a grupos de varios cientos de personas. Pero incluso estas aldeas fueron ocupadas solamente durante el invierno; para el resto del año sus habitantes se dispersaron en grupos más pequeños. No se ha encontrado nada comparable en épocas pre-neolíticas en el Viejo Mundo.

La Revolución Neolítica permitió ciertamente el crecimiento de la población y aumentó enormemente la capacidad de carga de la tierra adecuada al cultivo. En las islas del Pacífico las sociedades neolíticas tienen hoy una densidad de 30 o más personas por milla cuadrada. En Norteamérica precolombina, sin embargo, donde la tierra no es restringida obviamente por mares circundantes, la densidad máxima registrada es poco menos que de 2 por milla cuadrada. Los agricultores del Neolítico podrían vivir por supuesto, y ciertamente lo hicieron, juntos en aldeas permanentes, aunque, debido a la economía rural extravagante practicada, las aldeas tuvieron que ser cambiadas de lugar por lo menos cada veinte años, a menos que los campos fueran irrigados. Pero en conjunto el crecimiento de la población no fue reflejado tanto en la ampliación de cada asentamiento como en una multiplicación de asentamientos. En etnografía las aldeas neolíticas pueden jactarse solamente a algunos cientos habitantes (un par de "pueblos" en Nuevo México albergan a unos mil habitantes, pero quizás no pueden ser considerados como del neolítico). En Europa prehistórica la aldea neolítica más grande, hasta ahora, es Barkaer en Jutlandia, abarcaba 52 viviendas pequeñas de un ambiente, pero de 16 a 30 casas eran una figura más normal; el grupo habitacional promedio en época neolítica será de 200 a 400 miembros.

Estas figuras bajas son por supuesto el resultado de limitaciones técnicas. En ausencia de vehículos y de

caminos para el transporte de la abultada cosecha, las poblaciones tuvieron que vivir a corta y fácil distancia de los cultivos. Al mismo tiempo la economía rural normal de la edad neolítica, que ahora se llama roza y quema, condena a mucho más de mitad de la tierra de cultivo a quedar en barbecho de modo que se requirió áreas muy extensas. Tan pronto como la población de un asentamiento superara el número que se podrían sustentar de la tierra disponible, la población en excedente tuvo que moverse y encontrar un nuevo asentamiento.

La Revolución Neolítica tuvo otras consecuencias junto al aumento de la población, y su explotación [de la población] pudo al final ayudar al aumento del excedente. La nueva economía permitía, y de hecho requería, al agricultor producir cada año más alimento que el necesario y guardarlo para mantenerse a él y su familia viva. En otras palabras, hizo posible la **producción regular de un excedente social**. Debido al bajo rendimiento de la técnica neolítica, el excedente producido era insignificante al principio, pero podría ser aumentado hasta que exigió una reorganización de la sociedad.

Ahora en cualquier sociedad de la Edad de Piedra, Paleolítico o Neolítico, salvaje o bárbaro, todos pueden por lo menos en teoría fabricar las pocas herramientas imprescindibles, los paños modestos y los ornamentos simples que cada uno requiere. Pero cada miembro de la comunidad local, no descalificado por edad, debe contribuir activamente y personalmente al suministro de alimentos comunal cazando, pescando, cultivando un huerto o pastoreando. Mientras este sistema perdura, no puede haber especialistas a tiempo completo, ninguna persona ni clase de personas que dependan para su sustento del alimento producido por otros y obtenido en el intercambio de mercancías materiales o inmateriales o servicios.

Encontramos de hecho hoy en día entre los bárbaros de la Edad de Piedra e incluso salvajes artesanos expertos

(por ejemplo, picadores de pedernal entre los Ona de Tierra del Fuego), hombres que claman ser expertos en magia, e incluso jefes. En Europa Paleolítica también hay cierta evidencia de magos e indicaciones de jefaturas en épocas pre-neolíticas. Pero observando con cuidado descubrimos que estos expertos no son hoy especialistas a tiempo completo. El pica piedra del Ona debe pasar la mayoría de tiempo cazando; él sólo agrega a su dieta y a su prestigio haciendo puntas de flecha para clientes que lo recompensan con dádivas. Igualmente, un jefe del precolombino, aunque con derecho a los regalos acostumbrados y a los servicios de sus seguidores, debe sin embargo conducir personalmente expediciones de caza y de pesca y podía mantener su autoridad solamente por su industria y valor en estos eventos. Ocurre lo mismo en sociedades bárbaras que todavía están en la etapa neolítica, como la Polinesia donde la industria en cultivar un huerto toma el lugar del valor en la caza. La razón es que no habrá simplemente suficiente alimento para subsistir a menos que cada miembro del grupo contribuya a la producción. El excedente social no es bastante grande para alimentar bocas ociosas.

La división social del trabajo, excepto esos rudimentos impuestos por edad y el sexo, es así imposible. Por el contrario, en la comunidad de empleo, la absorción común en la obtención del alimento por los dispositivos similares garantiza cierta solidaridad al grupo. Pues la cooperación es esencial para asegurar el alimento y abrigo y para la defensa contra enemigos, humanos y no humanos. Esta identidad de intereses y de necesidades económicas es repetida y magnificada por la identidad de la lengua, de costumbres y de creencias; una rígida conformidad se hace cumplir con tanta eficacia como el empeño en la búsqueda común de alimento. Pero conformidad y cooperación industriosa no necesitan de la organización del estado para mantenerlos. El grupo local consiste generalmente en un solo clan (las personas que creen descender de un antepasado común y que han obtenido un reclamo místico a tal descendencia por adopción ceremonial) o un grupo de clanes relacionados

CI Cambios y Permanencias

Excedente social

Es una permanencia durante toda la larga duración presentando cambios en las medias duraciones.

por matrimonio común entre ellos. Y el sentimiento del parentesco es reforzado o suplido por ritos comunes concentrados en cierto altar ancestral o lugar sagrado. La arqueología no puede proporcionar ninguna evidencia para la organización del parentesco, pero los altares ocuparon el lugar central en aldeas de Mesopotamia antes de la escritura, y el túmulo alargado, una tumba colectiva que domina el sitio presumido de la mayoría de las aldeas neolíticas en Gran Bretaña, puede haber sido también el altar ancestral en el cual convergieron las emociones y las actividades ceremoniales de los aldeanos del pueblo. Sin embargo, la solidaridad así idealizada y simbolizada concretamente, realmente se basa en los mismos principios que el de una jauría de lobos o de una manada de ovejas; Durkheim la llamó "mecánica."

Ahora entre algunos bárbaros avanzados (por ejemplo los tatuadores o talladores de madera entre los maorí) todavía con tecnología neolítica encontramos artesanos expertos con tendencia hacia el estatus de profesionales a tiempo completo, pero solamente al costo de apartarse de la comunidad local. Si ninguna aldea puede producir excedente bastante grande para alimentar a un especialista a tiempo completo todo el año, cada uno debe producir suficiente para mantenerlo una semana o más. Viajando de aldea a aldea un experto pudo haber vivido enteramente de sus trabajos. Tales artesanos itinerantes perderían su calidad de miembros del grupo de parentesco sedentario. Podrían acabar formando una organización análoga propia – un clan de artesanos, que, si se mantiene hereditario, puede convertirse en una casta, o, si recluta sus miembros principalmente por adopción (el aprendizaje en la antigüedad y de la Edad Media era apenas adopción temporal), puede convertirse en un gremio. Pero tales especialistas, por la emancipación de los lazos de parentesco, también han perdido la protección de la organización del parentesco que solamente durante la Barbarie, garantizaba a sus miembros seguridad de persona y de propiedad. La

sociedad debe reorganizarse para acomodarles y para protegerles. En prehistoria la especialización del trabajo comenzó probablemente con los expertos ambulantes similares. La prueba arqueológica es difícil de esperar, pero en etnografía los metalurgos son especialistas casi siempre a tiempo completo. Y en Europa al principio de la Edad de Bronce el metal parece haber sido trabajado y abastecido por herreros ambulantes que parecen haber funcionado como latoneros chapuceros y otros ambulantes de épocas mucho más recientes. Aunque no hay tal evidencia positiva, igual sucedió probablemente en Asia al principio de la metalurgia. Debe por supuesto haber habido además otros artesanos especialistas que, como el ejemplo de Polinesia advierte, los arqueólogos no podrían reconocer porque trabajaron en materiales perecederos. Un resultado de la Revolución Urbana será rescatar a tales especialistas del nomadismo y garantizarles seguridad en una nueva organización social.

Hace aproximadamente 5.000 años el cultivo por irrigación (combinada con ganadería y pesca) en los valles del Nilo, del Tigris Euphrates y el Indus había comenzado a rendir un excedente social, bastante grande para apoyar a un número de especialistas residentes que fueron exentos de la producción de alimentos. Transporte por ríos, suplido en Mesopotamia y el valle del Indus por los vehículos con ruedas y aún en Egipto por los animales de carga, hizo fácil de recolectar alimentos en algunos centros. Al mismo tiempo la dependencia del agua de río para la irrigación de los cultivos restringió las áreas cultivables mientras que la necesidad de canalizar las aguas y de proteger viviendas contra las inundaciones anuales impulsó la agregación de la población. Así surgieron las primeras ciudades – unidades del asentamiento diez veces más grandes que cualquier aldea neolítica conocida. Puede ser propuesto que todas las ciudades en el Viejo Mundo son vástagos de las de Egipto, de Mesopotamia y de la cuenca del Indus. Este último no necesita ser considerado si se usa una definición mínima de civilización. Debe ser

deducida de una comparación de sus manifestaciones independientes.

Pero unos tres milenios más tarde surgieron las ciudades en América Central, y es imposible probar que los Mayas debieron cualquiera de sus avances directamente a las civilizaciones urbanas del Viejo Mundo. Sus logros deben por lo tanto ser considerados en nuestra comparación, y su inclusión complica seriamente la tarea de definir las condiciones previas esenciales para la Revolución Urbana. En el Viejo Mundo la economía rural que rindió el excedente se basó en el cultivo de cereales combinados con ganadería. Pero esta economía había sido hecha más eficiente como resultado de la adopción de la irrigación (que permite el cultivo sin períodos prolongados del barbecho) y de importantes invenciones y descubrimientos – metalurgia, el arado, el barco a vela y la rueda. Los Mayas no conocían ninguno de estos dispositivos; no criaron ningún animal para leche o carne; aunque cultivaron el maíz, utilizaron la misma técnica de roza y quema que los agricultores Neolíticos en Europa prehistórica o en las islas del Pacífico de hoy. Por lo tanto, la definición mínima de una ciudad, el factor común más grande al Viejo y Nuevo Mundo, será reducida substancialmente y empobrecida por la inclusión de los Mayas. Sin embargo, diez criterios algo abstractos, todos deducibles de los datos arqueológicos, sirven para distinguir incluso las ciudades más tempranas de cualquier aldea más antigua o contemporánea.

Respecto al tamaño las primeras ciudades deben haber sido más extensas y pobladas más densamente que cualquier asentamiento anterior, aunque considerablemente más pequeñas que muchas aldeas de hoy. Es de hecho solamente en Mesopotamia y la India que las primeras poblaciones urbanas pueden ser estimadas con alguna confianza o precisión. Allí las excavaciones han sido suficientemente extensas e intensivas para revelar el área total y la densidad de la construcción en barrios muestreados y en ambos respectos han revelado correlación con ciudades

orientales menos industrializadas de hoy. La población de las ciudades sumerias, así calculada, era entre 7.000 y 20.000; Harappa y Mohenjo-Daro en el valle del Indus deben haberse aproximado a la cifra más elevada.

Podemos solamente deducir que las ciudades egipcias y mayas eran de magnitud comparable por la escala de trabajos públicos, ejecutada probablemente por las poblaciones urbanas.

En la composición y función la población urbana se diferenció pronto de la de cualquier aldea. La mayoría de los ciudadanos seguían siendo campesinos, cosechando las tierras y las aguas adyacentes a la ciudad. Pero todas las ciudades deben haber albergado además las clases que no se procuraban su propio alimento por la agricultura, ganadería, pesca o recolección: los especialistas artesanos, los trabajadores del transporte, los comerciantes, los funcionarios y los sacerdotes, todos a tiempo completo. Todo ellos eran por supuesto mantenidos por el excedente producido por los campesinos que vivían en la ciudad y en aldeas dependientes, pero no se aseguraban su parte intercambiando directamente sus productos o servicios por granos o pescado con campesinos individuales. Cada productor primario pagó sobre el minúsculo excedente que podía producir del suelo con sus herramientas muy limitadas un diezmo o impuesto a una deidad imaginaria o a un rey divino que acumulaba así el excedente. Sin esta acumulación, debido a la baja productividad de la economía rural, no habría capital eficaz disponible.

Edificios públicos verdaderamente monumentales no sólo distinguían cada ciudad de cualquier aldea, sino que también simbolizaban la concentración del excedente social. Cada ciudad sumeria era desde el principio, dominada por uno o más templos majestuosos. Situada en un lugar central se ubicó una plataforma del ladrillo levantada más alta que las viviendas circundantes, y conectada generalmente con una montaña artificial, la torre o el ziggurat. Pero unidos a los templos, estaban los talleres y los almacenes, y una dependencia importante de cada templo principal era un gran granero. Harappa,

en la cuenca del Indus, fue dominado por una ciudadela artificial, ceñido con un terraplén masivo de ladrillos cocidos en horno, conteniendo probablemente un palacio y dominando un enorme granero y los cuarteles de artesanos. No se ha excavado ningún templo ni palacio temprano en Egipto, pero el valle del Nilo estuvo dominado por las tumbas gigantescas de los faraones divinos mientras que los registros administrativos mencionan la existencia de graneros reales. Finalmente, las ciudades Maya se conocen casi exclusivamente a partir de los templos y por las pirámides de piedra esculpida que las dominaron. Por lo tanto en Sumer el excedente social era de hecho concentrado primero en manos de un dios y almacenado en su granero. Esto era probablemente igual en América Central mientras que en Egipto el faraón (rey) era en sí mismo un dios. Pero por supuesto las deidades imaginarias fueron servidas por los sacerdotes quienes, además de ritos elaborados y a menudo sanguinarios de la celebración en su honor, administraron las propiedades terrenales de sus amos divinos. En Sumer de hecho el dios muy pronto, si no incluso antes de la revolución, compartió su abundancia y energía con un virrey mortal, el "Rey de la Ciudad" quién actuaba como gobernante civil y líder en la guerra. El faraón divino fue asistido naturalmente por una amplia jerarquía de funcionarios. Todos aquellos no implicados en la producción de alimentos fueron por supuesto mantenidos en primera instancia por el excedente acumulado en el templo o graneros reales y eran así dependientes del templo o corte. Pero naturalmente los sacerdotes, los líderes civiles y militares y los funcionarios absorbieron una parte importante del excedente acumulado y formaron así una "clase gobernante". Al contrario de un mago del Paleolítico o de un jefe del Neolítico, estaban, tal como lo dijo un escriba egipcio, "exento de toda tarea manual." Por otra parte, las clases más bajas tenían garantizadas solamente paz y seguridad, pero fueron relevadas de tareas intelectuales que muchos hallaban más molestas que cualquier trabajo físico. Además de

tranquilizar las masas asegurando que el sol iba a amanecer el día siguiente y el río inundaría otra vez el año próximo (la gente que no tiene cinco mil años de experiencia de observar fenómenos naturales realmente se preocupa de tales asuntos), las clases gobernantes confirieron beneficios substanciales a sus sujetos en temas de planeamiento y de organización. Estas sociedades estaban forzadas a inventar sistemas de registro y ciencias exactas, pero eminentemente prácticas. La mera administración de los extensos tributos de un templo sumerio o de un faraón egipcio por una vitalicia corporación de sacerdotes o de funcionarios obligó a sus miembros a idear los métodos convencionales de registro que debían ser inteligibles a todos sus colegas y sucesores, es decir, inventar sistemas de la escritura y de numeración. La escritura es así una significativa, así como una conveniente, marca de la civilización. Pero mientras que la escritura es un rasgo común a Egipto, a Mesopotamia, al valle del Indus y a América Central, los caracteres mismos eran diferentes en cada región, así como lo eran los materiales normales de la escritura – papiro en Egipto, arcilla en Mesopotamia. Los sellos o estelas grabados que proporcionan la única amplia evidencia para la escritura temprana del Indus y Maya, representan más que los vehículos normales para la escritura que los documentos comparables Egipto y de Sumer.

La invención de la escritura – o más bien las invenciones de escrituras – proveyó el tiempo libre a funcionarios para proceder a la elaboración de las ciencias exactas y proféticas – aritmética, geometría y astronomía. Obviamente beneficioso y atestiguado explícitamente por los documentos egipcios y mayas era la determinación correcta del año tropical y de la creación de un calendario. Estos permitieron a los gobernantes regular con éxito el ciclo de operaciones agrícolas. Pero una vez más los calendarios egipcios, Maya y babilónicos eran tan diferentes como algunos sistemas basados en una sola unidad natural podrían ser. Las ciencias del calendario y matemáticas son características comunes de las

civilizaciones más tempranas y son también el corolario del criterio de los arqueólogos, la escritura.

Otros especialistas, apoyados por el excedente social acumulado, dieron una nueva dirección a la expresión artística. Los salvajes incluso en época Paleolítica habían intentado, a veces con éxito asombroso, representar animales e incluso a hombres como los vieron —concreta y naturalmente—. Los agricultores neolíticos nunca hicieron eso; intentaron apenas siempre representar objetos naturales, pero prefirieron simbolizarlos por los patrones geométricos abstractos que en la mayoría pueden sugerir por algunos rasgos un hombre o una bestia o una planta fantástica. Pero los artistas-artesanos egipcios, sumerios, del Indus y Maya —los escultores, los pintores, o grabadores de sellos a tiempo completo— comenzaron una vez más a tallar, a modelar o a dibujar semejanzas de personas o de cosas, pero no más con el naturalismo primitivo del cazador, pero con estilos conceptuados y sofisticados diferentes en cada uno de los cuatro centros urbanos. Otra parte del excedente social concentrado fue utilizada para pagar la importación de materias primas, necesitadas por la industria o el culto y no disponible localmente. Rutas de intercambio "foráneo" regulares sobre distancias muy largas eran una característica de todas las civilizaciones tempranas y, aunque común entre bárbaros más tarde, no se atestiguan ciertamente en el Viejo Mundo antes de 3.000 a.C. ni en el Nuevo Mundo antes del "imperio" Maya. Las rutas de comercio regulares se extendieron desde Egipto por lo menos hasta Biblos en la costa siria mientras que Mesopotamia fue conectada por comercio con el valle del Indus. Mientras que los objetos del comercio internacional eran al principio objetos de "lujo", incluyeron ya materias primas industriales, en el Viejo Mundo metal mientras que el Nuevo Mundo era obsidiana. A este grado las primeras ciudades eran dependientes para sus materias primas en el comercio a larga distancia, como la aldea neolítica nunca lo fue.

Así en la ciudad, los artesanos especialistas eran provistos de las materias primas necesarias para el empleo de sus habilidades y también garantizaron seguridad en una organización del estado basada ahora en residencia más que en parentesco. Ser itinerante no era más obligatorio. La ciudad era una comunidad a la cual un artesano podría pertenecer política, así como económicamente. Sin embargo, para reciprocitar la seguridad llegaron a ser dependientes en el templo o la corte y fueron relegados a las clases más bajas. Las masas campesinas ganaron incluso menos ventajas materiales; en Egipto, por ejemplo, el metal no substituyó la vieja piedra y las herramientas de madera para el trabajo agrícola. Pero, quizás imperfectamente, incluso las comunidades urbanas más tempranas deben haberse ligado por una clase de solidaridad que no existía en cualquier aldea neolítica. Los campesinos, los artesanos, los sacerdotes y los gobernantes forman a una comunidad, no solamente por causa de la identidad de la lengua y de la creencia, sino también porque cada uno realiza funciones mutuamente complementarias, necesaria para el bienestar (según lo redefinido bajo civilización) del conjunto. De hecho, las ciudades más tempranas ilustran una primera aproximación a una solidaridad orgánica basada sobre una complementariedad funcional y la interdependencia entre todos sus miembros como ocurre entre las células constitutivas de un organismo. Por supuesto esto es solamente una aproximación muy distante. No obstante, la necesaria acumulación del excedente dependía realmente de las fuerzas de la producción existentes, aparecía un conflicto incipiente de los intereses económicos entre la pequeña clase gobernante, que anexó la mayoría del excedente social, y la mayoría extensa que fue dejada con lo mínimo necesario para subsistir y fue excluida de las ventajas espirituales de la civilización. Así la solidaridad tenía todavía que ser mantenida por los dispositivos ideológicos apropiados a la solidaridad mecánica de la Barbarie según lo expresado en la preeminencia del templo o del altar sepulcral, y ahora suplida por la fuerza de la nueva organización del estado. No había

lugar para escépticos o sectarios en las ciudades tempranas.

Estos **diez rasgos** agotan los factores comunes a las ciudades tempranas que la arqueología puede detectar, ayudada en el mejor de los casos por fuentes escritas fragmentarias y a menudo ambiguas. Ningún elemento específico de planeamiento urbano, por ejemplo, puede ser probado como característica de estas ciudades; porque por un lado las ciudades egipcias y Maya todavía no se han excavado; por otro lado, las otras aldeas neolíticas fueron a menudo amuralladas; un sistema elaborado de alcantarillas drenó la aldea de Orcadian de Skara Brae; casas de dos pisos fueron construidos en pueblos de precolombinos, etc.

Los factores comunes son bastante abstractos.

Concretamente, las civilizaciones egipcias, sumeria, del Indus y Maya eran tan diferentes como los planes de sus templos, los caracteres de sus escrituras y de sus convenciones artísticas. En vista de esta divergencia y porque no hay hasta ahora evidencia para una prioridad temporal de un centro del Viejo Mundo (por ejemplo, Egipto) sobre el resto ni para contactos entre América Central y ningún otro centro urbano, las cuatro revoluciones apenas consideradas pueden considerarse como mutuamente independientes. Por el contrario, todas las civilizaciones más tardías en el Viejo Mundo se pueden ver como descendientes lineales de las de Egipto, de Mesopotamia o del Indus.

Pero éste no era un caso reproducir organizaciones similares. Las civilizaciones marítimas de la Edad de Bronce de Creta o Grecia clásica, por ejemplo, por no decir nada de la nuestra, se diferencian más de sus supuestos antepasados que entre ellas mismas. Pero las revoluciones urbanas que les dieron nacimiento no empezaron de la nada. Podrían haber tomado y seguramente lo hicieron de los avances y progresos acumulados en los tres centros primarios. Eso es lo más obvio del caso del bagaje cultural. Hoy seguimos usando el calendario de los egipcios y las divisiones del día y la hora sumerias. Nuestros antepasados europeos no tuvieron que inventar ellos mismos estas divisiones del tiempo ni repetir las observaciones en las cuales se basan; simplemente los tomaron y mejoraron sólo un poco los sistemas elaborados hace 5.000 años, pero lo mismo puede ser cierto también del bagaje material. Los egipcios, los sumerios y la gente de Indus habían acumulado reservas extensas de excedentes de alimento. Al mismo tiempo tuvieron que importar las materias primas necesarias del extranjero, como metales y madera de construcción, así como objetos suntuarios o de "lujo". Las comunidades que controlaban estos recursos naturales podían reclamar una tajada del excedente urbano. Podían utilizarlo como el capital para apoyar a especialistas a tiempo completo, artesanos o gobernantes, hasta que los logros de estos últimos en tecnología y organización hubieran enriquecido tanto las economías bárbaras que les permitiría a su vez producir también un excedente substancial.

Los Griegos

Tal vez sea éste el lugar adecuado para considerar brevemente la geografía de Grecia. ¿Cuál es la naturaleza del país que atrajo a estas sucesivas bandas de rudos nórdicos, alguna vez de orientales, y qué hizo por ellos?

El lector se hallará sin duda familiarizado con la configuración general de Grecia —tierra de montañas calizas, valles angostos, golfos extensos, escasos ríos y numerosas islas—, elevaciones sobrevivientes de un sistema de montañas sumergido, según sugiere una ojeada sobre el mapa de la península. Hay unas pocas llanuras, no muy extensas, pero extremadamente importantes en la economía y la historia del país. Algunas de éstas son costeras, tal como la angosta y fértil llanura de Acaya que se extiende a lo largo de la costa meridional del Golfo; otras se hallan en el interior, como Lacedemonia (Esparta); otras quizás casi totalmente aisladas del mar por cadenas de montañas, como las llanuras de Tesalia y Beocia. La llanura beocia es especialmente feraz y con una atmósfera muy cargada, los atenienses, más inteligentes, solían apodar a sus vecinos "cerdos beocios".

Grecia es una región de gran variedad. Las condiciones mediterráneas y subalpinas existen a pocas millas de distancia entre sí; llanuras fértiles alternan con zonas de abruptas montañas. Más de una emprendedora comunidad de marinos y comerciantes tiene por vecino a un pueblo de tierra dentro, agricultor, que apenas si conoce el mar y el comercio, un pueblo tan tradicional y conservador como lo son el trigo y el ganado. Los contrastes en la Grecia de hoy pueden resultar sorprendentes.

En Atenas y el Pireo, uno tiene a su disposición —o tenía, antes de la guerra— una amplia y moderna ciudad europea, con tranvías, ómnibus y taxis, aviones que llegan con intervalo de pocas horas y un puerto atestado de buques que se dirigen a los más diversos rumbos: a Egina, al otro lado de la bahía, a la costa oriental, a la costa occidental o, a través del canal, a Alejandría, a los principales puertos de Europa, a América. Pero pocas horas después uno puede encontrarse en zonas de la Grecia central o del Peloponeso, donde en muchas millas a la redonda los únicos caminos son las huellas de las cabalgaduras y el único vehículo rodante es la carretilla. En Calamata, me mostraron un grande y moderno molino harinero, al que llegaba el grano directamente, por succión, de las bodegas del buque que lo había traído. Dos días antes, a menos de veinte millas de allí, había visto hacer la trilla al estilo del Antiguo Testamento, con caballos o mulas corriendo alrededor de una era circular en un rincón del campo y el hecho efectuado en el mismo lugar con la infaltable ayuda del viento. En la antigüedad los contrastes tal vez no fuesen tan grandes, pero son también sorprendentes.

Tropezamos con la variedad por doquier y esto constituye un hecho de gran significación.

Tiene gran importancia para el desarrollo de la cultura griega el hecho de que la mayoría de los estados tuviese su franja de llanura fértil, de tierras altas de pastoreo, de laderas boscosas y de cumbres áridas, y además en muchos casos acceso al mar. No había estados como Birmingham o Wiltshire; tampoco comunidad, es decir, no imperaba un modo de vida uniforme; había incluso menos uniformidad que en la Inglaterra medieval. Estados que consideramos primordialmente comerciales e industriales, tales como

Kitto, H.D.F. 1951
The Greeks.

El texto corresponde al Capítulo III de la edición en castellano:

Los Griegos. 9ª edición EUDEBA,
Bs. As. 1977

Corinto y Atenas, eran por lo menos tan agrícolas como comerciales. El esplendor de la vida cívica ateniense en el siglo V nos hace olvidar fácilmente que la mayoría de los ciudadanos atenienses se dedicaba con preferencia a la granja. De las primeras comedias de Aristófanes surge con evidencia que Atenas conservó mucho de ciudad campesina y Tucídides subraya que los que poseían tierra en Ática vivieron en ella hasta que la guerra del Peloponeso los impulsó a la ciudad por razones de protección. Así fue como las invasiones espartanas los convirtieron en residentes urbanos.



Si esto es cierto para los atenienses, lo es mucho más para los otros estados. La ciudad y el campo se hallaban íntimamente unidos, salvo en aquellas zonas más remotas, como Arcadia y la Grecia occidental, que carecían por completo de ciudades. La vida urbana, donde la hubo, tuvo siempre conciencia de su vinculación con el campo, la montaña y el mar, y la vida rural conocía los usos de la ciudad. Esto fomentó una sana, equilibrada y resignada inmovilidad de los hombres de la estepa y experimentó muy escasamente las torpes veleidades de la multitud urbana.

LA CUENCA DEL EGEO

Con tal variedad de suelo y clima, el estado griego normal se bastaba a sí mismo, y podía disfrutar una equilibrada vida social. Los griegos tenían una palabra para designar esta autosuficiencia, *autar-keia* o *autarquía*, que hemos aprendido a utilizar en estos últimos años, pero en un contexto más deprimente; para el griego, como luego veremos, ella era una parte esencial de la idea del Estado y las condiciones físicas de su país lo capacitaban para hacerla efectiva. Había otra importante consecuencia de la constante variedad que se da en este pequeño mundo griego. Aunque la mayoría de los estados pudiesen bastarse a sí mismos, gracias a las variantes de altitud muchos tenían sus productos especiales, por ejemplo, la aceituna del Ática, el mármol de Melos, el vino de la isleta de Pepareto. Esto fomentaba un activo comercio y un intercambio incesante. Además, las comunicaciones por mar eran fáciles y bastante seguras, salvo en el invierno. Junto a esto, debemos considerar otro hecho de importancia decisiva: que Grecia en su conjunto mira hacia el sudeste. Las montañas siguen en esa dirección; en consecuencia también los valles y los puertos, y las series de islas, prolongación de las cadenas de montañas, sirven de guía al tripulante de cualquier esquife, el cual, sin auxilio de la brújula, puede arribar sano y

salvo a Asia o a Egipto, cunas de anteriores y más ricas civilizaciones. Grecia fue así, en sus días prehistóricos, tentadoramente accesible para los comerciantes y para otros navegantes procedentes de Creta y luego de Fenicia y más tarde, cuando, en los tiempos históricos, los propios helenos cobraron afición al mar, sus derroteros los llevaron a tierras más antiguas que la suya. La diferencia con Italia aclarará este punto. Los Apeninos se yerguen cerca de la costa oriental; por consiguiente, los ríos y valles corren hacia el oeste, y las llanuras fértiles y los puertos se hallan en la costa occidental. La costa italiana del este es de lo más inhóspita. A consecuencia de esto, la civilización llegó tardíamente a Italia; la influencia minoica fue escasa y los griegos, cuando a su vez establecieron colonias, prefirieron bordear la costa meridional y subir por el oeste. Las grandes diferencias entre la civilización griega y la romana se deben en gran medida al hecho de que los latinos, a la inversa de los helenos, no se encontraron con la antigua cultura del sudeste del Mediterráneo firmemente afincada en la península que invadieron. Los Apeninos habían servido en gran parte de muralla.

Otro contraste podría establecerse entre el archipiélago griego y las islas Hébridas. Las diferencias existentes entre ambos en cuanto a clima y fertilidad son bastante evidentes, pero hay otra circunstancia: que los productos de una de las islas Hébridas son los mismos que los de la otra y también que los del continente. Por consiguiente, en condiciones primitivas el comercio era flojo, y no había oposiciones agudas que ensancharan la mente; además, las rutas marinas llevaban no a Fenicia o a Egipto, sino a un continente escasamente distinto, o al Atlántico norte, de donde un hombre, si tenía la suerte de sobrevivir, no volvía más sabio que cuando había partido.

Otro factor de importancia es el clima. Éste, en conjunto, es muy agradable y estable. Grecia es uno de esos países que tienen un clima y no simplemente un estado atmosférico. El invierno es severo en las

montañas; en otras partes, bonancible y soleado. El verano comienza pronto y es caluroso, pero, salvo en las llanuras cerradas, el calor no es abrumador, pues la atmósfera es seca y su rigor es mitigado por la diaria alternancia de las brisas terrestre y marina.

La lluvia es casi desconocida en verano; el final del invierno y el otoño son las estaciones lluviosas.

No debemos abandonar este punto referente al clima griego, sin considerar sus efectos sobre la vida griega y en especial sobre la vida ateniense.

En primer término, esa forma de existencia capacitaba al griego para reducir al mínimo sus complicaciones.

En Grecia se puede llevar una vida activa con mucho menos alimento que el que se necesita en los climas más rigurosos; pero, además, el griego —el hombre griego— podía pasarse y se pasaba la mayor parte de sus horas de ocio fuera de su casa. Esto significa que tenía más tiempo libre; no necesitaba trabajar para comprar sillones y carbón. Después de todo, la razón porque nosotros los ingleses hemos inventado “*le confort anglais*”, reside en que solo podemos sentirnos cómodos y tibios dentro de las casas.

El ocio que disfrutaban los atenienses suele atribuirse popularmente a la existencia de la esclavitud. La esclavitud tenía algo que ver con ello, pero no tanto como el hecho de que los griegos pudieran prescindir de las tres cuartas partes de las cosas cuya obtención nos quita el tiempo.

De esta manera, al emplear fuera de su casa el ocio que en buena parte había obtenido gracias a esa facilidad de prescindir de tantas superficialidades que nosotros juzgamos necesarias, o las consideramos así, el griego, ya en la ciudad o en la villa, logró afinar su ingenio y depurar sus formas de convivencia mediante la asidua comunicación con el prójimo. Pocos pueblos han sido tan plenamente sociables. La conversación era para el griego el aliento vital —y lo es todavía, si bien menoscabado por la persistente inclinación a la lectura de los periódicos—. ¿Qué sociedad sino Atenas pudo haber producido una figura como Sócrates, el hombre que cambió la corriente del pensamiento humano sin

escribir una palabra, sin predicar una doctrina, simplemente conversando en las calles de la ciudad que solo abandonó dos veces para ir a la guerra?

¿En qué otra sociedad se advierte tan poco la diferencia entre el hombre cultivado y el que no lo es, entre quien posee buen gusto y el vulgar? La verdadera educación del ateniense y de muchos otros griegos era impartida en los lugares de reunión: en las horas de charla en la plaza del mercado, en el peristilo o en el gimnasio, en las asambleas políticas, en el teatro, en los recitales públicos de Homero, y en las celebraciones y procesiones religiosas. Quizás el mayor galardón que su clima había otorgado al Ática era que sus grandes reuniones podían realizarse al aire libre. Por liberales que pudiesen ser los instintos políticos del ateniense, su democracia no se hubiese desarrollado como lo hizo -ni tampoco su drama- si hubiesen sido necesarios un techo y unas paredes. Dentro de nuestras condiciones sociales, que promueven la reclusión y el individualismo y exigen gastos para frecuentar cursos de enseñanza o espectáculos, la existencia de la gente acomodada debe ser potencialmente más rica que la del pobre, y sólo seiscientos consiguen tener libre acceso a los negocios de la nación. En Atenas la vida pública, con su sabia estructura, era accesible a todos porque estaba expuesta al aire y al sol. Explicar la cultura ateniense como el producto del clima ateniense sería ingenuo, aunque no fuera de moda; no obstante, puede demostrarse que en un clima diferente no se habría desarrollado como lo hizo. Este detenido examen de las condiciones físicas en que vivieron los griegos puede muy bien concluir con algunas observaciones sobre los recursos naturales del país y la índole de su economía en condiciones primitivas.

Hoy las cuatro quintas partes de Grecia son áridas; en los tiempos primitivos (según hemos visto), las laderas de las montañas estaban cubiertas de bosques, los

cuales producían madera y caza, tanto mayor como menor. Puede inferirse fácilmente que las precipitaciones pluviales eran más abundantes y menos catastróficas, y que, por consiguiente, había más y mejores campos de pastoreo que hoy según pruebas evidentes -en particular brindadas por Homero y Hesíodo- parece ser que Grecia se abastecía a sí misma en lo que respecta a los artículos de primera necesidad. Además de los productos agrícolas, había piedra en abundancia para edificar y buena arcilla de alfareros. Los olivos constituían una importante cosecha, entonces como ahora, y proveían aceite para cocinar y para encender las lámparas, y también el antiguo equivalente del jabón. Se cultivaba además la vid.

En minerales, Grecia era pobre. Se había encontrado oro, plata, plomo y cobre, pero no en cantidad, y carecía de hierro. Tampoco había carbón. A mi parecer, este hecho simple; de que ninguna civilización antigua tuviese carbón no ha sido tenido suficientemente en cuenta por los historiadores sociales. La miel es un buen sucedáneo del azúcar; el vino abundante compensa por lo menos la ausencia de té y de café. Uno puede vivir sin tabaco, con tal que no sepa que éste existe, pero ¿qué puede remplazar al carbón? Como fuente de calor y luz, el carbón se substituye por el sol mediterráneo y por leña, pues con carbón vegetal se cocina muy bien; pero para el carbón como fuente de energía no existía un sucedáneo satisfactorio. En esas circunstancias se contaba sólo con el trabajo de los esclavos, el cual es antieconómico desde el punto de vista mecánico y malo por otras razones.

Homero y Hesíodo nos enseñan algo sobre la vida económica de esta época oscura. Es evidente que la agricultura estaba dirigida con gran inteligencia; el cultivo de la vid, en particular, pese a no ser nada simple, era entendido a fondo. En la Odisea, al describir la ciudad de los Feacios, Homero nos pinta huertos y jardines bien cuidados, abundosos y pulcros:

A la mitad del camino hallaréis un hermoso bosque de álamos, a Atenea consagrado, en el cual mana una fuente y un prado se extiende alrededor: allí tiene mi padre un campo y una viña floreciente, tan cerca de la ciudad que puede oírse el grito que en ella se dé. Siéntate en aquel lugar y aguarda que nosotras, entrando en la población, lleguemos al palacio de mi padre. Y tan pronto como nos creas llegadas, entra en la ciudad de los Feacios, y busca la morada de mi progenitor, el magnánimo Alcínoo. Fácil te será reconocerla y hasta un niño podría guiarte, porque ninguna otra se parece a la suya. Así que entres en palacio y cruces el patio, atraviesa la mansión y ve adonde está mi madre. En su estancia, junto al fuego, hilando purpúrea lana, admirable a la vista, la hallarás. Sobre una columna estará apoyada y rodeada de esclavas. A par suyo aparece el trono de mi padre, donde él se sienta para beber vino, semejante a un inmortal.

¹ El nombre Beocia significa “tierra de vacas”. No eran muy abundantes en Grecia las buenas tierras de pastoreo para estos animales.

² Odisea, canto VI. Traducción directa del griego por Luis Segala y Estellella.

Arq. Rafael E. J. Iglesia

El legado griego

1. CULTURA GRIEGA Y ADAPTACIÓN DEL ESPACIO

El contenido de este estudio se desarrolla alrededor de los siglos "clásicos" de la Grecia antigua, los siglos V y IV a.C.: y esta preferencia se debe a que en ellos se define, aunque no culmina, un proyecto cultural que los helenos elaboraron y probaron desde los tiempos heroicos que Homero cantara. Es en los tiempos de Pericles luego de la derrota persa y con la instauración de un gobierno democrático, cuando la estructurada cultura griega aparece definida claramente. Sus elementos se destacan lo suficiente como para identificarlos con precisión y sus relaciones recíprocas aparecen claras y definidas. La organización social y económica, el sistema de gobierno y una axiología integrada por principios religiosos, filosóficos y precientíficos configuran un todo cultural tan deslumbrante que muchos de sus rasgos y pautas no sólo influyeron decisivamente en el desarrollo histórico de nuestra sociedad, sino que continúan vigentes aún en nuestros días. Esta "unidad histórica" mantiene por lo menos durante tres siglos (V, IV y III a.C.), antes, todo aparece como preparación agitada y llena de expectativas, después, bajo el impulso imperial macedónico y romano, todo es consumación, en algunos casos, como el de la democracia, colapsó; pero en lo fundamental es desarrollo, desenvolvimiento y cambio de lo que maduró previamente. Este fenómeno fue reconocido por sus propios protagonistas y más precisamente por los atenienses. Péneles pudo decir que Atenas era la Hélade de la Hélade y este juicio fue compartido aún por los enemigos de la entonces orgullosa ciudad madre de los jonios.

IGLESIA, RAFAEL E. J.
COORDINADOR

El Legado Griego

Espacios. Colección historia
Espacio Editora. Bs. As. 1979

Las necesidades espaciales de esta cultura se definen también con precisión, Pericles utiliza, contra la opinión de muchos de sus conciudadanos y sin el consentimiento de sus aliados, el tesoro de la Liga marítima délico-ática para construir los templos del Acrópolis ateniense, justificando su actitud en la preeminencia ejemplar de Atenas y en la necesidad de un signo espacial que exponga a todos la excelencia del patrimonio cultural griego. Este gesto define con claridad la actitud griega frente al hábitat artificial: todo esfuerzo de adaptación del espacio natural a las actividades humanas está dirigido a mantener y engrandecer la polis. La administración del espacio habitable es primordialmente, una cuestión política en el sentido más original de la palabra. No encontraremos entonces sofisticadas adaptaciones del espacio habitable. Desde el pasado tribal, la austeridad fue la característica más sobresaliente de la griega sobre su hábitat, ejemplo exaltado lo da Esparta; y esta actitud se mantiene hasta la dominación macedónica.

2. LA POLIS

"La civilización de los fenicios no fue más allá de los comienzos de la ciudad-estado. La perfección de la ciudad-estado sagrada, la polis, la lograron dos grandes pueblos del mundo clásico, los griegos y los romanos. Y esta perfección de la polis significa mucho más; antes que nada, significa el establecimiento de una ciudad auténtica, y después el de un verdadero estado. Significa el principio de la democracia, la primera forma de autonomía de un pueblo libre consciente de sí. Conduce al conocimiento de sí mismo de parte del ser humano; esto supone el concepto del individuo, y junto con él, el concepto de la humanidad unificada" (KAHLER, 77).

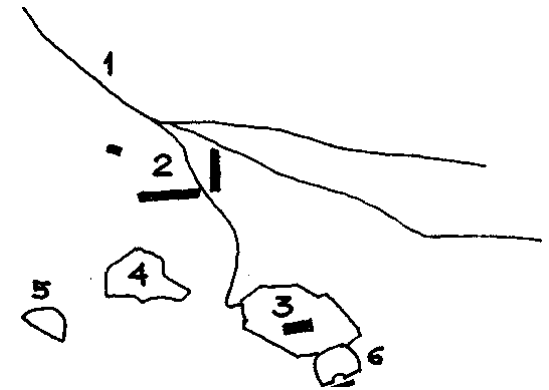
Esta ferviente adhesión a la ciudad-estado que los griegos llamaron "polis" es compartida por la mayoría de los estudiosos. Sin embargo, las evidencias aconsejan algunas limitaciones en los desbordes de admiración. Primero, la polis permitió el desarrollo de la democracia, pero con características diferentes a las

que el mundo moderno busca en la democracia actual; segundo:

"La Atenas del siglo V nos provee el primer ejemplo adecuadamente documentado de un gobierno popular, (pero) su carácter popular no debe ser exagerado. En primer lugar, las mujeres no tuvieron lugar en la vida pública. Las viudas de los ciudadanos estaban casi tan completamente recluidas como las mujeres lo están en los países islámicos; y frente a la ley estaban en una posición peor que la de sus hermanas de Asiria y de Babilonia. Segundo, la ciudadanía era un privilegio hereditario del cual estaban rigurosamente excluidos los residentes extranjeros. Aunque en la estimación de Comme estos totalizaban un décimo de la población y constituían la mayoría de los artesanos y manufactureros. Finalmente, la industria estaba basada en la esclavitud; aun el pequeño granjero tenía generalmente un esclavo o dos, y la mayoría de los obreros de las minas y de las fábricas y hasta los policías eran esclavos. Aunque los ciudadanos trabajaban en las granjas, desempeñaban oficios, tomaban pequeños contratos de obras públicas o trabajaban como asalariados de otros ciudadanos, y aún lo hacían en las minas, su ocio para la política y la cultura estaba asegurado principalmente a costa de sus mujeres, los extranjeros sin participación en el gobierno y los esclavos que no tenían ningún tipo de derecho" (CHILDE, 207).

No podemos olvidar pues, aún dentro de la admiración que la cultura griega se merece, que parte de la admiración por la polis está basada en una fantasía nacida de las expectativas puestas en la democracia moderna.

"...el pueblo ateniense fue en un sentido solamente una clase dirigente excepcionalmente extensa y diversificada. La apariencia de democracia económica se logró no tanto por una distribución equitativa de la riqueza que produjo, sino utilizando procedimientos de explotación para mitigar la pobreza de sus secciones pobres. Cuando el abastecimiento exterior se terminó



Esquema de la ciudad de Atenas: 1. Vía panatenaica. 2. Ágora. 3. Acrópolis. 4. Areópago. 5. Pnix. 6. Teatro de Dionisio.

por la pérdida del imperio, el conflicto entre pobres y ricos se expresó nuevamente en violencia. En lo que siguió Atenas perdió su completa autonomía y retornó a una oligarquía moderada con apoyo extranjero..." (CHILDE, 207).

La polis fue una organización distinta a la de las sociedades urbanas orientales, cuya función principal era la administración religiosa y monárquica de un territorio extendido, sometido al poder de los habitantes de la ciudad. Luego de la ruptura de los vínculos paternalistas familiares y monárquicos, la organización de la polis tendía a asegurar a cada uno de sus integrantes un alto grado de participación social y a partir de este objetivo se estructuraron los grupos y se fijaron los roles de cada uno de los elementos actuantes, siendo la célula social el ciudadano, un individuo nacido en el territorio común y ligado a los otros por la cohabitación (sinoicismo); las normas que regulaban la conducta del ciudadano y los valores que las justificaban apuntaban todos al mismo propósito. La sociedad de la polis fue una sociedad "cara a cara" donde las relaciones entre los individuos eran inmediatas y no requerían instituciones mediadoras, esa fue, creo, la característica más admirable de la democracia ateniense. Para llegar a esta situación hubo de superarse la etapa de la ciudad "oligárquica" de los tiempos homéricos, cuya característica más notable fue la vigencia de dos principios de unión: "La unidad territorial y la autoridad de un príncipe o de un senado. En una confederación de familias, los agentes colectivos que ejercen el control social son los jefes de familia o de clan. El consejo es la institución que los une, sean cuales sean los poderes que en su seno ejercen los jefes. En la ciudad cambia la estructura de la acción colectiva y la del poder, al mismo tiempo que la organización social y la del espacio. Se construye la ciudadela, se establece un gobierno sólido, que dispone de una fuerza propia. Al mismo tiempo, las familias y clanes deben dejar de desempeñar su antiguo papel, con lo que la vieja preponderancia patriarcal se debilita con el plano social y espacial. En

las primeras ciudades griegas, los esclavos, libertos, extranjeros e incluso los hombres libres del pueblo se encuentran en una situación muy diferente a la de los nobles —la aristocracia—, poseedores de ese bien por antonomasia que es la tierra. La ciudadela y el príncipe garantizan la protección del país y también el dominio de los grandes propietarios sobre las tierras que rodean a la ciudad; garantizan la propiedad y la dominación de la aristocracia con respecto al demos" (LEDRUT, 31).

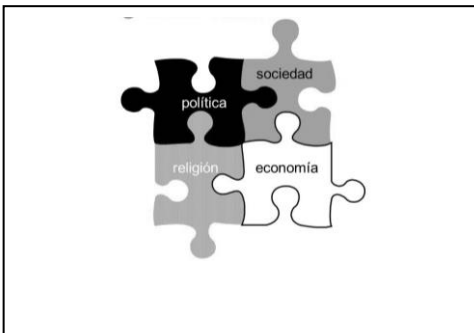
Es la clase dominante, la propietaria de la tierra, la que establece las condiciones de subordinación del pueblo "masa de los que no tienen ninguna parte en el consejo" como decía Homero, el que agregaba: "cuando se es pueblo no se cuenta".

"Hay que hacer notar que la organización social del espacio urbano corresponde a esa división de patricios y plebeyos. En todas las ciudades de este tipo hay un barrio aristocrático, inmediato al lugar de reunión de los consejos y próximo a los acantonamientos de las fuerzas militares y policíacas" (LEDRUT, 34).

La ciudad, aristocrática o "patricia", como la llamó WEBER, fue sustituida por la polis democrática, cuyas bases institucionales fueron dadas en Atenas por Clístenes (520 a.C.) y que en tiempos de Pericles llegó a concretarse en el modelo más desarrollado de la democracia griega.

"La polis es primero, una ciudad enteramente desarrollada, una comunidad de gente, un lugar sólidamente establecido en la tierra, donde la gente vive junta y los hombres tratan entre sí a un pie de igualdad, donde se consultan unos a otros sobre asuntos de interés común, y donde compiten y comercian libremente por el poder y la riqueza. Pero una polis no es sólo una ciudad, no es lo que llamamos ahora así, una parte incorporada a una unidad más grande y superior, una parte subordinada a un estado o nación. Una polis no es sólo una ciudad, sino al mismo tiempo una unidad política y religiosa completa; supone soberanía religiosa y política" (KAHLER, 77).

CI Sociedad



En resumen, la polis era jurídicamente un estado, emocionalmente un pueblo, un país y su gente constituía una nación.

Este conjunto social requería espacios adaptados para sus actividades. Los griegos, para quienes el concepto de vacío era análogo al de "caos", es decir, lo opuesto al "orden", no concebían el vacío, no tenían, por ejemplo, una palabra para designar al espacio como algo no corpóreo; en su sistema numérico no conocían el cero. Su concepción del espacio preferenciaba a lo lleno sobre lo vacío, el volumen sobre el fondo, en resumidas cuentas, lo corpóreo. Por eso el espacio debía tener límites. La polis debía estar limitada y su extensión era aquella dentro de la cual todos podían establecer una relación inmediata y personal. Una medida propuesta fue el número de ciudadanos que podían reunirse en un teatro y a quienes podía llegar naturalmente la voz de un orador. Así determinó Platón el tamaño de su ciudad ideal. La reunión y el encuentro determinaban la calidad y la extensión del espacio necesario para la polis.

Desde un principio la ciudad fue para los griegos, la residencia de los hombres, no la de los dioses o la de los reyes sagrados, su función no fue ni el culto ni los servicios de la corte, como lo fue en las ciudades orientales; su función fue la de posibilitar y estimular la comunicación entre los ciudadanos.

En la Grecia antigua tenemos una ciudad dondequiera que nos encontremos en presencia de una comunidad organizada, que posea instituciones políticas autónomas, bien definidas, con una asamblea, un consejo, magistrados, un estatuto político del ciudadano, un conjunto de creencias religiosas comunes y, en la aglomeración principal, los edificios que permitan la realización de esas funciones. El agrupamiento autónomo de los ciudadanos y el ejercicio de las funciones político-religiosas deben constituir el elemento esencial de toda definición de la ciudad griega, sea cual fuera la importancia numérica de ese agrupamiento, la extensión territorial de la

ciudad y el carácter monumental de los edificios" (MARTIN, 1956,31).

La polis, el elemento más importante de la cultura griega, es en un aspecto espacial, el lugar de encuentro y residencia. Desde un principio, la asociación familiar y tribal se basó en el reparto de las tierras productivas mientras la residencia se fijaba en un lugar menos extenso y común: la villa, que permitía, no solo la defensa contra los ataques enemigos, sino el encuentro y la relación personal inmediata. El territorio ocupado por la villa se dividía en solares, cada uno de los cuales pertenecía a una familia. Esta residía allí y el solar era su territorio privado, dominio que el fuego sagrado simbolizaba. El solar más la parcela de tierra cultivable era la posesión privada básica. Los solares se agrupaban en forma compacta y ocupaban la mayor parte de la superficie de la ciudad. La ciudad era lugar de residencia de los habitantes rurales, no a la inversa como sucedió en la Edad Media.

En la ciudad griega nunca llegaron a distinguirse los habitantes rurales de los residentes urbanos: el hábitat rural y el hábitat urbano tenían los mismos usuarios. Ciudad y campo eran elementos interactuantes y constituyentes por igual del estado. Todo ciudadano era un campesino, o por lo menos un propietario agrícola y aún en el período de mayor desarrollo económico de Atenas, el comercio y la industria, actividades características de las ciudades medievales y modernas, eran ejercidas principalmente por los "metecos", los extranjeros y no por los ciudadanos. Esta inexistencia de oposición entre campesinos y ciudadanos es quizá, la causa de la ausencia de murallas en las ciudades griegas. La ciudad griega no fue nunca asediada por campesinos, cuando se amuralló en el período heroico, fue para proporcionar un refugio a todos (campesinos o no) frente a la invasión extranjera. En general, como los dueños de la ciudad fueron siempre los campesinos, las murallas no fueron necesarias y Esparta es un ejemplo claro de ello. En la génesis de las agrupaciones humanas griegas

está el sinoicismo (sin: con; oikos: habitar), término con el que se designó el agrupamiento de varios clanes familiares, de allí que las primeras necesidades espaciales fueran las de explotación y residencia; reparto de tierras cultivables y asignación de solares en la villa.

La unión o la cohabitación se realizaban bajo la advocación de un dios, el que tenía su residencia en un accidente natural; árbol, fuente, río, promontorio. Sin embargo, el carácter sagrado que estos lugares pudieron tener no impidió que, con el tiempo, se designaran con ese carácter otros espacios, como el del Acrópolis, destinados a las actividades del culto. Allí se levantarán los templos, pero no con el carácter de residencia o casa de los dioses, sino como símbolo de su existencia. Ni Atenas, ni Apolo, ni Zeus residían en los templos a ellos dedicados. Eran espacios instrumentales necesarios para la liturgia, pero no espacios cuyo señor efectivo fuera el dios. En el proceso del sinoicismo la divinidad actúa como un factor de unión y el espacio que se le asigna en la ciudad será el determinado por las necesidades humanas del culto y por las necesidades divinas del dios.

La primera necesidad espacial es la distribución de los terrenos cultivables cuya propiedad está en el origen del fuerte rasgo aristocrático que, aún en tiempos de la democracia, ha de tener la cultura griega. Los solares ciudadanos se asignan sin un orden previo, la mayoría de las primitivas ciudades griegas son una acumulación de viviendas pegadas unas a otras, agrupadas en islotes (ínsula) enhebrados por callejuelas espontáneas y tortuosas. Los solares urbanos tienen el tamaño estrictamente necesario para las viviendas y con excepción del patio central, todos los espacios no cubiertos son los espacios públicos.

Durante todo el desarrollo de la ciudad griega, hasta su apogeo en el período helenístico, la vivienda es considerada un bien de uso, lo que no significa que no hubiera acto de compra y venta de bienes inmobiliarios. En general la vivienda no fue preponderantemente una mercancía, un bien de cambio

con el cual se podía lucrar. Ni la venta ni el alquiler eran motivos de la construcción de viviendas y éstas se construyeron para satisfacer estrictamente las necesidades habitacionales de sus dueños, las que, como veremos más adelante, fueron de una austeridad rayana en la pobreza.

3. LOS ELEMENTOS MORFOLÓGICOS DE LA POLIS

Del carácter mismo de la organización social de la polis se deducen sus necesidades espaciales: estas fueron primordialmente las destinadas a los actos o actividades públicas. De allí que los elementos constituyentes de la morfología urbana fueran principalmente los espacios públicos o dicho con más precisión, los espacios sociales. La agrupación de hogares en los barrios no fue un factor determinante en la configuración, las ciudades, la vivienda era necesaria, pero no era una necesidad espacial privilegiada por la polis. Por otra parte, el ágora, los edificios públicos, el teatro y los territorios sagrados de los santuarios (el Acrópolis, por ejemplo) sí fueron las respuestas espaciales a las necesidades cívicas (políticas) y por lo tanto constituyen los principales elementos morfológicos de la ciudad griega. Las calles y los barrios no tenían la función de condensadores sociales que más tarde haría de ellos los principales elementos de las ciudades europeas. Los espacios y los edificios públicos cumplían con esa función, lo que se hace más entendible si consideramos que Atenas, aún en el momento de mayor expansión no cubría más de cuatro kilómetros cuadrados y en esta inmediatez espacial; la distancia que separa a un barrio de otro, que los hace lejanos y que por lo tanto alienta el desarrollo de características particulares a cada barriada con respecto a las otras, no existía en las ciudades griegas, por lo tanto los barrios se diferenciaban muy entre sí y la población entera se reunía con facilidad en los espacios sociales que estaban todos al alcance de una corta y cómoda caminata.

3.1. El ágora

La reunión, el encuentro y la comunicación resultantes fueron el motor social de la polis;

"Así, desde el comienzo, no el templo y el palacio, sino el ágora, fue el centro de la comunidad donde la gente se reunía y platicaba todo el día" (KAHLER, 86). El ágora es el lugar cívico por excelencia, junto a ella se encontrarán los organismos de gobierno y así como la Acrópolis es el territorio sagrado de los dioses ciudadanos y simboliza físicamente la reunión concretada en la ciudad, el ágora es el territorio del encuentro, de las charlas, del intercambio de opiniones y del comercio. El ágora no tiene funciones simbólicas de la unidad ciudadana, pero en ella se practica esta unidad, se transforma en una realidad social.

Esta función de condensador social, hace que en el ágora encontremos todos los tipos de actividades: políticas, religiosas y económicas. En el ágora del barrio de la Cerámica, en Atenas, se celebraron durante mucho tiempo las reuniones de la Asamblea, hasta que éstas se trasladaron al Pnix.

En esta misma ágora se representaron los primeros dramas religiosos en honor de Dionisos, pero al fin la muchedumbre de paseantes y comerciantes obligó a que estas representaciones se llevaran a cabo en la ladera sur de la Acrópolis, en el santuario de Dionisos Eleuterio.

"Únicamente el mercado permaneció en el ágora. No obstante, los miembros del Consejo (Bulé) y los pritanos tenían allí su lugar de reunión, y la asamblea de ciudadanos podía celebrarse a veces en ese sitio". (FLACELIERE, 12).

En suma, el espacio del ágora acogía a un sinnúmero de actividades, era, en ese sentido, plurifuncional; pero en todas ellas puede reconocerse un rasgo común, el encuentro entre los ciudadanos.

"En una comunidad de unos cientos de ciudadanos, agrupados en familias y en clanes, con el sentido de pertenencia al grupo aún vivo entre ellos, prevalecía una igualdad basada en el compañerismo. Cada cual

conocía a cada cual de vista, ricos o pobres, dirigentes y dirigidos, se mantenían en una relación personal directa de unos a otros" (DE BURGH, 192).

Esta es la relación para la cual existía el ágora y de la cual era el instrumento espacial. Más tarde, en la historia europea, las calles y las plazas-mercados tendrán esta función, como la tenían en las ciudades orientales contemporáneas de la antigua Grecia. En Grecia el ágora es el único centro cívico y cuando aparecen las funciones comerciales son siempre accesorias. GUTKIND (507) resume así la función del ágora:

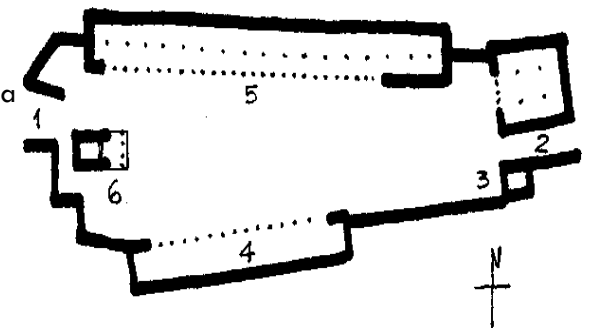
"El sinoicismo es independiente de la fundación de una nueva ciudad o de la existencia de fortificaciones: es una unificación social y política que requiere como instrumento funcional un lugar donde esta unificación pueda ser realidad. El ágora es así idéntica con la polis. Ninguna puede existir sin la otra".

Esta función política explica porqué la mayoría de los actos religiosos, íntimamente ligados a las actividades cívicas, se desarrollaron en el ágora. Allí se llevan a cabo los juegos relacionados con los ritos funerarios y el culto a los dioses.

Durante el siglo de Pericles, en Atenas, el ágora perdió parte de sus funciones cívicas al adquirir predominancia las funciones comerciales, pero Atenas es ya casi una metrópolis, ya no es más la polis tal como la idealizara Platón; ha crecido más allá del límite óptimo para asegurar las relaciones "cara a cara" y las actividades comerciales tienen escala internacional. Entonces el ágora se transformó parcialmente en plaza de mercado y asume las funciones del emporio.

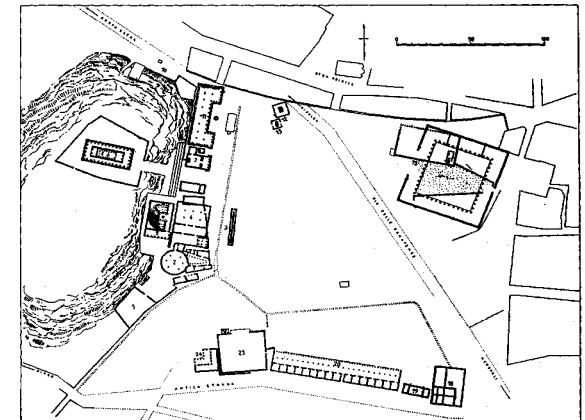
"En general, la introducción de funciones económicas en el ágora, fue tenida como una degradación de la idea pura y original de ese espacio, aún donde las actividades políticas y comerciales existieron codo a codo en el mismo lugar, se construyeron grupos especiales de edificios para los tenderos, mercaderes y cambistas.

De todos modos, la especialización del ágora fue

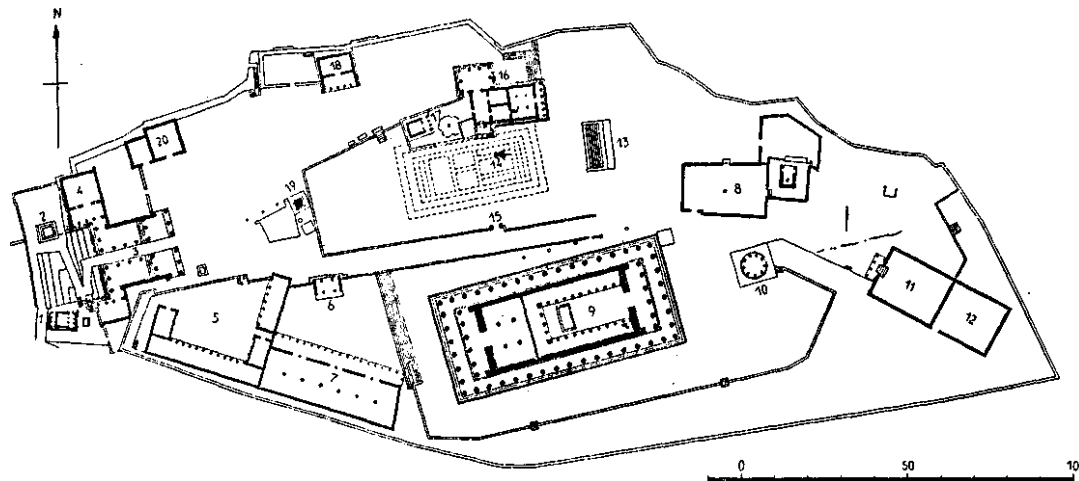


Esquema del Ágora de Assos

1. Entrada Oeste
2. Entrada este
3. Cisterna
4. Baños
5. Stoa
6. Templo



Ágora de Atenas en el 300 a.C.: 1. Strategion; 2. Tholos; 3. Héroe Eponimos; 4. Metron; 5. Buleterio; 6. Hefesteion; 7. Templo de Apolo; 11. Stoa de Zeus; 19. Fuente de Stoa Sud; 24.



Planta del Acrópolis en la época de Augusto, -según Stevens-: 1. Templo de Atenea Nike; 2. Monumento de Agripa; 3. Propileos; 4. Pinacoteca; 5. Brauron; 6. Propileo del Partenón; 7. Calcoteca; 8. Santuario de Zeus; 9, Partenón; 10. Templo de Roma y de Augusto; 11/12. Pandionion; 13. Altar de Atenea Polias; 14. Templo viejo de Atenea Polias; 15. Entrada al Santuario de Atenea Polias; 16. Erecteion; 17. Pandroselón; 18. Casa de los Arreforos; 19. Atenea Promacos; 20. Tiendas.

mantenida estrictamente en los proyectos teóricos de las ciudades ideales y sostenida por los filósofos"6 (GUTKIND, 511).

Tanto Platón en su República como Aristóteles en su Política, enfatizan el carácter religioso (político) del ágora y lo separan del mercado, a los que sitúan, como a los antiguos emporios, en un sitio periférico de la ciudad.

Muchas veces esta distinción se concretó en la existencia de dos ágoras: (tal como la aconsejara Aristóteles) una comercial y otra cívico-religiosa; durante el helenismo esta característica se hizo general. Mientras existió polis, existió ágora. MARTIN (1956, 32) considera que: "bordeado en uno o en varios lados de edificios administrativos: sala de consejo, archivos, pórticos donde se sentaban los tribunales y los magistrados, (el ágora) es un elemento esencial de la estructura urbana; es tan indispensable como la acrópolis: materializa, en el cuadro urbano, las funciones y la conciencia política de la comunidad".

En suma, el ágora está tan ligada a la existencia de la polis, que Pausanias, no reconoce rango de ciudad a aquella que no posea un ágora y de hecho, mientras muchas ciudades griegas carecieron de acrópolis, ninguna careció de ágora.

Con la anexión de las ciudades griegas al imperio macedónico, la polis fue integrada en un sistema político

más extenso y perdió su razón de ser, su muerte fue también la muerte del ágora.

Sin embargo, y a pesar de su importancia, el ágora no subordinó morfológicamente a los otros espacios urbanos. En la mayoría de las ciudades griegas aparece ubicado dentro del tejido urbano como un hecho aislado, no puede reconocérsele un lugar asignado en relación al todo; no es central, no es periférico, aparece espontáneamente en cualquier parte. No se integra en un orden espacial urbano ni como subordinante ni como subordinado. Al contrario de la acrópolis, que tiene una ubicación preeminente física y visualmente preeminente; el ágora tiene una ubicación imprecisa y factorizada.

3.2. Los territorios sagrados y los espacios religiosos

La ciudad griega nació de la asociación de varios grupos tribales y se conformó como un conjunto de hombres libremente asociados. La ciudad griega no estaba al servicio de una divinidad, no era una "cosa sagrada" en cuanto a pertenencia de los dioses, tal como ocurría en las ciudades orientales donde la ciudad existía en función del dios y del rey-sacerdote imbuido de calidad divina. La ciudad griega era una factura esencialmente humana que implicaba la presencia de los dioses, pero no se subordinaba a ella. En el origen de las ciudades helénicas la vinculación política y los lazos religiosos se hacían presentes equilibradamente. Los dioses no eran los dueños de la ciudad sino sus patrones y como a tales se les adjudicaba un lote en el tejido urbano.

Los centros religiosos aparecen así dispersos dentro del territorio de la ciudad, a lo sumo se los encuentra agrupados en un santuario. No son elementos directores del orden urbano, como la catedral gótica lo fue de la ciudad medieval. El santuario griego no determina ni está determinado por ningún trazado urbano.

"Lo más frecuente es que no tenga relación con él (con ningún plan, director), dado que su emplazamiento se ha decidido por razones que no son las arquitectónico-urbanísticas.

La naturaleza de las divinidades, tradiciones lejanas, los remanentes culturales más primitivos explican generalmente la elección del sitio religioso y dan cuenta de la estructura arquitectónica del santuario" (MARTIN, 1956, 253).

La Localización de los sitios sagrados: templos y lugares de culto, responde a fenómenos espontáneos, antiguos, previos al desarrollo morfológico de las ciudades y por lo tanto resultaron elementos extremadamente factorizados del sistema espacial urbano. Aún en los casos en que existió un "trazado regulador" se mantuvo este espontaneísmo.

"En las villas de inspiración milesiana, donde la red de calles corta al lugar en lotes regulares, los santuarios se encuadran en las mallas del tejido sin desempeñar un papel privilegiado. Los dioses reciben, al igual que los humanos, su lote, donde serán levantadas sus residencias. En Priene, no es por su acción sobre el trazado del plan, que el templo de Atenas tiene un papel preponderante; el témenos ha recibido apenas dos insulae y una sola ha sido consagrada a Zeus. En Mileto, el Delphineón ocupa dos manzanas al igual que el templo de Atenas; los dioses reciben menos espacio que los centros administrativos o políticos. No más en las ciudades nuevas que en aquellas de evolución lenta, los edificios religiosos no influyen sobre los ejes principales, ni determinan largas avenidas que los reunirán o que establecerían entre los santuarios y los lugares públicos una relación arquitectónica de gran efecto..."

"...un rápido vistazo sobre el conjunto de planes reguladores helenísticos, confirma esa independencia de los santuarios en el interior del trazado; son tratados por sí mismos, en virtud de su función específica, pero no intervienen como centros de atracción, ni como elementos directores del plan" (MARTIN, 1956, 255-6).

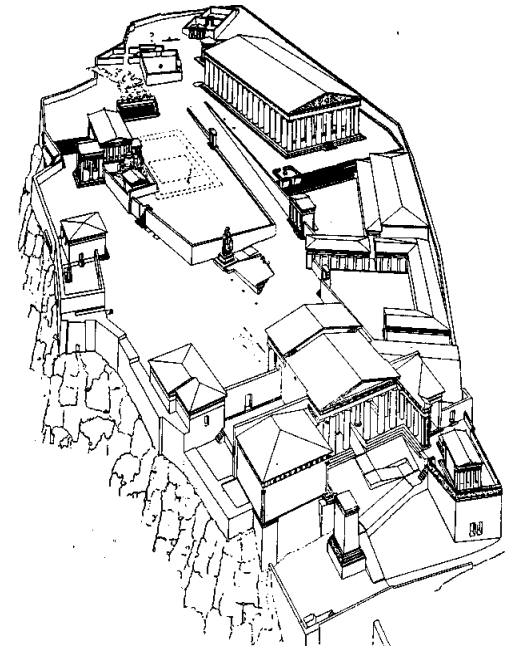
En muchos casos, y entre ellos se cuenta el de Atenas con su famosísima Acrópolis, las funciones religiosas se concentraron, con el correr del tiempo, en sitios elevados, donde en los orígenes de las ciudades, en los

tiempos micénicos, se encontraba la ciudadela. No todas las ciudades griegas contaron con esta "ciudad alta" y por ello no puede afirmarse que su presencia sea un rasgo típico del urbanismo griego clásico. Estos lugares tuvieron en un principio, funciones defensivas. Con el tiempo se transformaron en un territorio sagrado exclusivamente dedicado a los dioses y así la acrópolis se transformó en un símbolo de la ciudad, símbolo histórico de la reunión original, cuando cada familia reunida en clanes y tribus, sin dejar de lado la adoración de sus dioses domésticos, se unió a otras bajo la advocación común de una misma divinidad, tal como ocurrió cuando Teseo unió a las tribus del Ática en una nueva comunidad política con una divinidad común: Atenas Folias.

"Cualquiera sean los orígenes de las funciones religiosas anexas a la Acrópolis, supervivencia de cultos micénicos, tradiciones políticas, culto a los lugares altos, etc. se fijan en el siglo VI a.C. Thasos, Mitilno, Assos, Samos, etc., son ejemplos entre muchos otros; funciones defensivas y religiosas se yuxtaponen". (MARTIN, 1956, 80).

Los templos griegos no fueron la residencia de los dioses, nunca se concibió que los templos fueran la morada de los dioses del modo que Jehová utiliza como morada el templo construido por Salomón: "Habitare en medio de los hijos de Israel, en esa casa que estás construyendo, y no abandonaré a mi pueblo" (1 REYES, 6).

El templo era un símbolo necesario para la invocación y para el culto, y cumplía funciones tan pragmáticas como la de ser el depósito del tesoro del dios. Los territorios sagrados, sin embargo, eran accesibles a cualquier ciudadano y no eran necesariamente los únicos espacios dedicados a las actividades litúrgicas. Dentro de ellos lo que se excluía era la residencia, pero no la presencia humana. Pero no debemos olvidar que, a pesar de la existencia de territorios sagrados, de santuarios y de templos aislados, las actividades religiosas se realizaban de hecho en cualquier espacio público de la polis.



Reconstrucción de Acrópolis de Atenas, la ciudad alta de Atenas alberga el mayor esfuerzo constructivo de la Grecia clásica. Ferieles animó sus obras y Fidias, Ictinos, Calícrates y Mnesicles fueron sus realizadores.

CI

3.3. Los edificios de gobierno

El sistema democrático griego, que tiene su mejor modelo en la Atenas de Pericles (495-424), operaba en forma directa en la asamblea popular (ecclesia, del verbo ek-kalein: convocar, llamar a reunión) integrada por todos los ciudadanos. Durante Pericles se contaban en Atenas 250.000 hombres libres, de los cuales 50.000 eran ciudadanos activos. No todos concurrían a las reuniones de la Asamblea, para las cuales sólo se precisaba la presencia de 6.000 ciudadanos y que se efectuaban con frecuencia semanal. Desde las reformas sucesivas de Clístenes, Efíletes y finalmente Pericles toda la soberanía de la ciudad-estado residía en la Asamblea. Ningún cargo individual estaba por encima de ella y Pericles, cuyo único cargo público era el de estrategia, sólo necesitó triunfar constantemente en la asamblea para dirigir la política ateniense durante casi treinta años.

Tucídides registra las palabras de Pericles que retratan muy bien a esta democracia "cara a cara":

"Nuestra forma de gobierno no rivaliza con las instituciones de otros. No copiamos a nuestros vecinos, sino que somos ejemplos para ellos. Es verdad que somos llamados una democracia, por que la administración está en las manos de los más y no en la de los menos. Pero mientras la ley asegura una justicia igual para todos en sus disputas privadas; el reclamo de la excelencia es reconocida, y cuando un ciudadano se distingue en algo, se lo prefiere para el servicio público, no como una cuestión de privilegio, sino como una recompensa al mérito... Solamente nosotros consideramos al hombre que no tiene interés en los asuntos públicos, no como un inocente inocuo, sino como un inútil".

La vocación de servicio público no se discutía, gran parte de la virtud (arete) de un ciudadano dependía de su accionar político, de su devoción por las cosas de la polis. La libertad individual era considerada anárquica, y si por libertad individual entendemos la primacía de los intereses individuales sobre los colectivos, esta no existió en la democracia griega,

cuyo objetivo era, sin embargo, alcanzar a través del esfuerzo común el bienestar y la formación del ciudadano.

Para el ejercicio de las actividades cívicas se destinaron muchos espacios, pero, curiosamente, ninguno fue adaptado especialmente para las reuniones del órgano máximo de gobierno: la asamblea. En Atenas, las reuniones de este organismo tuvieron lugar, en un principio en el ágora, más tarde en la colina del Pnix ("donde la gente se hacina") y por último en el teatro de Dionisos.

La asamblea era la depositaria de la soberanía del estado ateniense, el organismo máximo de gobierno, de ella se desprendía, por sorteo, el Consejo o Bulé, integrado por 500 ciudadanos y encargado de los negocios del estado y de la preparación de las leyes que la asamblea había de discutir. El Bulé sí contaba con un edificio donde efectuar sus reuniones: el buleterio. Las reuniones del consejo eran diarias y a pesar de ello se hizo necesaria la presencia de un cuerpo de mayor ejecutividad, el pritaneo, integrado por 50 miembros del Bulé pertenecientes de una misma tribu. Cada pritaneo actuaba durante una décima parte del año (el consejo estaba integrado por 10 tribus) y se ocupaba de los asuntos administrativos corrientes de la polis. El pritaneo también, tenía, en ocasiones un lugar propio de reunión. Sin embargo, los tribunales de jurados (heliea) no contaban con espacios adaptados especialmente para sus reuniones y éstas debían efectuarse en la stoas o columnatas que bordeaban el ágora.

3.4. El Gimnasio

En el proceso educativo griego la educación física tenía una consideración preponderante, su importancia por lo menos igualaba a la educación literaria.

"El trivium de la educación griega se componía de: gimnasia, letras y música; la enseñanza de las letras y de la música se realizaba en la propia casa del gramatista y del citarista, es decir, no existían espacios

especialmente adaptados para estas actividades. La gimnasia, impartida por el pedotriba, requería espacios especialmente adaptados a su ejercicio; estos fueron las palestras, que eran:

"En lo esencial un terreno de deporte a cielo abierto, de forma cuadrada y rodeado por muros; en uno o en dos de sus costados se hallaban cuartos cubiertos que hacían de vestuarios, de salas de reposo munidas de bancos, de baños, de depósitos de aceite y arena, por cuanto veremos que el aceite y la arena eran necesarios para los ejercicios físicos de los griegos. La palestra estaba adornada con bustos del dios Kermes, patrono de los gimnasios. Podía servir de marco a todos los deportes, salvo las carreras pedestres, que debían practicarse en un terreno más extenso (el estadio)" (FLACELIERE, 117).

Eran muchos los deportes que se practicaban: la gimnasia propiamente dicha, los movimientos rítmicos, la lucha", la carrera, el salto, el lanzamiento-del disco y el de jabalina. Pero el principal deporte era la lucha (palé) de quien tomó su nombre el recinto.

Los gimnasios fueron, como lugar donde se reunía la juventud, los centros educativos por excelencia.

"Las ciudades no poseían escuelas, ni universidades; son los gimnasios los que se transforman en centros de educación, en los que, en épocas pretéritas, se daba principalmente una educación puramente deportiva y militar. Los maestros de la juventud griega, sofistas y filósofos, dispensaban sus enseñanzas a la clientela de los gimnasios. Las universidades de la Grecia antigua se desarrollaron alrededor de las pistas y las palestras. ¿No es significativo que los nombres de los tres principales gimnasios de Atenas estén asociados con las más célebres escuelas filosóficas del siglo IV a.c.: Platón y la Academia al gimnasio de Academos; Antístenes y los cínicos al Gimnasio de Cynosargues; Aristóteles y los peripatéticos al gimnasio de Liceo?" (MARTIN, 1956,276).

Los gimnasios cumplen así, como la mayoría de los espacios arquitectónicos griegos, funciones más extensas que las originales. En la stoa del ágora las

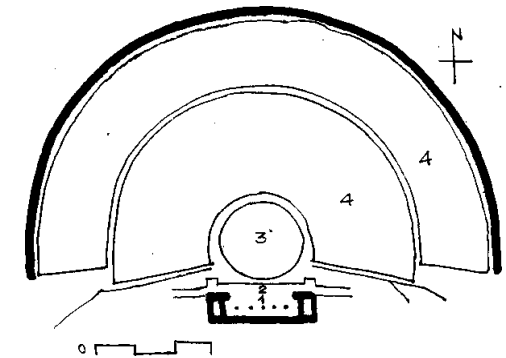
cuestiones culturales se debatían libremente entre adultos, en los gimnasios este debate tenía intenciones pedagógicas; la juventud recibía allí una enseñanza más sistemática, aunque no sometida a cánones formales.

3.5. El teatro

En el teatro nos encontramos una vez más con un espacio destinado a actividades cuya naturaleza es variada: el teatro no sólo sirve para satisfacer las necesidades de la puesta en escena de los dramas, sino que allí se realizan actos religiosos y políticos. Es una evidencia más de que en la ciudad griega, todo espacio adaptado para reunirse, sirve para cualquier actividad de encuentro, a pesar de su especialización. Las actividades teatrales están indisolublemente ligadas a las religiosas, toda representación dramática tenía lugar en un santuario dedicado a Dionisos, pero, a pesar de este origen religioso el teatro griego fue, poco a poco, ajustándose a propósitos cívicos y políticos.

El mecanismo por el cual se producían las obras: elección de un corega (encargado de financiar las representaciones); un poeta (autor y director) y los actores (protagonistas); estaba en manos de los arcontes. Esto condicionó fuertemente el contenido de las representaciones. Los espectáculos tenían una importancia sobresaliente.

"Los atenienses que seguían de cabo a rabo las Grandes Dionisiacas asistían a quince y aún a diecisiete piezas en cuatro días, o sea a la audición de unos veintisiete mil versos, recitados o cantados" (FLACELIERE, 234).



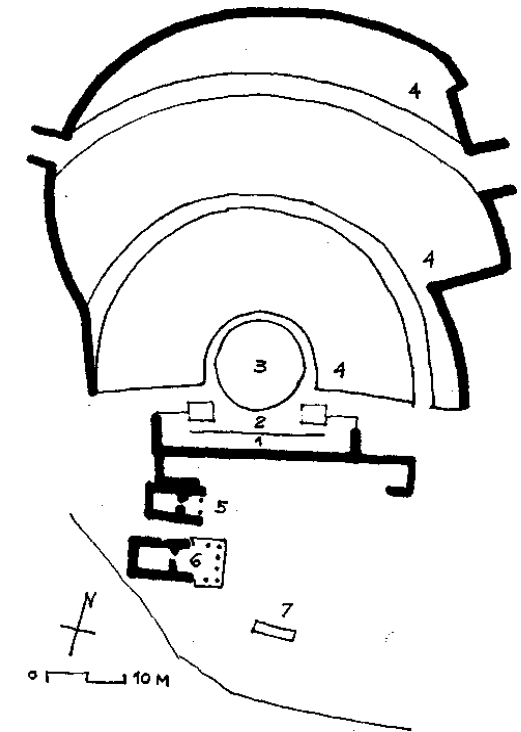
Esquema del teatro de Epidauro

Esta inmensa concentración de la atención popular hizo del teatro un instrumento de comunicación colectiva de primera importancia.

Junto con los discursos en la Asamblea, fue el medio más persuasivo de que dispusieron los dirigentes griegos para adoctrinar a sus conciudadanos. El corega era generalmente un ciudadano rico que ya que sufragaba los gastos de la producción de la obra no desperdiciaba la oportunidad de presentar su mensaje (o el de su partido); aunque su acción, dado que las representaciones tenían carácter competitivo, estaba sometida a juicio, del que resultaba la censura o el elogio.

"En el teatro de las fiestas solemnes posee la polis su más valioso instrumento de propaganda; y, desde luego, no lo entrega sin más al capricho de los poetas. Los poetas trágicos están pagados por el estado y son proveedores de éste... La tragedia griega era, en el más estricto sentido de la palabra, teatro político"; el final de las Euménidas, con su ferviente oración por la prosperidad del estado ático, prueba cual era su principal finalidad" (HAUSER, 112).

Clístenes, al instaurar el culto de Dionisos para suplantar los cultos aristocráticos y Pisístrato creando las dionisiacas en Atenas, persiguieron, más que objetivos religiosos, fines políticos. El teatro fue entonces una necesidad política y un poderoso instrumento de endoculturación, el que no podía dejar de tener un espacio apropiado dentro de la ciudad.



Esquema del Teatro de Dionisio Eleuterio 1. Escena. 2. Proscenio. 3. Orquestra. 4. Gradas. 5. Templo viejo. 6. Templo nuevo. 7. Altar.

Roma: Territorio, ciudad y arquitectura en la antigüedad

Aparición mundial de Roma

Avanzado ya el último milenio AC, el ámbito mediterráneo asiste a la lucha por el control del comercio mundial en la cual, el helenismo es solo uno de los competidores. Esta lucha apunta a controlar recursos económicos tanto como la circulación de los bienes.

La Helade desarrolla una política de fundación de enclaves coloniales, sobre todo costeros. Naucratis, el asentamiento de los comerciantes griegos en Egipto, se sitúa en la zona del delta del Nilo, reflejando notoriamente su misión exportadora de la producción alimentaria de la región. En el Mediterráneo Occidental, se funda toda una cadena de colonias en la llamada Magna Grecia (Sicilia y Sur de Italia y en las regiones de Francia (como Marsella) y España (Ampurias)

La fundación de Agrigento, en 580 AC, indica un completamiento de esta fase, que además se ve obstaculizada por los rivales en ese sector del mediterráneo. Estos rivales eran los Etruscos que dominaban el Tirreno y la federación de ciudades de origen fenicio hegemонizadas por Cartago, que dominaban el norte de África y España.

La ciudad estado romana, como tal, aparece hacia el siglo VIII AC cumple en la zona un papel análogo al de las fuerzas macedónicas de Alejandro en Oriente.

Para ello, se hace cargo del papel que deberían haber cumplido las colonias helénicas de la Magna Grecia, y se enfrenta exitosamente a las potencias etruscas, cartaginesa v. además a las mismas colonias griegas de Occidente, absorbiendo finalmente todo el Mediterráneo Occidental. Hacia el fin de la segunda guerra púnica, este proceso ya está, en lo fundamental, cumplido. Son los fines del siglo III AC y Roma ya posee las provincias de Sicilia, Córcega v Cerdéla, España, La Galia Cisalpina, y desde luego, toda la península itálica.

Casi de inmediato, las miras romanas darán un giro de 180° grados, hacia el Mediterráneo Oriental, en el que, desde Alejandro, ya predominaba el helenismo. Desde el 200 AC, veremos las guerras contra Macedonia, contra el reino seleúcida y, a mediados del siglo I AC, el control romano de la "oikoumene" ya es un hecho. Las conquistas en Galia y Bretaña, y algunas complementarias en Oriente, completan rápidamente tal control. Augusto, subido al poder en el 27 AC, dirá que ya es hora de cuidar lo conseguido, más que de aumentarlo. A la vez, con Augusto se inicia formalmente el Imperio como institución política, lo que no hace más que seguir a una realidad de control mundial que, en la práctica, ya se había establecido mucho antes.

SABUGO, MARIO S.

Roma: territorio, ciudad y arquitectura en la antigüedad.

Cap. III. Territorios

Cap. IV. Las Ciudades

Espacios. Colección historia. Coordinador

Arq. Rafael E. J. Iglesia

Espacio Editora. Bs. As

1983

"oikoumene" Esta palabra griega tiene su raíz en oikos que significa casa, espacio habitado; oikoumene viene a significar el mundo habitado. La palabra oikoumene era utilizada en el vocabulario político romano para expresar la geografía del territorio del imperio romano.

Territorio

Definición y zonas

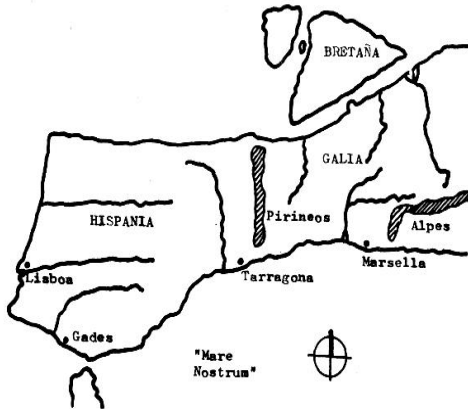


Fig. 1. Hispania, Galia y Bretaña según se desprende de la geografía de Estrabón.

Si es cierto que las intenciones helénico-romanas requerían un control determinado de la "oikoumene", basado en una eficiencia militar, ello lleva a una deducción inmediata de cómo estos caracteres operan en su definición territorial

El **control de recursos** (alimentos y materias primas) obliga a la incorporación de las regiones correspondientes. Se necesita a España por su producción agrícola, pesquera y riquezas mineras. África, el Ponto, Sicilia, Egipto, por la producción de alimentos (especialmente cereales). Estos son algunos ejemplos. A la vez, otras regiones son relevantes porque por ellas llegan a la cuenca mediterránea, las rutas comerciales desde Oriente: es el caso de Siria, Mesopotamia y el Mar Rojo.

Otras regiones son incorporadas por necesidades predominantemente **estratégicas**. Se conquista un territorio, pero en seguida se ve que, salvo excepciones, la mejor manera de asegurarlo es conquistar el vecino. Las excepciones son los territorios que cuentan con fronteras naturales, las que, en principio, aseguran de por sí a tales territorios. Como se ve, la estrategia de conquistas sucesivas se alimenta a sí misma, y puede detenerse sólo ante opositores muy serios o agotamiento de recursos. Por otra parte, además de las riquezas explotables, la conquista suponía tributos a los sometidos, y, solo por ello, ya tenía un interés.

La civilización helénica, los romanos, no contaban con una disciplina geográfica de precisión equivalente a la nuestra. Aún el marco limitado de su "oikoumene" era conocido con poca exactitud científica. En la época de Estrabón, geógrafo griego del siglo I DC, se suponía, por ejemplo, que los Pirineos se orientaban según la dirección norte-sur (Fig. 1). Es riesgoso, por tanto, asumir que los romanos contaran con un "plan" imperial-territorial perfectamente consciente.

Julio César cruza a Bretaña, luego de conquistar la Galia, para enterarse de que peligros podían partir de aquella hacia el ámbito imperial. La propia conquista, la estrategia de incorporaciones sucesivas, producía conocimiento geográfico (físico y humano), a medida que se desarrollaba y nunca "a priori" de la misma. Esta imprecisión, por otro lado, coincide con la imprecisión de las orientaciones urbanas que veremos en la parte respectiva de este trabajo.

El **control de la circulación** (de ejércitos, transportes, comunicaciones terrestres y marítimas), provoca la necesidad de una infraestructura correspondiente. La infraestructura romana, como veremos, se aplica principalmente a este objetivo.

Las vías terrestres y navales son el trazado circulatorio del Imperio, a nivel territorial. Con una "oikoumene" que encuentra su centro en el mar Mediterráneo (el "Mar Nuestro", según el concepto helénico de Estrabón), la circulación será principalmente por vía acuática, y por sus relativamente delgados bordes terrestres. Refiriéndonos al "limes", veremos luego como el mismo se asienta sobre la parte exterior (al Mediterráneo) de tales bordes continentales.

Oriente y Occidente

Las definiciones de tipo general sobre control de regiones y circulación, y sobre la característica "marítima" de la "oikoumene" se superponen, además, sobre otra realidad que es relativamente preexistente al dominio romano. El Mediterráneo, y sus territorios adyacentes tenían, en la época antigua, dos zonas de desarrollo muy distinto. El Mar Egeo, por ejemplo, contenía toda la densidad de ciudades, circulación, cultura correspondiente a su esencia de región natal del helenismo. Junto con Egipto, la Mesopotamia, Siria, etc., se puede definir una zona oriental en la que, además, ya se había producido la

expansión helénica sobre las culturas vecinas con las campañas de Alejandro Magno y sus sucesores. En la zona occidental se puede contar con un desarrollo relativo equivalente. Es esta parte la que Roma incorpora plenamente a la "oikoumene" y al dominio helénico, la que es verdaderamente "romanizada". "Romanización" significa que recibe los aportes helénicos en su versión latina. Es el latín, justamente, el que subsistirá como base idiomática común de estas regiones, al fin del Imperio Romano, mientras que, en Oriente, subsistirá el predominio del idioma griego.

La polaridad Oriente-Occidente se manifiesta, y no sólo territorialmente, en toda la evolución de Roma. Geográficamente, podríamos definirla del siguiente modo: al oeste y al este de Sicilia y el Mar Adriático. Al oeste, Italia, Galia (hasta el borde del Rin y el Danubio), Bretaña, Hispania, y las costas africanas del Mediterráneo. Al este, Grecia y Macedonia, las regiones costeras del Mar Negro y el Egeo, Asia Menor, Siria, Armenia, Mesopotamia, Palestina y Arabia, Egipto.

En Roma se tenía conciencia de la preeminencia de las regiones orientales. Cuando Julio César, durante alrededor de un año, y luego Marco Antonio, residen en Alejandría, al calor de la hospitalidad de Cleopatra, en la Urbe se sospecha que tales residencias terminen con el traslado de la capital a la ciudad egipcia. El poeta Horacio lo insinúa en sus "Odas", con referencia a Augusto, del que se temía algo parecido. A fines del siglo I DC, la tetarquía impuesta por Diocleciano (Fig. 2) consagra la polaridad Oriente—Occidente, y de sus cuatro capitales ninguna es Roma. Es, desde luego, un prolegómeno del traslado de la capital a Constantinopla y la división definitiva del Imperio. La capital de Diocleciano en Nicomedia, la misma Constantinopla, probaba que la zona oriental era la más importante. Es en Oriente, precisamente, en dónde se genera la idea del culto al emperador. Esta idea, plenamente desarrollada por los romanos, no era, sin embargo, más que la continuidad del fenómeno helenístico de divinización de los monarcas sucesores de Alejandro. Es desde Pérgamo que se hace el primer pedido de autorización para erigir un templo a Augusto, en vida del emperador. Sugestivamente, su sucesor

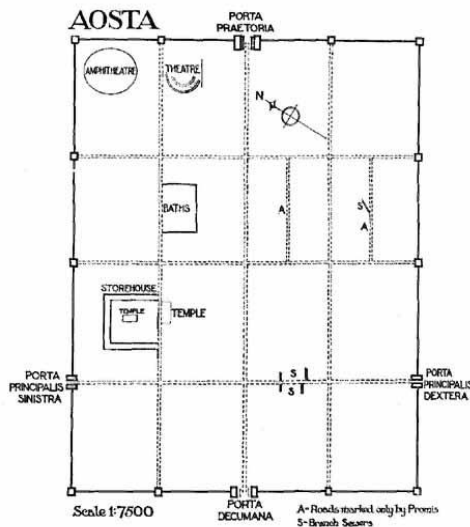
Tiberio acepta otro tanto, a pedido de Esmirna y se lo niega a Tarraco (Tarragona) ciudad de la zona occidental. Este hecho, como, para agregar otro, la cuidadosa diplomacia de Flaminio al encarar la conquista de la Hélade (siglo II AC), demuestran una política consciente de las diferencias entre ambas regiones: en el Oriente, se debía ir con más cuidado. La misma marcha del régimen imperial hacia el "absolutismo", su progresiva separación del sistema republicano, son reflejos institucionales de la preeminencia oriental. Lo dice incluso Civil, jefe de una de las tantas rebeliones galas) cuya opinión nos hace conocer Tácito: "que sirviesen (a Roma) en buena hora Siria y las demás provincias de Oriente, acostumbradas al dominio de reyes..." La rebelión de los galos es, entonces, no sólo contra roma, sino contra el sentido monárquico oriental que iba predominando en el seno del imperio.



Fig. 2. Subdivisión del Imperio con la tetarquía y sus cuatro capitales.

Las Ciudades

Para hacer la exposición del nivel urbano, utilizaremos varias maneras de caracterizar los ejemplos que presentaremos. Veremos, primero, las circunstancias históricas generales que motivan el origen y desarrollo posterior de las ciudades; segundo, la situación jurídica de la ciudad dentro del Imperio; tercero, el modelo formal teórico que sirve de base al diseño de las ciudades y las deformaciones que sufre de acuerdo a diversas circunstancias. En cada uno de los ejemplos que se presentan, tratamos de agregar los datos de la historia particular de cada ciudad, a fin de acercarnos a una visión lo más completa posible de su realidad: son, precisamente, las excepciones a las reglas generales las que producen una reflexión sobre el tema y ponen en crisis las hipótesis.



La ciudad de Aosta, ubicada en el centro del valle homónimo, en el extremo norte-Oeste de Italia. Es una ciudad antigua, pues fue fundada por los Romanos en 25 a.C. con el nombre de Augusta Praetoria.

Dejaremos aparte, provisoriamente, a la ciudad de Roma propiamente dicha, considerándola un hecho tan particular que merece un análisis bien diferenciado del resto de las ciudades del Imperio. La forma, el tamaño, la vida de la Urbe son muy distintas a las que se dan en las ciudades provinciales, aunque no dejan, por ello, de ser muy significativas para la comprensión histórica del Imperio. En esta parte, como en la anterior de los Territorios, hacemos una descripción, ya bastante organizada, del fenómeno urbano, e incluso algunas conclusiones parciales.

Orígenes y desarrollo

Las circunstancias históricas que presiden la aparición de una ciudad del Imperio Romano pueden ser tanto "funcionales" (es decir, el destino con que es construida una ciudad), como hechos de otro género, o bien circunstancias que se agregan en cierto momento, transformando las características de una ciudad fundada anteriormente. En la siguiente clasificación, ilustrada con algunos ejemplos, hemos englobado todos los elementos encontrados que permiten definir esas características.

1. Ciudades espontáneas: serían aquellas que se fundan de acuerdo a las circunstancias definidas por Fustel de Coulanges: un centro ritual fundado por asociación de varias familias de una región rural. Ahora bien, dentro del Campo que hemos definido, el fenómeno más parecido a ése es, precisamente, la propia Roma, al que tampoco podemos considerar una fundación ritual "pura", ya que existen interpretaciones históricas que la consideran un puesto de control sobre el Tíber que los pueblos del Lacio fundan para controlar la expansión etrusca, lo que descarta una simple asociación espontánea de familias.

Por otra parte, es posible que el proceso que define Fustel haya continuado dentro de la "oikoumene" en el período que estudiamos, pero no tenemos referencias históricas precisas del mismo. Esta claro que las colonias griegas o fenicias prerromanas no son espontáneas, si no derivados históricos de las ciudades madres, y que las ciudades

romanas no tienen, en ningún caso, características espontáneas

2. Colonias: en cuanto constituyen una manera de alivio o descongestión de la ciudad madre (en este caso, Roma), las colonias romanas se asemejan a las colonias helénicas anteriores. Se constituyen con todas las estructuras propias de una ciudad (formales y rituales). Pero, mientras que las colonias helénicas o fenicias eran enclaves comerciales en un territorio extranjero, en el Imperio Romano, las colonias cumplen, además, funciones de control: ya sea sobre los pueblos dominados, los que, a veces, son trasladados a estas colonias, ya sea sobre vías de comunicación, fronteras, etc.

Frecuentemente, los habitantes de la colonia fundada son veteranos militares que, cumplido su período de servicio, reciben tierras en propiedad y residen en la ciudad correspondiente al territorio respectivo. Augusto asienta a sus veteranos, cumplida la conquista de Hispania, en Emérita, Caesaraugusta y otras. Sila, luego de las guerras civiles, a los suyos en Pompeya. La colonia es, diferentes fines, pero que se caracteriza, ante todo, por su estado jurídico: su ciudadanía romana.

3. Campamentos militares: son los asentamientos que, con distinto grado de permanencia, apoyan al os "limes", a las vías y a los puertos. Cómo veremos luego, su carácter militar corre a la par de un modelo formal específico. Su origen está en los asentamientos de campaña que se erigen para el ejército en movimiento. Es decir, que el campamento romano más sumamente provisoria se derivan los asentamientos permanentes, en aquellos lugares convenientes para establecer definitivamente fuerzas militares.

4. "Cannabae": son los crecimientos urbanos espontáneos que van apareciendo en el exterior de los campamentos militares, ya que los mismos requieren servicios, comercio y, por tanto, una población que es atraída a establecerse junto a sus puertas. En algunos casos, las "cannabae"

alcanzarán un gran desarrollo, que, como es lógico, se produce al ser permanente el campamento. Las "cannabae" no tienen, naturalmente, una condición jurídica inicial, no son consideradas una ciudad. Tal condición jurídica se les conferirá a algunas más adelante, Adriano hace municipio de derecho romano a las "cannabae" de Viminacio, Legio (León), Lambaesis; Septimio Severo otorga a la de Carnuntum el carácter de colonia.

5. Centros rituales: Son aquellas ciudades que, principalmente, albergan actividades rituales religiosas. En Oriente, es el caso de Baalbek (la colonia romana de Heliópolis), la que, por otra parte, ya era un centro ritual fenicio, con anterioridad al dominio romano. En Occidente, tenemos el caso de Lugdunum (Lyon), fundada anteriormente para control del nudo de vías romanas en Galia, pero que a partir del 12 AC, es convertida en centro del culto al emperador.

6. Centros político-administrativos: son las capitales provinciales y cabeceras de conventos jurídicos (vistas en la parte anterior). Podemos, además, clasificar aquí a las sucesivas capitales del Imperio: Roma, Constantinopla, y las capitales del sistema de la Tetrarquía: Milán, Treveris, Sirmio, Nicomedia. Como es lógico, la residencia del emperador es un hecho de gran importancia en el desarrollo urbano de estos casos, que, por ejemplo, implica una gran actividad de equipamiento urbano, crecimiento poblacional, etc.

7. Ciudades "natales": es un caso similar al anterior: aquellas ciudades provinciales que, por ser lugar de nacimiento del Emperador, reciben un trato especial. Sucede con Leptis Magna, patria de Septimio Severo o con Nemausus (Nîmes) de Antonino Pío. Desde luego, todo esto corresponde a la fase más avanzada del Imperio, en la que sus jefes ya no eran de la propia ciudad de Roma.

8. Ciudades reconstruidas: son las que se rehacen luego de su destrucción. Esta destrucción puede provenir de siniestros naturales (terremotos) o incendios, pero también por

castigo de su infidelidad (Capua) o su oposición a Roma (Carthago, Jerusalén, Numancia) como culminación de su conquista. Existe también el caso de ciudades destruidas en guerras civiles internas (Cremona). En algunos casos como el de Carthago y Jerusalén, disponemos de sus planos anteriores y posteriores a tales hechos, los que permitirá, más abajo, análisis de interés para la comprensión del urbanismo romano.

9. Ciudades utópicas: sobre éstas contamos con pocos datos. Pero, así como Platón fue llamado a Siracusa en el siglo III AC, para poner en práctica sus esquemas urbanos de la "República", también, al parecer, hubo, en la época posterior, intentos de fundación de ciudades sobre modelos teórico-filosóficos determinados. El filósofo neoplatónico Plotino, que enseñaba en Roma, interesó en el proyecto de una ciudad neoplatónica, en la región de Campania, al emperador Gallieno. Existen también indicios de que Espartaco, el líder de la rebelión de esclavos del siglo I AC, intentó fundar una colonia utópica, basada en la propiedad comunitaria, en la región de Lucania.

Modelo formal

En la cultura romana, tuvo existencia concreta un modelo formal, con arreglo al cual se constituían las nuevas ciudades. Este modelo formal debe haber sido, por lógica, una necesidad inevitable, dada la gran actividad de fundaciones urbanas, que exigía una codificación, una "standarización" de los elementos en juego. Los textos de los "Gromatici", así llamados por referencia a los técnicos especializados que realizaban los trazados y orientaciones de los asentamientos, revelan el esfuerzo realizado con tales fines de ordenamiento. Por otra parte, lo que aquí llamamos "modelo formal" no es sólo un procedimiento técnico, sino también una práctica ritual, que está íntimamente ligada al concepto religioso de la ciudad y de sus instituciones.

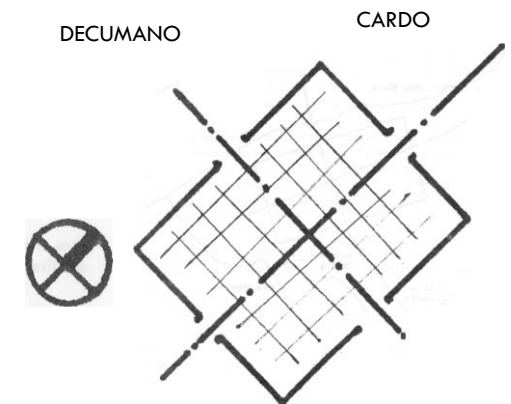


Fig. 3. El modelo urbano.

Eburacum
(York)

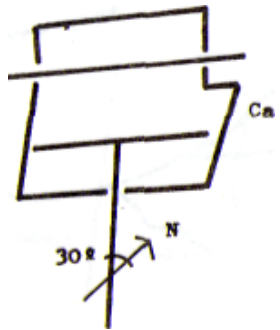
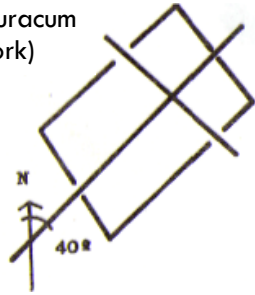


Fig. 4.

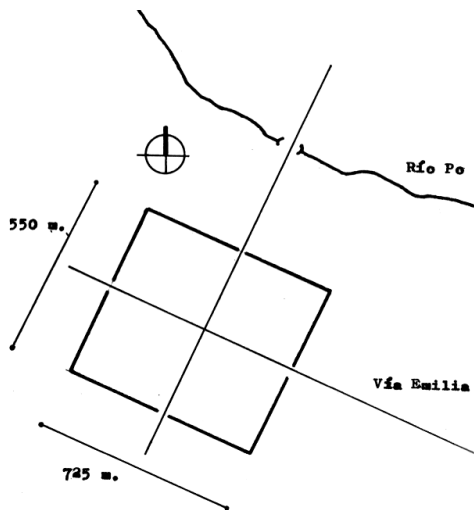


Fig.5. Placentia (Piacenza), esquema.

Definiremos sintéticamente ese modelo utilizando cuatro categorías:

- a) Ejes y trazado;
 - b) Recinto y borde;
 - c) Zonas;
 - d) Posición y orientación.
- (Fig. 3).

a) **Ejes y trazado:** desde el centro de la ciudad, parten dos ejes perpendiculares, respecto de los cuales se ordenan el resto de los elementos. Las calles secundarias, por ejemplo, son dos series paralelas a estos ejes, y, a su vez, dividen el espacio de la ciudad en partes residenciales privadas (las "insulae") o públicas. El conjunto de ejes, que son también calles principales, y calles secundarias, se constituye en red circulatoria de la ciudad, conectado al sistema circulatorio territorial por las puertas. El trazado total puede o no coincidir con el trazado territorial de la "centuriatio", aunque lo primero se considera la mejor situación. En Carthago vemos un caso de divergencia de ambos trazados.

b) **Recinto y borde:** el recinto de la ciudad es el espacio interior propio de la misma, diferenciado del exterior por su borde. El recinto debe adoptar una forma rectangular correspondiente al trazado. El borde, por su parte, puede concretarse como muralla o como empalizada. En la intersección del borde con los ejes, aquel se interrumpe para dar lugar a las puertas. El borde, desde luego, cumple no sólo función demarcatoria, sino también defensiva.

c) **Zonas:** la diferenciación interna del recinto se manifiesta una diversidad de zonas. En principio **hay zonas privadas (residenciales) y zonas públicas**, de las cuales se destaca el Foro que debe ser generalmente en el centro del trazado, o sea en la intersección de ejes y que debe incluir los principales edificios, monumentos y actividades públicas.

d) **Posición y orientación:** Ubicada en diferentes contextos gráficos, de acuerdo a necesidades y posibilidades, el

conjunto ciudad debe orientarse según los puntos cardinales. Su eje "cardo" debe ir de norte a sur, y su eje "decumano" de este a oeste.

Adaptación a hechos urbanos o territoriales preexistentes (influencia múltiple).

Asentamientos, vías, monumentos anteriores, son en algunos casos conservados por los nuevos asentamientos romanos, que deben, por ello, adaptar su esquema a tales condicionantes.

Londinium (Londres) era un centro comercial situado sobre el Támesis, sobre el cual los romanos, tras la victoria de Claudio (43 DC) establecen una ciudad y un puerto, algo después. Mantienen la calle principal paralela al río y definen un trazado regular. Del puerto comercial, partían vías hacia otras colonias (al N, al O, a Calleva Atrebatum, etc.), por lo que se puede considerarla un verdadero nudo caminero-portuario.

En Lutetia Parisiorum (París), el asentamiento gálico preexistente se disponía sobre la isla del Sena, más una red viaria hacia el sur. Aquí, los romanos asimilan su cardo a la calle principal anterior y, la superposición de trazados gálicos y romanos produce la formación de "insulae" irregulares.

Otro caso de superposición es el de Pompeya, ciudad osea y luego samnita, que recibe una colonia por parte de Sila en el 80 AC. Pompeya había sido ampliada y regularizada en parte, a la manera hippodámica, en el siglo V AC. En la zona más antigua, sin embargo, no había un paralelismo de las calles, lo que origina "insulae" trapezoidales. La historia urbana de Pompeya, desde luego, acaba con la erupción del Vesubio en el 79 DC.

Numancia, la ciudad celtibérica que costó tanto a los romanos rendir, tenía, previamente, un trazado regular de "insulae" rectangulares. Luego de su toma y destrucción, en el siglo I AC, es reconstruida siguiendo el esquema anterior, mejorando el ancho de las calles y corrigiendo algunas irregularidades.

En África, tenemos los ejemplos de Gightis y Dougga, ciudades de origen fenicio y trazado irregular, que los

romanos continúan. Además, respetan los santuarios de Baal (Dougga) y del rey númida Massinissa. Los foros, que se ven interrumpidos por estos monumentos, se desarrollan de una manera fragmentada.

Un ejemplo notable de esta variante es Nova Athenae, que es algo así como una ciudad-satélite de Atenas, que Adriano funda en su periferia, caso de respeto a lo existente al que es difícil encontrar ejemplos análogos.

En Oriente, Roma en general continúa la urbanística de los reyes posalejandrinos, y esta variante de adaptación a preexistencias será, si se quiere, aún más frecuente que en Occidente.

Gerasa (Djerach), una de las tantas Antioquias fundadas por Seleuco I, es reconstruida en el siglo II DC, siguiendo el trazado original: avenidas columnadas, arcos "tetrapylonos" en el cruce de ejes y adaptación al terreno y el curso de agua que la atraviesa, que es salvado con puentes (Fig. 6). Los decumanos principales son tres, y el cardo, al sur, culmina en una plaza de forma semicircular. De la misma manera, la Antioquía del río Orontes, se ve modificada, en la fase romana, sólo por la introducción de elementos arquitectónicos (como el arco cuadrifronte de Tiberio) o el crecimiento periférico (edificaciones palaciales sobre la isla, en el siglo III DC), (Fig. 7).

En Baalbek (colonia romana de Heliópolis), se continuará incluso la función ritual del asentamiento de origen fenicio. La plataforma artificial de piedra sobre la que se construye el santuario romano es la misma que habían elevado los fundadores. Como se ve, en el tema de la plataforma, nos hallamos frente a un hecho típico de la cultura mesopotámica, que los romanos adoptan (Aún más, sobre la misma plataforma, y con los materiales de los templos existentes, se hará, más adelante, la basílica cristiana del lugar). Los gigantescos templos de Baalbek se edifican a partir del siglo III DC, con Antonino Pío. Con Caracalla, más tarde, se hace a Baalbek sede de juegos periódicos, relacionados con su función ritual.

Todas estas ciudades (Gerasa, Antioquía, Baalbek), como también Damasco, Bosra, los puertos fenicios de Tiro, Sidón; Jerusalén y Palmira (que trataremos por separado) están íntimamente ligadas con la comunicación comercial

con el Oriente más lejano y el "limes" especial que Roma constituye en la zona correspondiente.

En Egipto, encontramos, a nivel urbano, solamente la fundación de Antinópolis, que el emperador Adriano dedica a la memoria de un amigo suyo fallecido en un viaje con él por el Nilo, y que se limita en principio, a un conjunto de funciones religiosas. Como se ve, no hay, como no la hubo con la dinastía de los Ptolomeos macedónicos, una urbanística helénica propiamente dicha en Egipto, que se limitó a la fundación de Alejandría y Ptolemaide, las que, situadas en el delta del Nilo, de cara al mar, continuaron la temática de Naucratis: es decir, una urbanística helénica propiamente dicha en Egipto, que se limitó a la fundación de Alejandría y Ptolemaide, las que, situadas en el delta del Nilo, de cara al mar, continuaron la temática de Naucratis: es decir, una colonia comercial exportadora que envía a la "oikoumene" los productos egipcios. Desde la fundación de tales ciudades, luego todo se reduce a aportes de orden arquitectónico, como los monumentos que se van agregando en Alejandría, o en algún otro lugar muy delimitado, como la isla sagrada de Philae, que recibe, en época trajanea, un templo.

Oriente, en síntesis, es el ámbito de las intervenciones más restringidas o más "cautelosas" del urbanismo romano. A esto contribuyen tanto una política de mayor tacto (piénsese que Augusto nunca quiso declarar a Egipto como provincia, para no herir el honor del país), como así también el hecho de la gran elaboración que el urbanismo helenístico había alcanzado allí. Los romanos, con sus esquemas, más simples bien factibles en la Europa occidental, debieron, en oriente, reconocer y "aprender" de un saber mucho más desarrollado.

Decadencia y murallas

A fines del siglo III e inicios del siglo IV DC, las ciudades del Imperio comienzan a realizar obras de fortificación. La propia Roma, con Aureliano, construye murallas a partir del 271.

Las murallas urbanas son una consecuencia de la situación

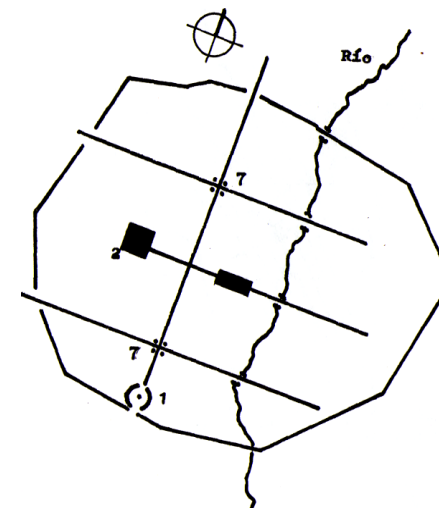


Fig. 6. Gerasa (Djerach), esquema, 1: plaza y columna; 2: área templaria; 7: arco cuadrifronte.

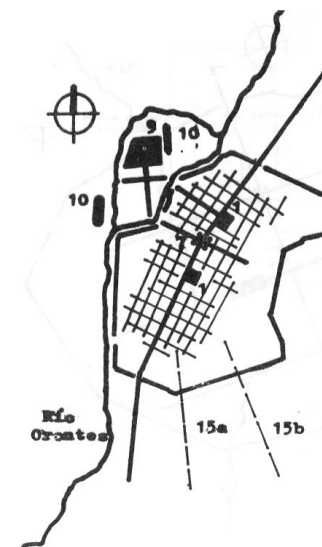


Fig. 7. Antioquía. 1: Foro, 7: Arco, 9: Palacio, 10: Circo, 15: Acueducto.

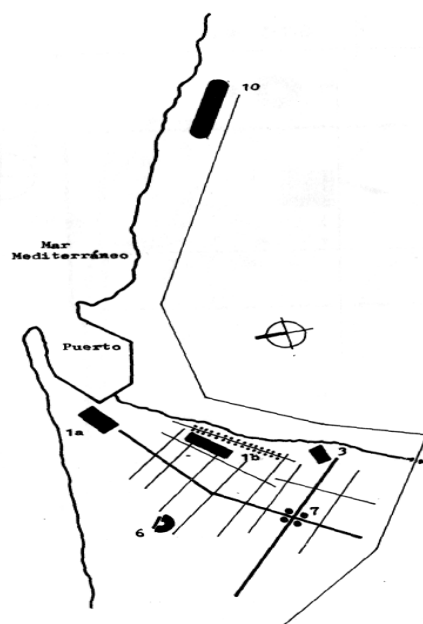


Fig. 8. Leptis Magna, esquema, 1a: Foro antiguo; 1b: Foro nuevo; 3: termas; 6: teatro; 7: arco cuadrifronte; 10: estadio.

CI Campo Físico Espacial

Factores de materialización a) Morfología

militar, que empeoraba a cada momento. Los "limes" y asentamientos fronterizos pierden eficacia, aún cuando ya habían iniciado un proceso análogo de solidificación de sus bordes; ejemplo por excelencia de este fortalecimiento es el muro de piedra que, en época de Adriano, se hace en la isla británica. En realidad, el proceso corresponde a la fase defensiva del imperio, que comienza con Augusto. La ineficiencia del "limes", aún fortificado al máximo, provoca la decisión de Diocleciano de pasar a un sistema defensivo en profundidad. Se crea un ejército móvil que atacaría a los invasores, cuando éstos ya estuvieran en territorio imperial, habiendo traspasado el "limes". Esto presupone que, hasta la llegada de tal auxilio, las ciudades podían ver a los invasores presentarse ante sus puertas y que debían defenderse por su cuenta. A este fin, corresponde el amurallamiento general del momento. En efecto, las murallas fueron eficientes como recurso defensivo. Los invasores "bárbaros" no consiguieron, en general, traspasarlas y debieron, casi siempre limitarse al asedio. Tenían a su disposición otro recurso que era cortar la provisión de agua interrumpiendo los acueductos y otros abastecimientos por cierre de las vías. Así fue rendida Roma por Alarico.

El corte de acueductos y vías revela el carácter dependiente de la ciudad con respecto a hechos territoriales de comunicación y abastecimiento. De cualquier modo, ante el hecho concreto de las murallas, los invasores debían detenerse. La ineficacia de francos, godos y demás contra las mismas, está probada por el hecho de que, luego de conquistadas, por otras formas, se dedican sistemáticamente a destruirlas. Los vándalos derriban todas las de las ciudades africanas (a excepción de Carthago, en la que asientan su capital), el ostrogodo Witiges reduce todas las murallas italianas a la mitad de su altura; Totila, otro rey ostrogodo, deshace los muros de Berevento, Nápoles, Spoleto y Tívoli, y aún así es criticado por sus compañeros por no acabar con las de Roma. Evidentemente los conquistadores no deseaban pasar por las mismas dificultades si las plazas eran retomadas y debían ser atacadas una vez más.

Si, haciendo uso de una imagen de Mumford, sostenemos

que las ciudades romanas funcionaron, en su fase inicial, como "imanes" que atraían población, intercambios y fusiones sociales, por el contrario, el proceso de amurallamiento puede ser interpretado como una rigidización. Es decir, que la ciudad pasa de "imán" a "recipiente". En su decadencia, el organismo urbano tiende en cambio a perder los aportes que antes eran atraídos, y su rigidización es una forma de conservarlos, de retenerlos.

Todo esto coincide perfectamente con las características del Imperio tardío: inseguridad general, centralización de la autoridad y pérdida de autonomía municipal; obligatoriedad de mantener los oficios o magistraturas que ya no eran buscados voluntariamente, y, en síntesis, una tendencia al éxodo urbano. No es accidental la aparición de los anacoretas, místicos cristianos que, fundándose en todo este proceso y, desde luego, en la propia fe religiosa, promueven el abandono de las ciudades, individualmente o en grupos que, más adelante, se desarrollan plenamente con el fenómeno de los monasterios.

Físicamente, el proceso de decadencia implica, entonces, una rigidización general y especialmente del borde urbano (la muralla) y la detención del proceso de crecimiento urbano, tendiente a invertirse de sentido, hacia la despoblación.

La decadencia de las ciudades como organismos de plena vitalidad está estrechamente ligada con todo el fenómeno imperial romano y se puede comprender partiendo del aspecto institucional. Si bien esas formas institucionales surgían del núcleo religioso original de la "polis" y este núcleo había ya entrado en crisis en la época alejandrina, sin embargo, el mismo hecho del imperio acelera pronunciadamente ese proceso.

El concepto clásico de ciudad helénica es el de una asociación de familias para diversos fines, pero que siempre se sintetiza en la aparición de un sistema de cultos religiosos e instituciones comunes absolutamente locales e intransferibles. El fuego sagrado del culto propio de cada ciudad, guardado en el "prítaneo" helénico, y que en la ciudad de Roma era alojado en el

templo de Vesta, es el símbolo más indicado de la asociación urbana (la "civitas").

Ahora bien, las ciudades de la "oikoumene" que, sucesivamente cayeron bajo la autoridad romana lo hacían de dos maneras: eran sometidas o aliadas. Las sometidas perdían completamente sus instituciones. Y no sólo eso. La fórmula del sometimiento (la "deditio"), establecía que la ciudad rendida entregaba a Roma sus personas, murallas, tierras, aguas, casas, templos y dioses. De este modo, la ciudad sometida (de un modo similar a las "provincias"), quedaba, sin régimen jurídico explícito y propio, al arbitrio de Roma. Las instituciones, en este caso, quedan destruidas lisa y llanamente al ser retiradas sus bases personales, rituales, etc. Aunque la ciudad material (la "urbs") subsista, la ciudad como hecho humano (la "civitas") desaparece completamente.

Las ciudades aliadas (es decir, las "federadas" o "socias") entrarán en un proceso que conduce a los mismos resultados, pero de otra forma. Estas ciudades mantenían sus instituciones, debiendo, por su parte, respetar la autoridad superior de los magistrados romanos y pagar los tributos establecidos, si los hubiere. Pero, como hemos visto, las instituciones tradicionales de la ciudad eran absolutas: debían, por esencia, ser autónomas, completas y de autoridad total sobre su jurisdicción. El predominio de la dominación romana hacía que estas instituciones evolucionaran hacia una existencia meramente formal, ya que, como en realidad el poder estaba en Roma, las cuestiones se dirimían ante el Senado de la Urbe, adonde iban las diversas ciudades y personas a arreglar sus asuntos. Las instituciones urbanas se vacían de contenido. Vemos así a los "estrategas", en época romana, pasar de su función tradicional de jefes militares, a encargados del cuidado de las calles y los mercados.

Por otra parte, como hemos visto en el análisis jurídico del caso hispánico, las ciudades presionaban para encuadrarse en la situación más favorable, que era, a través del pasaje por las diversas formas de encuadramiento jurídico, llegar a la ciudadanía romana. Con esto, al mismo tiempo,

abandonaban definitivamente (como le pasaba, por fuerza, a las sometidas) sus propias instituciones.

Con el fin del Imperio de Occidente, las ciudades, decaídas y rigidizadas, subsisten. En alguna medida, hay una reaparición de las autonomías, bajo la autoridad local de los obispos cristianos, que vienen a llenar el hueco producido por la caída del poder central. Las formas urbanas persisten a su modo luego del imperio: se trastornarán funciones, pero algunas edificaciones toman un valor inesperado en la evolución subsiguiente. En Nîmes, el anfiteatro funciona como ciudadela durante los choques entre facciones visigodas. En Arlés (Arélate) el núcleo medieval se dispone en el interior del anfiteatro, de modo similar a lo que sucede en Spalato con el palacio de Diocleciano.

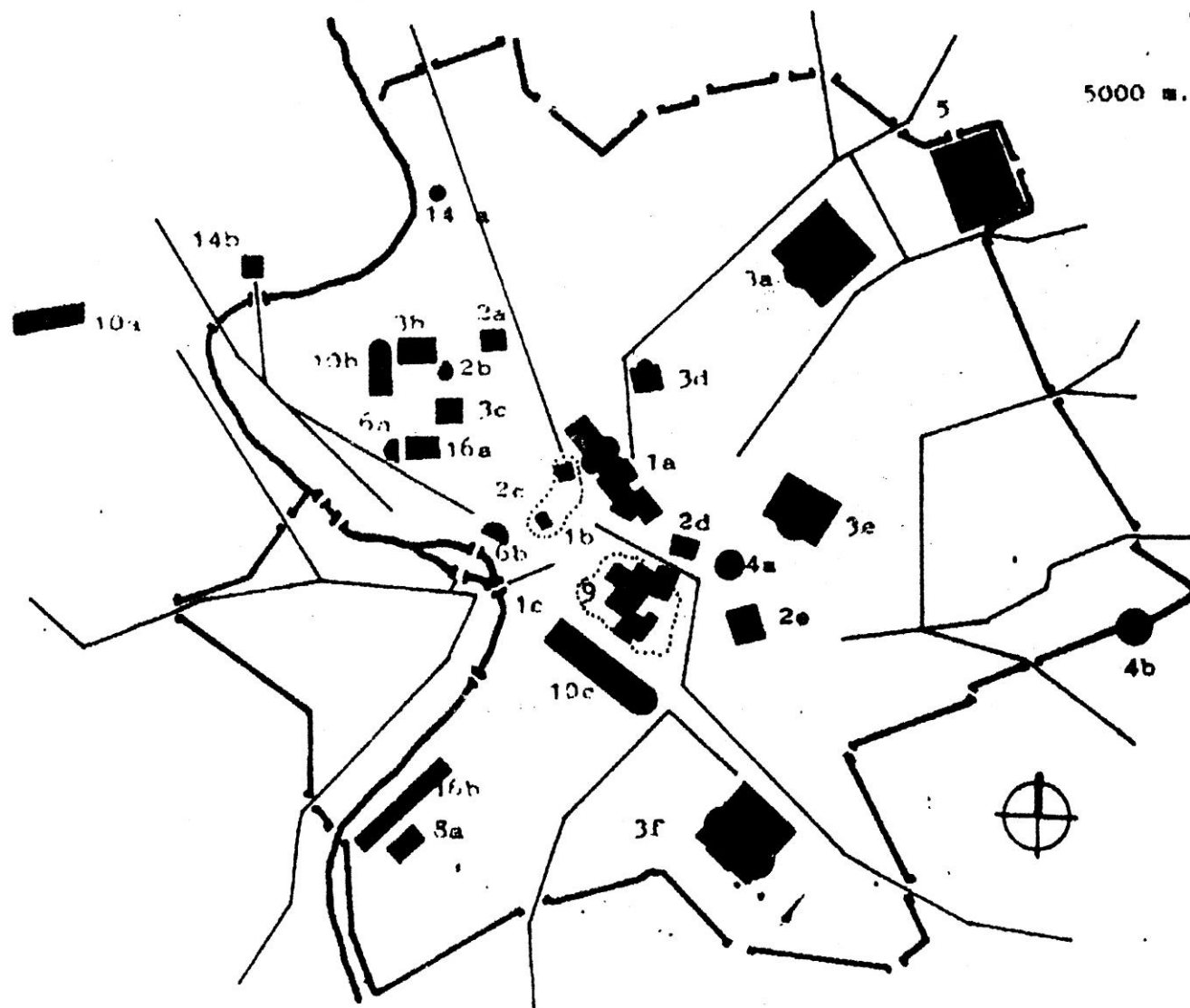
Por lo demás la actividad urbanística estricta de los reyes germanos sucesores del Imperio es muy reducida. La primera ciudad que fundan en Europa es Recópolis, en España (en 678 DC, por el rey visigodo Leovigildo), seguida en ese país, por sólo dos ciudades más, hasta la aparición musulmana: Victoriacum y Ologicus, las que, por otra parte, no son más que pequeñas fortalezas. En el caso de la propia Roma, afectada por el traslado de la capital imperial a Constantinopla, primero, y la caída del Imperio occidental, después, el proceso de decadencia es mucho más violento.

Muchos edificios son despojados de adornos, para construcciones en la nueva capital y otros destruidos para aprovechar sus mármoles.

Casi su propio espíritu le es retirado, ya que Constantino había fundado su capital con el nombre de "Nueva Roma", y en Constantinopla se siguió pensando, siempre, que los romanos verdaderos eran los que estaban en la nueva capital imperial.

El Foro en el Medioevo, acaba como campo de pastoreo.

Fig. 9. Roma en época imperial, esquema. 1 a. Foros imperiales. 1 b. Foro romano. 1 e. Foro Boario. 2 a. Templo de Divo Adriano. 2 b. Panteón. 2 c. Área templaria del Capitolio. 2 d. Templo de Roma y Venus. 2 e. Templo del Divo Claudio. 3 a. Termas de Diocleciano. 3 b. Termas de Nerón. 3 c. Termas de Agripa. 3 d. Termas de Constantino. 3 e. Termas de Trajano. 3 f. Termas de Caracalla. 4 a. Anfiteatro Flavio (Coliseo). 4 b. Anfiteatro Castrense. 5. Cuartel (Castrum Praetorium). 6 a. Teatro de Pompeyo. 6 b. Teatro de Marcelo. 8 a. Harrea Galbana. 9. Palacios imperiales del Palatino. 10 a. Circo de Gayo y Nerón. 10 b. Estadio de Domiciano. 10 c. Circo Máximo. 14 a. Mausoleo de Augusto. 14 b. Mausoleo de Adriano. 16 a. Pórtico Pompeyano. 16 b. Pórtico Aemiliano.



Vito Fumagalli

Las Piedras Vivas Ciudad y naturaleza en la Edad Media.

Capítulo 1 Las ciudades muertas

A finales del siglo VI, San Colombano se encontró, según su biógrafo, con doce lobos mientras atravesaba un bosque francés. El Santo permaneció inmóvil y los animales se le acercaron hasta llegar a tocar sus vestiduras. San Colombano no sintió miedo pues confiaba en la ayuda de Dios, y las fieras se alejaron sin hacerle daño alguno. Este episodio es indicativo de unos hechos que solían ser muy frecuentes: el encuentro de hombres y animales salvajes que, a principios de la Edad Media, abundaban en un paisaje asilvestrado desde hacía siglos, en el que crecían espesos bosques y blanqueaban las ruinas de las poblaciones destruidas durante las invasiones o abandonadas tras una larga decadencia. El abandono, la despoblación y la mezcla de ruinas y vegetación asilvestrada, que iba extendiéndose por vastísimas regiones, se dieron por todas partes, incluso en las áreas de lomas habitadas anteriormente y en las llanuras que, en otro tiempo, estuvieron cultivadas en su mayor parte. Cuando San Colombano fundó, hacia el año 612, un monasterio en Bobbio que tomó su nombre, las colinas de Piacenza (Italia), a tan sólo 270 metros de altitud, estaban abandonadas, cubiertas de bosques e inmersas en la soledad. El Santo fundó también otro monasterio en Luxeuil (Francia), donde aún seguían en pie los templos paganos con sus estatuas inmóviles en

el silencio de la espesura, rodeados de árboles que habían ido creciendo, numerosos, sobre las ruinas de la antigua población romana por las que merodeaban tan sólo los animales salvajes. En esas mismas terribles condiciones se encontraba el territorio en el que San Vandregiliso fundó la abadía de Fontenelle, en Normandía, hacia el año 649. El lugar estaba lleno de zarzas y matorrales e inundado de aguas pantanosas, tal y como dice el texto del siglo IX que describe la fundación del monasterio. En Fontenelle, Bobbio y otros lugares, los monasterios volvieron a llevar hombres y cultivos a zonas de las que habían desaparecido hacía mucho tiempo. Bobbio y Fontenelle se convirtieron en célebres centros de cultura durante toda la Alta Edad Media y asumieron una función que fue anteriormente prerrogativa de la ciudad. Ella había sido el eje principal del territorio, incentivando su roturación y concentrando en sí misma el comercio, el artesanado y las estructuras organizativas principales: las eclesiásticas, las políticas y las culturales. Los monasterios ejercieron en la Alta Edad Media tales funciones con mayor energía que muchas de las ciudades supervivientes, puesto que el monasterio, que surgía casi siempre en el campo, constituía en cierto modo un fruto espontáneo profundamente radicado en el mismo. La sustitución de la ciudad en decadencia por el monasterio fue mucho más frecuente fuera que dentro de



Reedición del capítulo 1 del libro:

**Las Piedras Vivas
Ciudad y naturaleza en la Edad
Media.**

Fumagalli, Vito. (1988).

Editorial Nerea. Madrid 1989.
Traducción Carlos Alonso
Capítulo 1. Páginas 13 a 21

Italia, país en el que muchas de sus ciudades conservaron, a pesar de dicha decadencia, su función de centro organizativo del territorio circundante. En efecto, en Italia surgieron numerosos monasterios en las ciudades o se alinearon con las mismas al construirse junto a sus murallas, mientras que en Francia o Alemania los monasterios fueron el origen de muchas ciudades.

Con todo, la ciudad había ido declinando, convirtiéndose en algo muy distinto a lo que había representado en un tiempo ya lejano. El mundo antiguo había logrado en Occidente una organización compleja basada en las ciudades: los romanos, herederos de los etruscos, fueron constructores de ciudades, urbanizaron el territorio, transformándolo mediante una vasta y densa urdimbre cuyos nudos eran los núcleos urbanos. Estos fueron a un tiempo centros administrativos, religiosos o culturales y sede de mercados, actividades financieras y artesanales, además de convertirse a menudo en núcleos de población de notable importancia.

Centro de encuentros e intercambios, las ciudades animaban, como células activas, el territorio, dotándole de homogeneidad y unificando sus distintas zonas.

Aunque la economía -y la civilización- era fundamentalmente agrícola, la producción de artículos de consumo y de lujo y el comercio de los mismos era un fenómeno relevante.

Al correr el tiempo decayeron, se apagaron lentamente muchas ciudades. El vasto territorio del Imperio se vio afectado en su totalidad por un proceso de atonía, de mortificación económica y social. En campos y ciudades los hombres se aislaron de los hombres, se debilitó el Estado, decayó la cultura y las invasiones bárbaras aceleraron y acentuaron esta situación. La misma agricultura entró en decadencia y las tierras volvieron a cubrirse, como no se veía desde hacía muchos siglos, de bosques,

matorrales y pantanos. En los propios espacios urbanos empezaron a crecer matorrales, árboles y arbustos espontáneos.

Las casas y murallas fueron desmoronándose y la población disminuyó muchísimo. Muchas ciudades desaparecieron y sus ruinas, diseminadas a lo largo y ancho de un paisaje que fue asumiendo, hacia el siglo VI, el aspecto de un terreno desolado, adquirieron a los ojos de quienes las contemplaban un aspecto terrorífico: profanadas por el tiempo y por los hombres, enemigos, invasores, depredadores, las ruinas de las ciudades, iglesias y aldeas esperaban una nueva consagración y reutilización (lo que hicieron los monjes en numerosas ocasiones, como veremos). Destacando entre los matorrales o apareciendo de repente al paso de quien atravesaba el bosque, las ruinas mantenían su carácter de lugar sagrado negativo, tétrico y hostil. Eran las ciudades muertas, los restos profanados de la civilización antigua rescatada por el cristianismo, cementerio de cristianos asesinados por los bárbaros, de mártires que esperaban ser encontrados y venerados. Sonidos, ruidos o aterradores silencios y luces en la noche señalaban su presencia, unas veces evidente, otra oculta por la tierra, las hierbas altas y las plantas.

De este modo, en el paisaje rural de la Alta Edad Media, poblado de ruinas de ciudades romanas, aldeas e iglesias abandonadas, la presencia de los mártires cristianos aleteaba de forma ostensible, provocando apariciones y sucesos portentosos, caracterizando desde un punto de vista material y transformando los elementos naturales, mediante una asombrosa mezcla de lo natural y lo sobrenatural. El mundo parecía así diferente del que era en realidad, teñido de extrañas tonalidades: la intervención del más allá lo volvía semejante al más allá mismo, ya que este mundo se proyectaba en el otro, contemplado como un jardín delicioso si se trataba del mundo de los justos.

En el siglo IX, el cronista de la abadía de la Novalesa, hablando de una donación de tierras al monasterio,

nos cuenta que en ellas existió anteriormente una ciudad romana donde sufrieron el martirio numerosas personas. Se decía que fueron tantos los hombres y la sangre derramada que las piedras de un río que pasaba por allí rezumaban sangre cuando el monasterio recibió en donación aquel «sagrado» lugar. La sangre de los mártires había empapado materialmente la tierra, dando un tinte fuertemente sagrado al lugar y predestinándolo así a convertirse en posesión monástica. Casi cuatro siglos antes, hacia el año 610, San Colombano, que ya había fundado algunos monasterios en Francia, llegó a Italia, a la corte del rey longobardo Agilulfo. Alguien le dijo que «en la soledad de los Apeninos», no lejos de Piacenza, había una iglesia derruida dedicada al apóstol Pedro en la que se producían hechos milagrosos. San Colombano se propuso entonces ir con sus compañeros a restaurarla y fundó en el lugar, como hemos visto, el monasterio de Bobbio, destinado a hacerse famoso. Las ruinas ya habían detenido a San Colombano en su largo camino desde Irlanda hacia el Sur, cuando decidió fundar en Francia, como decíamos más arriba, un monasterio sobre las ruinas de una antigua población deshabitada e invadida de maleza.

En la atracción de los monjes por las ciudades y pueblos abandonados jugaban varios factores: la disponibilidad del material de construcción necesario para sus nuevos edificios y la certidumbre de poder vivir en un territorio que había asegurado el alimento en épocas pasadas, y todo ello envuelto en las características de belleza paisajística, de ascendencia bíblica, que caracterizaban los lugares predestinados a la vida espiritual. Con todo, la presencia de lo sobrenatural debía contar no poco en el esfuerzo de las agotadoras marchas de los hermanos, en busca de un lugar predestinado, hacia iglesias o núcleos urbanos abandonados desde hacía tiempo por los hombres, lugares en los que era fácil imaginarse que una incursión de bárbaros paganos había martirizado a los seguidores de la auténtica fe, convirtiéndoles así

en santos. Por ello, y al igual que San Colombano, los monjes se informaban de dónde había ruinas de iglesias y ciudades, o bien se encontraban con ellas al recorrer un paisaje que hasta el siglo IX no fue otra cosa que una alternancia de bosques y campos repletos de ruinas en los que los restos aparecían entre los matorrales frecuentados por los pastores. El paisaje «de ruinas» caracterizaba grandes zonas de la Europa centro-meridional y era familiar a los hombres de la época, si bien la presencia atemorizadora de muertos en los restos de iglesias y poblados destruidos era un aspecto muy destacado.

Cuando el fundador de la estirpe de los Canosa decidió fortificar a finales del siglo X una nueva aldea, Brescello, situada junto al Po en la región de Reggio Emilia, ordenó recoger las piedras de la ciudad romana, poco distante de la nueva población, saqueada y destruida por los bizantinos en el año 603 para no dejar en manos longobardas una de las mejores fortalezas del valle del Po. En las ruinas de la ciudad, sede episcopal en otro tiempo, había crecido la vegetación, que no las ocultaba por completo, eliminando así, con la vista de dichas ruinas, el temor que éstas inspiraban. Un día -nos cuenta la *Cronica Sancti Genesii*- un joven pastor metió un brazo en un profundo agujero de la zona y, al no poder sacarlo, comenzó a gritar como un poseso. Acudió gente, invocaron al que se creía primer obispo de la ciudad, Genesio, y, cuando el santo fue suficientemente implorado, pudo el muchacho sacar el brazo de entre las ruinas. El relato parece una advertencia a aquellos que no sienten respeto por las ruinas que conservan el sepulcro de un santo.

Toda una serie de acontecimientos nos confirman la «vitalidad» de las piedras desmoronadas en la despoblada zona de Brescello, recorrida de día por los vivos y de noche -se decía- por los muertos. De hecho, una noche los padres del incauto muchacho se despertaron al oír una maravillosa música, por lo que salieron a mirar fuera de casa: una procesión de clérigos vestidos de blanco, con cirios encendidos, desfilaba por la landa, y a su cabeza iba un sacerdote de gran

C Cambios y Permanencias

C.S.C:

estatura, San Genesio. Estos recorrieron un breve trecho de terreno y luego se desvanecieron absorbidos por la bóveda celeste, haciéndose cada vez más pequeños hasta convertirse tan sólo en puntos luminosos entre las estrellas. Poco tiempo después, en Milán, a un leproso se le apareció en sueños San Genesio, que le prometió la curación si acudía a visitar su tumba. A pesar del largo viaje, aquel hombre llegó hasta Brescello donde, tras una serie de milagros, fue localizado el sepulcro. Genesio no permitió que su tumba, empotrada en un resistente muro, fuese abierta con facilidad, a pesar de que muchas personas intentaron hacerlo con herramientas de hierro. Uno de los trabajadores, cansado del inútil esfuerzo, lanzó su herramienta contra la tumba y cayó muerto, castigado por su irreverencia. Sólo la oración humilde y sumisa pudo resolver el problema. Todos estos hechos fueron narrados por un monje del monasterio que más tarde se pondría bajo la advocación de San Genesio. Es evidente su interés en ilustrar con riqueza de detalles la autorizada presencia en Brescello del poderoso muerto, hasta el punto de hacer que en su *Crónica* acuda ante el sepulcro del santo el primero de los Canosa, humillado en hábito de penitente, con su esposa: aquel Atón cuyo poder, dice el cronista, iba consolidándose por aquel entonces. No obstante, y sin querer entrar en consideraciones acerca de la voluntad de persuasión del terrible poder de los santos que observamos en las biografías de los mismos, así como en los relatos del hallazgo de sus reliquias y sepulcros, el miedo a tales difuntos era real en, por lo menos, un amplio círculo de personas. Las donaciones y testamentos a favor de centros religiosos y las fundaciones de iglesias y monasterios abundan en la documentación de la Alta Edad Media. A partir del siglo VII las ruinas fueron recuperadas y utilizadas poco a poco en la construcción de monasterios e iglesias, así como en la revitalización

parcial de las ciudades y aldeas supervivientes. A partir del siglo X, como veremos, la necesidad de defenderse de las numerosas invasiones obligó a utilizar dichas ruinas en la construcción de fortificaciones y murallas para los centros urbanos, que eran relativamente más numerosos en Italia que en otras zonas de Europa.

De este modo, las ruinas se vieron nuevamente consagradas y revitalizadas, y su destino fueron las construcciones militares y, desde luego, los edificios religiosos.

No obstante, los campos siguieron caracterizándose por la abundancia de ruinas: sólo a partir del siglo XI comenzó el hombre a llenar los campos con una trama más densa de casas, caminos, canales y tierras cultivadas, a transformar y ampliar las ciudades y a construir otras nuevas, grandes y pequeñas. Las ciudades muertas resurgirán y nutrirán con sus ruinas a otros centros urbanos, muriendo así definitivamente: su carácter sacro, que infundía respeto y temor al viajero, dejará de caracterizar los amplios espacios del paisaje de Occidente en la Alta Edad Media.

El Mediterráneo: tierra, mar, historia

¿Qué es el Mediterráneo? Mil cosas a la vez. No es un paisaje sino innumerables paisajes. No un mar sino una serie de mares. No una civilización sino varias civilizaciones amontonadas unas sobre otras. Viajar por el Mediterráneo es encontrar el mundo romano en el Líbano, la prehistoria en Cerdeña, las ciudades griegas en Sicilia, la presencia árabe en España, el Islam turco en Yugoslavia. Es sumergirse en el hondón de los siglos hasta las construcciones megalíticas de Malta o hasta las pirámides de Egipto. Es descubrir cosas antiquísimas, aun vivas, codeándose con otras ultramodernas: junto a Venecia, falsamente inmóvil, la aplastante aglomeración industrial de Mestre; a la vera de la barca del pescador, que es aún la de Ulises, el gran pesquero de arrastre que devasta los fondos marinos o los enormes petroleros. En un mismo movimiento el espectador se sumerge en el arcaísmo del universo insular y se queda atónito ante la extremada juventud de las más viejas ciudades, abiertas a todos los vientos de la cultura y del comercio y que desde hace siglos vigilan y devoran el mar. ¿La razón de todo ello? El Mediterráneo es una antiquísima encrucijada. Desde hace milenios todo ha confluído en él, complicando y enriqueciendo su historia: hombres, animales de carga, vehículos, mercancías, naves, ideas, religiones, modos de vida... Y hasta las mismas plantas. Creemos que son mediterráneas y sin embargo, excepción hecha del olivo, la vid y el trigo -especies autóctonas muy tempranamente establecidas en la cuenca- casi todas nacieron lejos de ésta. Si Herodoto, el padre de la historia que vivió en el siglo V antes de nuestra era, volviera al Mediterráneo mezclado con los turistas actuales, iría de sorpresa en sorpresa.

Le imagino, escribe el historiador francés Lucien Febvre, "repitiendo hoy su periplo por el Mediterráneo oriental. ¡Cuántos motivos de asombro! Esos frutos de oro colgando de arbustos de un verde oscuro, naranjos, limoneros, mandarineros, no recuerda haberlos visto nunca en su vida. ¡Caramba!, es natural. Como que son especies del Lejano Oriente traídas por los árabes. ¿Y esas extrañas plantas de insólitas siluetas, espinos, bohordos floridos, higos chumbos, nombres extranjeros como cactus, agaves, álces?: jamás pudo contemplar otras como ellas. Claro, son americanas. En cuanto a esos grandes árboles de pálido follaje que sin embargo llevan un nombre griego, los eucaliptos, es la primera vez que los ve. Natural: son australianos. ¿Y qué decir de los cipreses? Nunca vistos tampoco: son persas. Todo esto en lo que atañe al paisaje. Pero ¿y la comida? Nuevamente ¡cuántas sorpresas! Piénsese en el tomate, ese producto peruano, en la berenjena, regalo de los árabes, por no hablar de la judía o frijón, de la patata, del melocotonero, árbol de las montañas chinas adaptado al Irán, del tabaco." Y, sin embargo, todo eso se ha convertido en el paisaje mismo del Mediterráneo: "Una Riviera sin naranjos, una Toscana sin cipreses, unos puestos de hortalizas sin pimientos...: nada más inconcebible hoy para nosotros" (Lucien Febvre, *Annales*, XII, 29).

Y si estableciéramos un catálogo de los hombres del Mediterráneo, los que nacieron en sus riberas o los que descienden de quienes en tiempos remotos navegaron por sus aguas o cultivaron sus tierras y sus campos en terrazas, y después los que invadieron sucesivamente la región, ¿no tendríamos la misma impresión que al hacer la lista de sus plantas y de sus frutos?

Artículo publicado en

El correo de la UNESCO.1985

FERNAND BRAUDEL, historiador francés. Su primer gran libro, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en tiempos de Felipe II* fue el punto de partida y la principal obra de referencia de la "Nouvelle Histoire", escuela de pensamiento que tiene en Braudel su jefe.

Es quien introduce el concepto de Largas Duraciones en el campo de los estudios históricos. En 1979 publicó *Civilización material, economía y capitalismo*, en tres volúmenes (ed. española: Alianza Editorial, Madrid, 1984). El texto que aquí publicamos está tomado de *La Méditerranée, l'espace et l'histoire* (Flammarion, París, 1985), libro ya publicado en 1977 en versión bellamente ilustrada por la editorial Arts et Metiers Graphiques, de París, 1972.

En este texto podrás entender las permanencias y los cambios que se han dado en las largas Duraciones de un espacio geográfico que fue el centro del mundo antiguo: el mar mediterráneo.

La historia entera del Mediterráneo -de seis a diez mil años de historia en un mundo enorme a la medida del hombre, un mundo dislocado, contradictorio y muy estudiado por los arqueólogos y los historiadores- representa una masa de conocimientos nada fácil de reducir a una síntesis razonable. A decir verdad, el pasado mediterráneo es una historia acumulada en capas tan espesas como las de la historia de la lejana China.

CI Territorio

LA GEOLOGÍA

En el Mediterráneo el motor de las fracturas, de los pliegues y de la yuxtaposición de los fondos marinos y de las cimas montañosas es una geología en ebullición cuya acción aún no ha borrado el tiempo y que continúa actuando ante nuestros ojos.

Tanto en su paisaje físico como en el humano, ese Mediterráneo encrucijada, ese Mediterráneo heteróclito se presenta ante nuestra memoria como una imagen coherente, como un sistema en que todo se mezcla y todo se reconstruye en una unidad original.

Pero esa unidad evidente, ese ser profundo del Mediterráneo ¿cómo explicarlo? Ello requiere un esfuerzo variado y múltiple. Porque la explicación no está sólo en la naturaleza cuyo papel ha sido en este punto tan importante, ni está sólo en el hombre, que ha mezclado y unido todo con obstinación, sino a la vez en los favores de la naturaleza o en sus maldiciones —unos y otras numerosos— y en los esfuerzos multiplicados de los hombres, lo mismo antaño que hogaño. Es decir, en una suma interminable de azares, de accidentes y de logros repetidos. En un mapa del mundo el Mediterráneo aparece como un simple corte de la corteza terrestre, como un huso muy alargado que se extiende desde el estrecho de Gibraltar hasta el istmo de Suez y el mar Rojo. Fracturas, fallas, hundimientos y pliegues terciarios han creado fosas acuáticas muy profundas y junto a esos abismos, de rechazo, interminables guirnalda de montañas jóvenes, muy altas y de formas vivas. Junto al cabo Matapán, en el sur de Grecia, se abre una fosa de 4.600 metros, más que suficiente para cubrir del todo la más alta cumbre griega, los 2.985 metros del monte Olimpo.

Esas montañas penetran en el mar, estrangulándola a veces hasta reducirlo a un simple pasillo de agua salada. Así ocurre en Gibraltar, en las bocas de Bonifacio, entre Córcega y Cerdeña, en el estrecho de Mesina que separa Sicilia de la Italia continental, con los famosos abismos turbulentos de Escila y Caribdis, y a lo largo de los Dardanelos y del Bósforo. Ya no se trata del mar sino de ríos y hasta de simples puertas marinas.

Esas puertas, esos estrechos y esas montañas

confieren su articulación al espacio líquido, separando una serie de partes o zonas autónomas: el mar Negro; el mar Egeo; el mar Adriático, que durante largo tiempo fue propiedad de los venecianos; el mucho más vasto mar Tirreno. Y a ese reparto del mar en varias cuencas corresponde, como su imagen invertida, el reparto de las tierras en continentes particulares: la península de los Balcanes, el Asia Menor, Italia, el conjunto ibérico, África del Norte.

De todos modos, en esa configuración global se destaca una línea principal, indispensable para comprender el pasado del mar, desde la época de las colonizaciones griega y fenicia hasta los tiempos modernos. La complicidad de la geografía y de la historia ha creado una frontera central de costas y de islas que, de norte a sur, corta el mar en dos universos hostiles. Tracemos esa frontera, desde Corfú y el canal de Otranto que cierra a medias el Adriático hasta Sicilia y las costas del Túnez actual: al este estamos en Oriente; al oeste en Occidente, en el sentido cabal y clásico de ambas palabras. No habrá que extrañarse de que esa bisagra sea por excelencia la línea principal de los combates pasados: Accio, la Prevesa, Lepanto, Malta, Zama, Jerba (...). Esa geología explica que el mar esté constelado de islas y de penínsulas, restos o trozos de continentes que se hundieron o se fragmentaron; explica que los relieves anfractuados aun no hayan sufrido demasiado los efectos de la erosión; explica, por último, los terremotos y el fuego de los volcanes que gruñen a menudo, se duermen y se despiertan de nuevo de manera dramática.

Como un centinela en medio del mar, he aquí el Estrómboli con sus humaredas, al norte de las islas Lípari, iluminando cada noche con sus proyectiles incandescentes el cielo y el mar adyacentes. He aquí el Vesubio siempre amenazador, aunque desde hace algunos años ya no se eleve de él el penacho de humo que solía verse detrás de Nápoles. Pero no se olvide que, tras varios siglos de un silencio análogo, un día del año 79 de nuestra era asesinó brutalmente a Herculano y Pompeya. Y he aquí

el rey de las fraguas poderosas, el Etna (3.313 m), todavía en actividad sobre la maravillosa llanura de Catania. El Etna, lugar de leyendas: los Cíclopes, fabricantes de los rayos celestes, manejaban en las fraguas de Vulcano instaladas en su interior sus enormes fuelles de cuero de toro.

Dícese que el filósofo Empédocles se precipitó en su cráter y que éste sólo devolvió una de sus sandalias. "Cuántas veces -escribe Virgilio- hemos visto al Etna hirviendo desbordarse y hacer rodar globos de fuego y rocas fundidas." La historia registra un centenar de erupciones del famoso volcán desde la que señalan Píndaro y Esquilo en el año 475 antes de nuestra era (...).

La geología explica la gran abundancia de las montañas por todo el espacio sólido del Mediterráneo. Montañas recientes, altas, de formas agitadas y que, como un esqueleto de piedra, agujerean la piel del país mediterráneo: los Alpes, los Apeninos, los Balcanes, el Taurus, el Líbano, el Atlas, las cordilleras españolas, los Pirineos: ¡interminable desfile!

Y, sin embargo, las montañas no bordean todo el Mediterráneo. Ya en la costa norte hay algunas interrupciones: la costa francesa del Languedoc hasta el delta del Ródano, o la costa baja del Véneto en el Adriático. Pero la excepción principal a la regla se sitúa en el sur: el largo litoral insólitamente llano que se extiende por miles de kilómetros desde el Sahel tunecino hasta el delta del Nilo y las montañas del Líbano. En esas interminables y monótonas riberas el desierto del Sahara se encuentra en contacto directo con el Mar Interior. Vistas desde el avión, dos enormes superficies planas -el desierto, el mar- contrastan en estrecha unión, oponiendo sus colores: del azul al violeta e incluso al negro en uno, del blanco al ocre y al anaranjado en el otro. El desierto es un universo extraño por el que desembocan en las riberas mismas del mar las esencias profundas de África y las turbulencias de la

vida nómada. Son modos de vida que no tienen nada que ver con los de las zonas montañosas. Se trata de un Mediterráneo distinto que se opone al otro y que reclama constantemente su lugar. La naturaleza ha preparado de antemano esa dualidad, incluso esa hostilidad congénita. Pero es la historia la que ha mezclado los distintos ingredientes como la sal y el agua se mezclan en el mar.

En el concierto del Mediterráneo no debe pues escuchar el hombre de Occidente exclusivamente las voces que le son familiares; hay también las otras voces, las extrañas, y el teclado exige ambas manos. Naturaleza, historia y alma cambian según que nos situemos en el norte o en el sur del mar, según que miremos solamente en una u otra de esas direcciones. Hacia Europa y sus penínsulas se yergue el telón de las montañas. Hacia el sur, si exceptuamos los jebels de África del Norte, domina el desierto, un mar petrificado o arenoso y, tras el Sahara, la inmensidad del África negra y, en sus prolongaciones, los desiertos de Asia.

En efecto, es casi independiente de las condiciones físicas locales y lo determina desde el exterior una doble respiración: la del océano Atlántico, el vecino del oeste, y la del Sahara, el del sur. Cada uno de esos monstruos sale regularmente de sus lares para conquistar el mar, el cual sólo desempeña un papel pasivo: su masa de agua tibia facilita la intrusión primero de uno y luego de otro. Todos los veranos el aire seco y ardiente del Sahara envuelve la entera llanura del mar, desbordando ampliamente sus límites hacia el norte. Crea así en el Mediterráneo esos "gloriosos cielos", tan claros y transparentes, esas esferas de luz y esas noches tachonadas de estrellas que no se ven en ningún otro sitio. Ese cielo estival sólo se vela cuando, por unos días, se desencadenan los vientos del sur cargados de arena, el "jamsin", el siroco, el "Plumbeus Auster" de Horacio, gris y pesado como el plomo.

Durante seis meses el Mediterráneo vive sometido a la ley del Sahara. Es entonces el paraíso de los turistas, de los deportes náuticos, de las playas atestadas, del agua azul e inmóvil brillando bajo el sol.

C Territorio

EL CLIMA

La unidad esencial del Mediterráneo es el clima, un clima muy particular, semejante de uno a otro cabo de la cuenca, que unifica los paisajes y los modos de vida.

LA PRODUCCION - LOS CULTIVOS

El Mediterráneo equilibra su vida basándose en la tríada olivo, vid y trigo.

Un frágil paisaje enteramente creado por la mano del hombre: los cultivos en bancales, cuyos muretes hay que reconstruir constantemente, las piedras que hay que subir a lomo de asno o de mula antes de ajustarlas y de consolidarlas, la tierra que hay que subir también en cestos y acumularla tras los muretes

En cambio, los animales y las plantas, como la tierra reseca, viven en espera de la lluvia. Del agua tan escasa, que cuando llega es la máxima de las riquezas. Los vientos dominantes del noreste desde abril hasta septiembre, los vientos etesios de los griegos no aportan alivio alguno, la menor humedad al horno sahariano.

El desierto se retira cuando interviene el océano. A partir de octubre, las depresiones oceánicas repletas de humedad inician sus viajes procesionales de oeste a este. Los vientos de todas las direcciones soplan sobre ellas y las empujan hacia Oriente. El mar se oscurece, tomando el tinte gris del Báltico, o bien, enterrado bajo un polvo de espuma, parece cubrirse de nieve.

En total, un clima extraño, hostil a la vida de las plantas. La lluvia cae con demasiada abundancia en invierno, cuando el frío ha interrumpido el ciclo de la vegetación. Y cuando el calor vuelve, el agua ha desaparecido. De ahí que no sea por agradarnos por lo que las plantas del Mediterráneo son olorosas, sus hojas están cubiertas de pelusa o de cera y sus tallos protegidos por espinas; es por protegerse contra la sequía de los días abrasados de sol en que sólo las cigarras parecen vivas. Y si en Andalucía se recoge tan temprano la cosecha de trigo es porque éste, obedeciendo al medio ambiente, se apresura a madurar en abril y mayo.

El placer de los ojos y la belleza de las cosas disimulan las traicioneras trampas de la geología y el clima mediterráneos, haciéndonos olvidar harto fácilmente que el Mediterráneo no ha sido un paraíso que se ofrecía gratuitamente al deleite de los hombres. En él hubo que construir todo, a menudo con más trabajo que en otros sitios. El arado de madera sólo puede arañar el suelo friable y sin espesor. Si llueve con demasiada fuerza o persistencia la tierra mollar se desliza como agua cuesta abajo. La montaña corta la circulación, ocupa excesivamente el espacio, limita las llanuras y los campos, reducidos a

menudo a simples franjas, a unos cuantos puñados de tierra.

En cuanto a la llanura, cuando es suficientemente amplia, ha estado durante largo tiempo sometida a la acción de las aguas vagarosas. Así, hubo que conquistarla contra las ciénagas hostiles, protegerla contra los ríos devastadores, exorcizar la malaria. Conquistar las llanuras para la agricultura consistió primero en vencer el agua malsana, las aguas muertas. Seguidamente, hubo que llevar de nuevo el agua, esta vez viva, para el necesario riego.

En todas las zonas altas del Mediterráneo, en Italia, en España, en Provenza, en Grecia, encontramos todavía hoy fácilmente toda una serie de fiestas llenas de vida en las que se mezcla el trabajo con creencias cristianas y supervivencias paganas. Pero de esos arcaicos modos de vida no sólo da testimonio el folclore sino también el paisaje mismo, y ¡qué testimonio...! Añádase que no hay tiro ni carreta que puedan avanzar por tan empinadas cuestas; de ahí que la recogida de la aceituna y la vendimia se hagan a mano y que la cosecha se transporte a hombros.

De todo ello se deriva hoy el progresivo abandono de ese antiguo espacio agrícola. Demasiado trabajo para tan poca ganancia. Hasta las célebres colinas de Toscana están perdiendo poco a poco sus rasgos distintivos; los muretes desaparecen; los olivos más que centenarios son arrancados uno tras otro; ya no se siembra el trigo; las pendientes y laderas que venían cultivándose desde hace siglos retornan a la hierba y a la ganadería, o al erial.

Otro espectáculo que desaparece también ante nuestros ojos, pero desde hace poco, es el de la trashumancia, realidad plurisecular gracias a la cual la montaña quedaba asociada a la llanura y a sus ciudades, donde encontraba al mismo tiempo conflictos y ganancias. El ir y venir de los ganados de ovejas y de cabras entre los pastos de verano de las zonas montañosas y los yerbazales de las llanuras en invierno ponía en movimiento auténticos ríos de animales y de pastores entre los Alpes meridionales y la Crau provenzal, entre

los Abruzzos y la meseta de Pulla, entre Castilla la Vieja y los pastizales meridionales de Extremadura y de la Mancha de Don Quijote. Hoy, aunque muy reducido en volumen, subsiste ese movimiento. Pero los transportes por camión y por ferrocarril lo suplantán a menudo (...).

Toda vida debe equilibrarse, o desaparecer, lo que no es el caso de la vida mediterránea, vivaz e indestructible. La vida en la región es, ciertamente, difícil, a menudo precaria, y su equilibrio se establece en definitiva regularmente en contra del hombre, condenándole a una interminable sobriedad. Ni el historiador ni el turista deben dejarse impresionar demasiado por los logros urbanos, las maravillosas y viejas ciudades del Mediterráneo. Las ciudades son acumuladoras de riqueza y, por ello mismo, excepciones, casos privilegiados. Con mayor razón aun si se piensa en que antes de la revolución industrial casi el 80 o el 90 por ciento de los habitantes vivían aun en las zonas rurales.

En términos generales, el Mediterráneo equilibra su vida basándose en la tríada olivo, vid y trigo.

"Demasiado hueso—dice con humor Pierre Gourou— y no suficiente carne." De los tres productos agrícolas fundamentales, el aceite y el vino (que se exportan fuera del Mediterráneo) han tenido un éxito casi constante. Sólo el trigo plantea un problema, pero ¡qué problema! Y, más allá del trigo, el pan y su necesario consumo. ¿Con qué harina se hará? ¿Cuál será su color? ¿Cuál será su peso, puesto que se vende por doquier a precio fijo, pero variando su peso? El trigo y el pan son el tormento sempiterno del Mediterráneo, los personajes decisivos de su historia de los que se preocupan constantemente los grandes de este mundo. ¿Cómo se presenta la cosecha? Tal es la pregunta que se hace insistentemente en toda la correspondencia, incluida la diplomática, a lo largo del año (...).

Es con ese sistema como se completa, creo, la comprensión del Mediterráneo, mar que es, en toda la plenitud de la palabra, espacio-movimiento. A lo

que el espacio próximo, terrestre o marítimo, le aporta y que es la base de su vida cotidiana, el movimiento añade sus dones. Si el movimiento se precipita, los dones se multiplican, manifestándose en consecuencias visibles. Toscana ha sido seguramente durante siglos el paisaje rural más bello del mundo. ¿No se debe ello a que Florencia se alimenta de trigo siciliano, de modo que la Toscana rural pudo especializarse en el cultivo de la vid y del olivo? Del siglo XIV al XVI, Venecia es la ciudad más rica de Italia y probablemente de Europa, en todo caso del Mediterráneo. Ello es así porque constituye el centro del más vasto sistema de circulación de la época, porque se queda con el grueso de las compras de pimienta y especias de Levante y, sobre todo, porque es ella esencialmente la que revende esas mercancías a Occidente, especialmente a Alemania, el principal consumidor de Europa. Venecia encerró en cierto modo a los mercaderes alemanes en el gran caserón del "Fondaco dei Tedeschi" como los países del Islam encerraban en los "fonduks" de Levante a los venecianos mismos.

Vemos así, como las rutas del Mediterráneo ensancharon desmesuradamente el espacio explotado por las ciudades y por los mercaderes del Mar Interior. Es justamente un mediterráneo el que descubre a sus contemporáneos la remota China: Marco Polo, que vuelve a Venecia en 1296. Y es también un mediterráneo, Cristóbal Colón, quien descubre América en 1492. Son los mercaderes italianos quienes controlan las ferias de la Champaña francesa en el siglo XIII y quienes, doscientos años después, dominan también las ferias de Lyon en torno a las cuales giró durante algún tiempo la fortuna entera de Europa.

Un Mediterráneo más amplio rodea y envuelve pues el Mediterráneo *stricto sensu* y le sirve de caja de resonancia. Por lo demás, la vida económica del Mar Interior no es la única que se refleja en otras zonas alejadas; también tienen la misma repercusión sus civilizaciones, sus movimientos culturales tan cambiantes. El Renacimiento se propaga a partir de Florencia. El Barroco, surgido de Roma y de la España triunfante,

CI Territorio / Economía

LAS RUTAS COMERCIALES

¿El Mediterráneo?: rutas y más rutas por mar y por tierra, unidas entre sí, rutas que quieren decir ciudades, modestas, medianas y grandes, enlazadas unas con otras. Rutas y más rutas, es decir todo un sistema de circulación.



Occidente en primer lugar, quizá sería mejor decir la Cristiandad, vieja palabra demasiado cargada de sentido; o quizá mejor la Romanidad

El segundo universo es el Islam, otro inmenso espacio que comienza en Marruecos y llega más allá del océano Índico hasta Insulindia, en parte conquistada y convertida por él en el siglo XIII de nuestra era.

cubre toda Europa, incluidos los países protestantes del Norte. Igualmente, las mezquitas de Estambul, en particular la Suleimanie, serán imitadas hasta en Persia y la India.

Ese lujo que hoy podemos revivir a lo largo del Gran Canal de Venecia, la calle más bella del mundo, o en la plaza de San Marcos, la más hermosa plaza del mundo, sólo se explica por la explotación de otros hombres en países remotos. En efecto, la explotación de la campiña próxima y de los pequeños puertos satélites del Adriático no podía bastar. Eran necesarios los aportes de un comercio lejano, de esa ruta que, por intermedio del Islam, el Mediterráneo abre hasta el Lejano Oriente. Cuando en la fiesta de la Sensa, el día de la Ascensión, el Dux de Venecia se desposa con el mar, delante de la iglesia de San Nicoló dei Mendicoli, no se trata sólo de un bello y grandioso espectáculo, o de un símbolo, sino también de una realidad: al hacerlo con el mar, el Dux se desposa con el Mediterráneo más vasto, fuente perenne de riquezas.

La decadencia, las crisis y los baches del Mediterráneo corresponden justamente a los fallos, las insuficiencias y las rupturas del sistema circulatorio que lo atraviesa, lo excede y lo rodea. El periplo de Vasco de Gama, en 1498, es el primer golpe que le asesta el destino. El Mediterráneo sobrevivirá de todos modos. Y la decadencia sólo se afirmará en realidad a partir de 1620, cuando ingleses y holandeses se apoderen de los mercados remotos del Mar Interior e invadan su propio espacio. Se produjo entonces una ruptura de larga duración. ¿Definitiva? Ni siquiera mucho más tarde, tras siglos de repliegue, la apertura del canal de Suez (1869) restaurará plenamente la prosperidad y, sobre todo, la preeminencia del Mediterráneo. Porque Inglaterra reinaba entonces en solitario sobre el mundo entero. El Mediterráneo, tomado por el extranjero en el siglo XVI, no podía ser devuelto a sus ribereños.

La historia entera del Mediterráneo —de seis a diez mil años de historia en un mundo enorme a la medida

del hombre, un mundo dislocado, contradictorio y muy estudiado por los arqueólogos y los historiadores— representa una masa de conocimientos nada fácil de reducir a una síntesis razonable. A decir verdad, el pasado mediterráneo es una historia acumulada en capas tan espesas como las de la historia de la lejana China.

Pero fijemos ante todo nuestra atención en las civilizaciones. Si queremos dar a toda costa una visión global, hay que elegir un hilo conductor. Para ello, lo mejor sería interrogar atentamente al Mediterráneo mismo, al Mediterráneo actual, tratando de averiguar cuál puede ser la esencia de su vida presente, de su equilibrio visible y, probablemente, de sus equilibrios antiguos. En este punto la respuesta debe ser rápida y nada ambigua. Más allá de sus divisiones políticas actuales, el Mediterráneo está formado por tres comunidades culturales, tres enormes y vivaces civilizaciones, tres modos cardinales de pensar, de creer, de comer, de beber, de vivir... Esas civilizaciones son en realidad los únicos destinos colectivos de largo aliento cuyo derrotero podemos seguir sin interrupción a través de los accidentes y las peripecias de la historia mediterránea.

Tres civilizaciones: : Roma fue y sigue siendo el centro de ese viejo universo primero latino y después católico que se extiende hasta el mundo protestante, hasta el océano y el mar del Norte, el Rin y el Danubio, a lo largo de los cuales la Contrarreforma plantó sus iglesias barrocas como otros tantos centinelas vigilantes; y hasta el mundo de más allá del Atlántico, como si el destino moderno de Roma hubiese sido conservar bajo su dominio el imperio de Carlos V en el que nunca se ponía el sol.

El segundo universo es el Islam, otro inmenso espacio que comienza en Marruecos y llega más allá del océano Índico hasta Insulindia, en parte conquistada y convertida por él en el siglo XIII de nuestra era.

Hoy, el tercer personaje no muestra su rostro de buenas a primeras. Es el universo griego, el universo ortodoxo, que abarca por lo menos la actual península de los Balcanes, Rumania, Bulgaria, Yugoslavia casi entera,

Grecia misma, tan llena de recuerdos, donde la Hélade antigua parece revivir a cada paso; además, indiscutiblemente, la enorme Rusia ortodoxa. Pero ¿qué centro puede señalarse a ese mundo?

Constantinopla, dirá el lector, la segunda Roma, y Santa Sofía en su punto álgido.

Pero desde 1453 Constantinopla es Estambul, la capital de Turquía. El Islam turco ha conservado su parte de Europa, tras haber poseído toda la península balcánica en los tiempos de su grandeza. Otro centro desempeñó también sin duda un papel, Moscú, la tercera Roma... Pero también él ha dejado de ser un polo prestigioso de la ortodoxia. ¿Es el mundo ortodoxo de hoy un mundo sin padre?

No cabe duda, las civilizaciones constituyen una guía excelente. Ellas atraviesan el tiempo, ellas vencen la duración. Mientras gira la rueda de la historia, ellas se mantienen en su lugar, imperturbables. Gracias a esa inmovilidad las civilizaciones arraigan en un pasado aun mucho más antiguo de lo que a primera vista parece, y esa larga duración se incorpora inevitablemente a su carácter.

La romanidad no comienza con Cristo. El Islam no comienza en el siglo VII con Mahoma. Y el mundo ortodoxo no comienza con la fundación de Constantinopla, en 330. Pues una civilización es una continuidad que, cuando cambia, incluso de la manera profunda que entraña una nueva religión, asimila valores antiguos que a través de ella sobreviven y se mantienen como su sustancia misma. Las civilizaciones no son mortales, pese a lo que dijera Paul Valéry. Sobreviven a los avatares y a las catástrofes. Incluso renacen de sus cenizas. Tomemos la civilización griega. Nace y comienza a delinearse hacia el siglo VIII antes de nuestra era, tras una serie de destrucciones y de invasiones que habían reducido el espacio griego al grado cero de la historia. Pues bien, esa civilización aun está de pie... Como mínimo, tres milenios de duración... En ese largo recorrido, ¡cuántos accidentes, ¡cuántos desastres y catástrofes!

Grecia y el mundo helenístico sucumbieron ante las legiones romanas.

Pero los vencidos salen de esa larga sujeción, de esa prisión de cuatro o cinco siglos cuando Constantino funda Constantinopla, en 330 después de Cristo.

Comienza entonces un imperio cristiano que tiene la misma extensión que el Imperio Romano. Y cuando éste se divide en dos en 395, en una "pars orientis" que se va a convertir en el Imperio griego de Bizancio, y una "pars occidentis", que se derrumbará bajo el ímpetu de los Bárbaros, Grecia renace todopoderosa, para sobrevivir casi un milenio, hasta la conquista turca en 1453, que una vez más parece poner su existencia en peligro. Y sin embargo, con la ayuda de los ortodoxos rusos y de Europa, en el siglo XIX se produce una auténtica cruzada que liberará uno tras otro a los pueblos cristianos de los Balcanes.

Lo que acabamos de decir del universo ortodoxo puede repetirse, *mutatis mutandis*, de los otros dos personajes: Roma y La Meca. En principio, para Roma, el punto cero es el nacimiento de Cristo. Para el Islam, el punto cero es la huida de Mahoma de La Meca a Medina el 16 de julio de 622. Pero Occidente no hace sino continuar el mundo latino, del que recibe la lengua, el espíritu, el derecho y otras muchas cosas más. Y el Islam es sin duda en sus orígenes una Arabia de desiertos y caravanas que tiene tras sí un largo pasado; pero es sobre todo el conjunto de los países que los jinetes y camelleros árabes van a conquistar con gran facilidad: Siria, Egipto, Irán, África del Norte. El Islam se afirma antes que nada como heredero del Cercano Oriente, de toda una serie de culturas, de economías y de ciencias antiguas. El corazón del Islam es el espacio estrecho que va desde La Meca hasta El Cairo, Damasco y Bagdad. Se ha dicho con harta frecuencia que el Islam es el desierto, y la fórmula es bella. Pero habría que decir también: el Islam es el Cercano Oriente. Lo que le añade una cantidad fabulosa de herencias y, por tanto, de siglos.



Detalle de un mapa de Venecia de Jacopo de Barbari (1440-1516), pintor y grabador Veneciano

